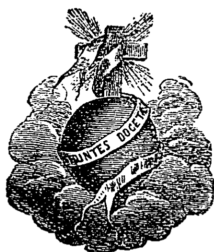

AÑO EVANGÉLICO
PARA LOS NIÑOS

AÑO EVANGÉLICO



PARA LOS NIÑOS.



AÑO EVANGÉLICO

PARA LOS NIÑOS.

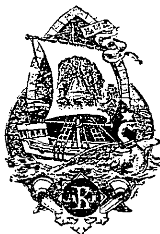
LIBRO DESTINADO Á LA LECTURA COMENTADA DEL EVANGELIO DE TODAS LAS DOMÍNICAS DEL AÑO, EN LAS ESCUELAS DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA,

POR

D.ª PILAR PASCUAL DE SANJUÁN.

3.ª EDICIÓN.

Obra revisada por el Rdo. Dr. D. Manuel Rodríguez, Catedrático del Seminario, y aprobada por la Autoridad Eclesiástica.



BARCELONA.
LIBRERÍA DE ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR,
CALLE DE PELAYO, NÚMS. 52 Y 54.
1890.

Imprenta de Jaime Jepús, calle del Notariado, núm. 9.

4786 2

CENSURA Y APROBACIÓN DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

M. I. Sr.—He leído con la debida atención una obra de D.ª Pilar Pascual de Sanjuán, titulada: **Año evangélico para las niñas.**

En dicha obrita hay todos los Evangelios de todas las Domínicas del año y los de las fiestas principales, y después de cada uno de los mismos, unas reflexiones muy morales y adecuadas á la capacidad y al carácter de las niñas. Son tales reflexiones un saludable y nutritivo alimento para el alma de aquellos tiernos seres, á los que se debe instruir y hacer entender sus obligaciones para que con el tiempo sean útiles á sí mismas, á sus padres, á la sociedad y á la religión.

Esta obra es, pues, de suma importancia: el objeto que con ella se propusiera su autora es laudable y santo; y el modo con que lo ha llenado, nada deja que desear.

Por lo que juzgo, que es digno dicho escrito de ver la luz pública, salvo *semper meliori.*

Lo que tengo el honor de participar á V. S. á los efectos oportunos. Dios guarde á V. S. muchos años. Barcelona 20 de mayo de 1863. —De V. S. A. S. S.—*Manuel Rodriguez,* Pbro.—M. I. Sr. D. Juan de Palau, Vicario General Superior de la diócesis de Barcelona.

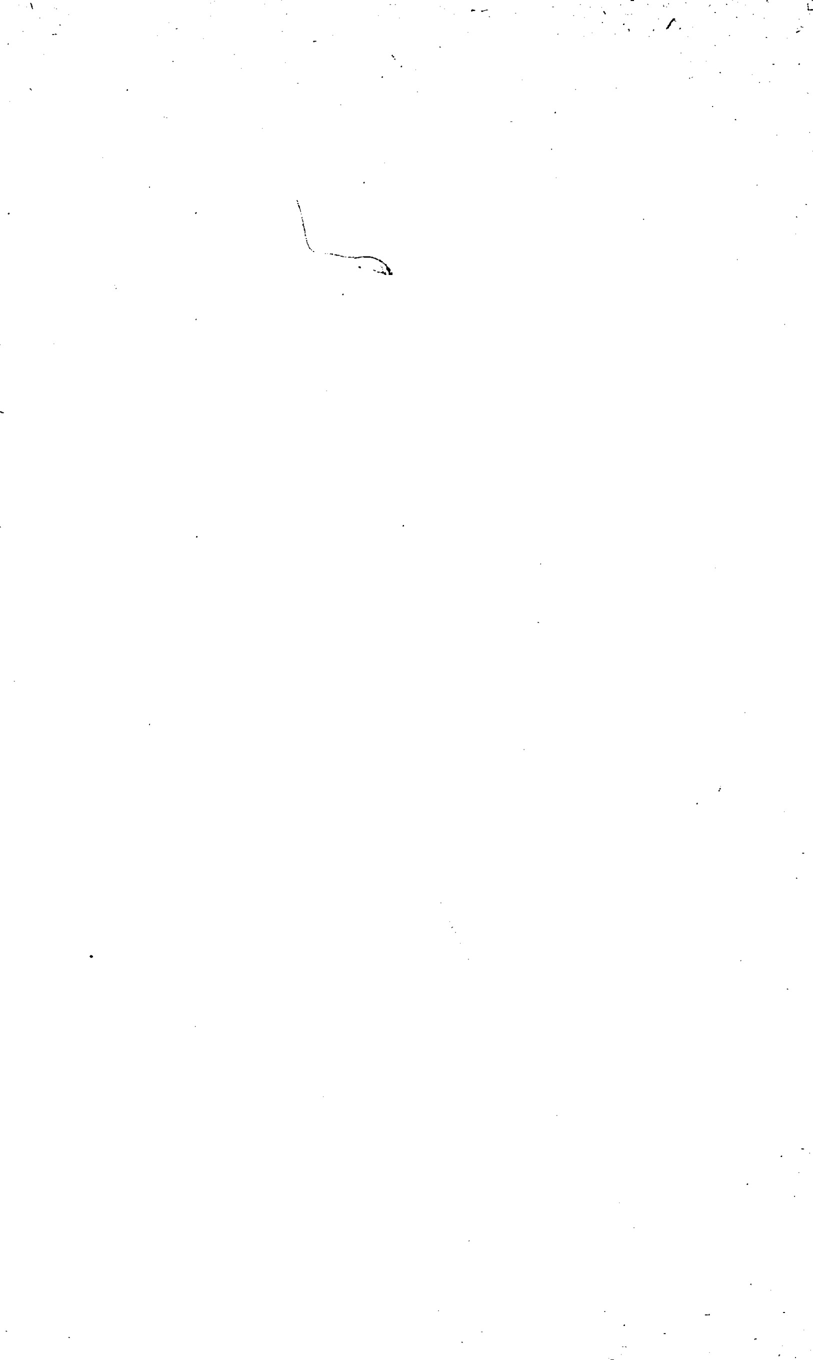
Barcelona 25 de mayo de 1863.

Imprímase.

EL VICARIO GENERAL CAPITULAR,

Juan de Palau y Soler.

NOTA.—La presente edición ha sido nuevamente revisada por el mismo Censor, Rdo. Dr. D. Manuel Rodríguez, Pbro.



AL ILUSTRE SEÑOR CANÓNIGO

D. FRANCISCO MIGUEL.

Á V. S., cuyos sabios consejos han dirigido mi primera juventud; cuya elocuente é inspirada palabra ha iluminado mi alma en aquella época de la existencia, que es cuando en el corazón puro empieza á robustecerse el sentimiento religioso, me atrevo á dedicar un libro grande porque contiene pasajes de otro libro divino, pequeño por la nulidad de la autora que los recopilara y explicara; rico por la fe que me ha guiado, por lo grandioso del objeto que ha conducido mi pluma; pobre, muy pobre por lo exiguo de mis fuerzas para llevar á cabo mi proyecto.

Nada hay más profundamente conmovedor, más sencillamente sublime que la lectura de las divinas máximas del sagrado Evangelio, y cuando el germen de vida que encierra cae en el terreno virgen del corazón de los niños, la idea del inmenso bien que proporciona comunica nueva unción á las palabras del Maestro, cuyo acento inspirado vibra á impulsos de una dulcísima emoción.

Yo lo he experimentado. Con la lectura de algunos pasajes en que rebosa la poesía y el sentimiento, ha ahogado mi voz la conmoción que me embargaba el alma, y, cuando me he interrumpido para enjugar las lágrimas que nublaban mi vista, el silencio era tan profundo, á pesar de lo numeroso de mi escuela, que se hubiese podido percibir en aquel recinto el ruido que produce un insecto con el roce de sus alas. Es que mis alumnas se hallaban también conmovidas, es que la ternura se abre muy pronto camino hasta el corazón de la infancia.

Como V. S. verá, he puesto al fin de cada Evangelio una explicación muy sencilla. Para hacerlo con algún acierto recordé el fruto moral que V. S.—modelo á la sazón de curas-párrocos—sacaba de aquéllos para instruir á sus feligreses, á cuyo número tenía yo la honra de pertenecer; recordé asimismo las palabras de otros oradores sagrados, y así es como me he atrevido á consignar en mi obrita las mismas consecuencias morales, en lenguaje que yo quería hacer digno de tan elevado objeto.

Extasiábame de gozo al considerar que en la tarde de un sábado estarían cien Maestras á un propio tiempo repitiendo las máximas de caridad, de fe y esperanza que yo aprendí de V. S., y que cinco mil inocentes criaturas se hallarían pendientes de sus labios. Bajo esta impresión y sintiendo en mi alma los dulces afectos que despierta siempre la lectura de las páginas divinas del sagrado Evangelio, en todo el que medita en ellas, emprendi mi trabajo; y emprendíle en el mismo recinto de la escuela, teniendo sobre mi cabeza la imagen de Jesús crucificado y enfrente de mí los bancos que acababan de desocupar mis tiernas alumnas, pareciéndome que aun veía sus semblantes inocentes y escuchaba el débil murmullo de su voz contenida por el respeto.

Mas ¡ay! no siempre lo que se siente puede expresarse, como no le es dado al pintor comunicar perfume á las flores que han salido de sus pinceles, ni, por hábil que sea, puede hacer que circulen las aguas del río que trasladara al lienzo, ni que se mezan al soplo de la brisa los árboles de sus paisajes.

En mis discursos pálidos, incorrectos é indignos del gran asunto á que se dirigen, no hay más mérito que el de la intención que he tenido, y ella sola es la que merece alguna indulgencia. Reclamóla pues del público en general, de mis compañeras en particular, pues para ellas y las niñas he escrito, y muy especialmente de V. S., mi respetable y querido amigo, á quien he osado consagrar mi obrita como una débil muestra de amistad, cariño y gratitud.

Barcelona junio de 1863.

Pilar Pascual de Sanjuán.

PRELIMINAR DE LA 2.ª EDICIÓN.

Las presentes páginas se escribieron únicamente para las niñas; pero su sencillez, el poco coste del libro, la escasez de obras de esta naturaleza ó alguna otra causa que no se nos alcanza, motivó que dignísimos é instruídos profesores lo adoptasen en sus escuelas, modificando en las explicaciones y comentarios, que siguen á la exposición de cada pasaje, lo que únicamente à las niñas se referia, ó lo que se adaptaba mejor á éstas que á los alumnos del otro sexo.

Algún profesor nos dirigió amistosas reconvenciones porque no habíamos hecho una obra que pudiera servir para toda clase de escuelas de 1.ª enseñanza, y accediendo á estas indicaciones hemos reformado nuestro trabajo en esta 2.ª edición, á fin de poder llamar en adelante á este modesto libro, «Año Evangélico para los niños».

De este modo, servirá también para ser leído y comentado en el seno de la familia; práctica muy extendida en otros países, donde la madre ó el padre, la abuela ó el abuelo adoctrinan á los niños con el Evangelio, cabe el hogar, coadyuvando á la tarea de los maestros de la niñez, y echando así los cimientos de una sólida educación, basada en el verdadero conocimiento de nuestra santa religión y en la práctica de las virtudes, que son el fruto de su divina moral.



AÑO EVANGÉLICO

PARA LOS NIÑOS.

DOMÍNICA 1.ª DE ADVIENTO [1].

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas.

(CAPÍTULO 21.)

En aquel tiempo, dijo Jesús á sus discípulos: Fenómenos prodigiosos se verán en el sol, la luna y las estrellas, y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas, secándose de sobresalto y de temor los hombres por las cosas que han de sobrevenir en todo el universo, porque las virtudes de los cielos estarán bamboleando, y

(1) El año eclesiástico empieza en el Adviento.

entonces será cuando verán al Hijo del Hombre venir sobre una nube con gran poder y majestad. Así pues, vosotros cuando viereis que comienzan á suceder estas cosas, abrid los ojos, alzad la cabeza, porque vuestra redención se acerca. Propúsoles además esta comparación: Reparad en la higuera y en los demás árboles. Cuando ya empiezan á brotar y sacar el fruto, conocéis que cerca está el verano. Así también vosotros, en viendo la ejecución de estas cosas, entended que el reino de Dios está cerca. Os empeño mi palabra que no se acabará esta generación, hasta que todo lo dicho se cumpla. El cielo y la tierra se mudarán, pero mis palabras no faltarán.

Adviento, hijos míos, significa venida. La Iglesia, madre amorosa y solícita, no pierde ocasión de adoctrinar á sus hijos ora con afectuosas reconvenciones, ora con magníficas ofertas, ora en fin, con terribles amenazas; y al modo que los que os dieron el ser, y que os quieren entrañablemente, no reparan en turbar vuestra infantil alegría con saludables reprensiones, cuando así conviene á vuestro mayor bien, nuestra Madre común, en medio del regocijo con que el pueblo cristiano se prepara á celebrar la fiesta cuyo recuerdo es más grato al corazón, que es el nacimiento temporal del Rey de cielos y tierra, le avisa, para que lo tenga presente, que, así como aquella venida del Salvador divino fué humilde y

consoladora, la segunda venida será majestuosa, imponente y tan aterradora en sus anuncios y preliminares que aun los justos se mostrarán confusos y atemorizados.

Nada más lógico, queridos niños: cuando un hombre de recto juicio da un paso de alguna trascendencia, podéis estar seguros que se propone un objeto más ó menos importante. ¿Cuánto más Él que es la sabiduría por esencia?

Qué objeto se propuso Jesús naciendo pobre y desvalido en un pesebre, y revistiéndose de nuestra miserable naturaleza, nos lo dice Él mismo con estas consoladoras palabras, que pone como un elocuente epílogo, al fin de la triste pintura de las señales que precederán al Juicio: «Cuando viereis que empiezan á suceder estas cosas, alzad la cabeza, abrid los ojos, porque vuestra redención se acerca.» La redención, pues, es el móvil de su primer advenimiento; su intenso amor, su caridad ardiente le impulsan á descender de aquel trono de gloria al humilde establo y sucesivamente á los desiertos de Egipto, á la casita de Nazaret, á los lugares de su predicación y al afrentoso patíbulo para rescatarnos con el incalculable precio de su sangre, y (mediante nuestras buenas obras) poder decirnos un día: «Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesión del reino que os está destinado desde el principio del mundo.»

Ya habéis aprendido en el Catecismo y en los compendios de Historia sagrada que la Iglesia nos propone como artículo de fe la resurreccion de la carne, esto es, que no solamente el alma es inmortal sino que la muerte del cuerpo tampoco es más que una

ausencia temporal, pues llegará un día en que un espíritu celeste tocará, por orden de Dios, una trompeta que, resonando en todos los ámbitos del mundo, despertará á los muertos de su letargo, acaso de muchos siglos. y convocará en el valle de Josafat á todas las generaciones de los hombres, para ser allí juzgados todos los mortales y recibir el premio ó castigo eterno, según hayan sido sus obras buenas ó malas. Todo esto, que será una manifestación pública y universal de la gloria de Jesucristo, sucederá por un milagro de su divina omnipotencia.

Cuando suene, pues, aquella trompeta, ¿cuál será la confusión de los hipócritas? ¿cuál la vergüenza de aquellos niños que han tratado de deslumbrar al mundo con un exterior modesto y una devoción aparente, si no han llenado con fidelidad sus deberes para con Dios, para con sus semejantes y para consigo mismos?

Quizá os sucederá ver entre vuestros propios condiscípulos y más tarde entre las personas que tratéis, uno que, obrando mal, pero teniendo habilidad para ocultar sus faltas, no sólo logre substraerse al castigo temporal, sino que hasta goce del buen concepto de los demás. Acaso vosotros sin querer cometer la bajeza de delatarlo desearíais que su conducta se descubriese por otro medio cualquiera; pero si alguna vez os ocurriese abrigar este deseo, sabed que el día del Juicio se manifestarán á la faz del mundo no sólo nuestras acciones, sino hasta los más ocultos pensamientos, y que este día infaliblemente ha de llegar, para consuelo de unos y confusión de otros. Cualquiera otro acontecimiento aun en la víspera

puede frustrarse por una circunstancia imprevista, mas el gran suceso á que se refiere la Iglesia en el Evangelio de mañana lo ha predicho nuestro adorable Redentor, y cuenta que para que ni remotamente pudiese dudarse, añadió: *Los cielos y la tierra se mudarán, pero mis palabras no faltarán.*

DOMÍNICA 2.ª DE ADVIENTO.

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo.

(CAPÍTULO 11.)

En aquel tiempo: habiendo oído Juan desde la cárcel las maravillas y prodigios obrados por Jesucristo, envió dos de sus discípulos á preguntarle: ¿Sois vos el Mesías que ha de venir ó hemos de esperar otro? Y Jesús les contestó: Id y contad á Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan curados, los sordos oyen, los muertos resucitan, el Evangelio es anunciado á los pobres; y dichoso aquel que no se escandalizare de mí. Luego que éstos marcharon, Jesús empezó á hablar de Juan á las turbas. ¿Qué salisteis á ver al desierto? ¿Alguna caña que se mueve á todo viento? ¿Qué salisteis á ver al desierto? ¿Á un hombre vestido con lujo y afeminación? Los que así visten ya sabéis que están en los palacios de los reyes. ¿Qué salisteis pues á ver? ¿Algún

ausencia temporal, pues llegará un día en que un espíritu celeste tocará, por orden de Dios, una trompeta que, resonando en todos los ámbitos del mundo, despertará á los muertos de su letargo, acaso de muchos siglos. y convocará en el valle de Josafat á todas las generaciones de los hombres, para ser allí juzgados todos los mortales y recibir el premio ó castigo eterno, según hayan sido sus obras buenas ó malas. Todo esto, que será una manifestación pública y universal de la gloria de Jesucristo, sucederá por un milagro de su divina omnipotencia.

Cuando suene, pues, aquella trompeta, ¿cuál será la confusión de los hipócritas? ¿cuál la vergüenza de aquellos niños que han tratado de deslumbrar al mundo con un exterior modesto y una devoción aparente, si no han llenado con fidelidad sus deberes para con Dios, para con sus semejantes y para consigo mismos?

Quizá os sucederá ver entre vuestros propios condiscípulos y más tarde entre las personas que tratéis, uno que, obrando mal, pero teniendo habilidad para ocultar sus faltas, no sólo logre substraerse al castigo temporal, sino que hasta goce del buen concepto de los demás. Acaso vosotros sin querer cometer la bajeza de delatarlo desearíais que su conducta se descubriese por otro medio cualquiera; pero si alguna vez os ocurriese abrigar este deseo, sabed que el día del Juicio se manifestarán á la faz del mundo no sólo nuestras acciones, sino hasta los más ocultos pensamientos, y que este día infaliblemente ha de llegar, para consuelo de unos y confusión de otros. Cualquiera otro acontecimiento aun en la víspera

puede frustrarse por una circunstancia imprevista, mas el gran suceso á que se refiere la Iglesia en el Evangelio de mañana lo ha predicho nuestro adorable Redentor, y cuenta que para que ni remotamente pudiese dudarse, añadió: *Los cielos y la tierra se mudarán, pero mis palabras no faltarán.*

DOMÍNICA 2.ª DE ADVIENTO.

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo.

(CAPÍTULO 11.)

En aquel tiempo: habiendo oído Juan desde la cárcel las maravillas y prodigios obrados por Jesucristo, envió dos de sus discípulos á preguntarle: ¿Sois vos el Mesías que ha de venir ó hemos de esperar otro? Y Jesús les contestó: Id y contad á Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan curados, los sordos oyen, los muertos resucitan, el Evangelio es anunciado á los pobres; y dichoso aquel que no se escandalizare de mí. Luego que éstos marcharon, Jesús empezó á hablar de Juan á las turbas. ¿Qué salisteis á ver al desierto? ¿Alguna caña que se mueve á todo viento? ¿Qué salisteis á ver al desierto? ¿Á un hombre vestido con lujo y afeminación? Los que así visten ya sabéis que están en los palacios de los reyes. ¿Qué salisteis pues á ver? ¿Algún

profeta? En verdad lo es, y aun más que profeta. Este es de quien está escrito: He aquí que yo envío mi ángel ante tu presencia que preparará el camino yendo delante de ti.

«Treinta años después del nacimiento de Jesús apareció un profeta llamado Juan,» nos dice la Historia sagrada. Este profeta, hijos míos, era un hombre extraordinario. Admirables prodigios predijeron y acompañaron su nacimiento; debió el ser á un padre justo y á una madre santa también, parienta cercana de la Virgen María, la más pura, la más perfecta, la más bendita entre todas las mujeres.

Desde su tierna infancia esta angelical criatura abandonara la casa paterna, no para volar en pos de los placeres, sino para vivir en un desierto, vestido con una piel de camello y teniendo por único alimento langostas y miel silvestre...

Cuando Jesucristo había de empezar su misión, el Precursor comenzó también su sagrado ministerio, amonestando á cuantos llegaban á oirle que el reino de los cielos se acercaba, mas que para entrar en él era necesario abandonar los malos hábitos, purificarse de ellos y hacer Penitencia, y bautizaba en el Jordán, á los que se aprovechaban de sus predicaciones. El Salvador divino fué tambien á recibir el bautismo, no porque necesitase purificarse de mancha alguna, puesto que era la santidad, la justicia y la inocencia misma; sino para dar ejemplo de humildad y santificar las aguas, dándoles la virtud de

perdonar los pecados en aquel Sacramento que, regenerando el alma envilecida por la culpa original ó actual, hace al hombre hijo de Dios, amigo suyo y heredero de su gloria, y le introduce en su santo aprisco que es la Iglesia.

Más tarde aquel angélico predicador había hecho sonar su santa palabra, no ya en los desiertos, sino en los dorados salones del palacio de un rey inicuo, y á consecuencia fué encerrado en una prisión; empero privado de la libertad y próximo á perder la vida, se mantenía fiel á su digno y elevado ministerio, y envió á preguntar á aquel cuyo camino había venido á preparar, si era el Mesías que se esperaba ó si se había de aguardar otro.

Pero, ¿creéis, hijos míos, que una duda sacrílega fué lo que determinó al Bautista á enviar aquella embajada de sus discípulos al divino Maestro? ¿Podía dudar cuando había visto descender sobre Jesús el Espíritu Santo, y había oído la voz del Altísimo asegurar que aquel era su Hijo muy amado? No por cierto. Más dignas, más altas eran sus miras. La respuesta del Redentor, como emanada de la sabiduría eterna, debía ser y fué tan sencillamente sublime que convenciese á los más incrédulos, y, en efecto, como quien está bien penetrado de que habla á hombres materiales y groseros, en cuyo corazón no han de hallar eco las palabras más persuasivas y sí sólo lo que afecta á sus sentidos, les dice:

«Id y decid á Juan lo que habéis visto.»

Y luego ¡qué lección añade tan digna de estudiarse y meditarse! al hablar de Juan dice que no es una caña que se mueve al impulso de cualquier viento,

ni es un hombre vestido con lujo y afeminación; y con estas palabras condena los defectos más frecuentes en los niños: la inconstancia y la frivolidad. ¿Queréis saber quién se asemeja á una caña que se mueve á todo viento? pues son los niños que se dejan dominar de cualquier clase de impresiones, aquellos que, sabiamente amonestados por prudentes padres y maestros, se proponen corregir sus defectos y enmendar sus faltas, pero cuando cambia el viento, esto es, cuando en vez de sonar en sus oídos aquellas severas y saludables advertencias oyen los consejos de atolondrados é inexpertos compañeros, se doblegan al punto á su nociva influencia, y desobedecen á quien sólo por su bien se desvela y fatiga, dando al olvido los avisos de la virtud y la experiencia.

¡La frivolidad! ¡la afición al lujo! He aquí dos circunstancias muy comunes en los niños y más todavía en las niñas, pero tan reprensible en los unos como en las otras. Si en la infancia y en la primera juventud se cobra desmedida afición á los vestidos elegantes, á los adornos y bagatelas, rara vez se pierde con los años: el hombre, destinado á graves asuntos, á importantes y nobles tareas, se vuelve afeminado y superficial; y la mujer, por cuyas manos pasan á veces considerables sumas destinadas á la manutención de una familia, sacrifica con frecuencia grandes cantidades á la adquisición de trajes, joyas y otros objetos de lujo, que no añaden ningún quilate á su valor moral, ni aun realzan, como muchas imaginan, los atractivos físicos... ¡Y pensar que por satisfacer esta vanidad hay personas

inconsideradas que se arruinan, se deshonran y arrastran muchas veces en su desastrosa caída á una dilatada familia!

Pero observad, hijos míos, que Dios no prohibe enteramente el lujo. «Los que así visten, dice el Señor, ya sabéis qus están en los palacios de los reyes.» Como si dijese: *aquellos cuya categoría, cuya posición social se lo prescriba hasta cierto punto, ó al menos se lo consienta, en buen hora que transijan con esta exigencia de la sociedad, fomentando así las artes y el comercio, manteniendo á muchas personas dedicadas á cierta clase de industrias, que sin el lujo no existirían.*

Mas vosotros, los que os cupo en suerte nacer en otra condición más llana, no los miréis con envidia ni con admiración. Si la primera se insinuase en vuestro pecho, acordaos del precursor del Mesías, que tan lisonjeras palabras alcanzó de su divino pariente, y tened en la memoria que aquel angelical mancebo vestía una piel de camello, consistiendo su principal adorno en la inocencia, joya preciosa que todos podéis conservar. Y si los que de aquel modo se presentan os pareciesen superiores á los demás hombres, acordaos que en los palacios de los reyes hay miserias también, y que Salomón, el más sabio, el más rico y el más respetado de todos, consignó en sus sublimes sentencias que todo aquello no era otra cosa sino miseria y vanidad.



DOMÍNICA 3.ª DE ADVIENTO.

Continuación del Santo Evangelio según San Juan.

(CAPÍTULO 1.º)

En aquel tiempo: los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas para que fuesen á preguntar á Juan y decirle: ¿Tú, quién eres? Juan confesó y no negó; antes bien protestó, diciendo: Yo no soy Cristo. ¿Pues quién eres? le replicaron; ¿eres por ventura Elías? Y respondió: No lo soy. ¿Eres pues profeta? le repusieron ellos. No, les dijo Juan. ¿Pues quién eres, le volvieron á decir, para que podamos dar alguna respuesta á los que nos han enviado? ¿qué dices, por fin, de ti mismo? Yo soy, contestó, la voz del que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor, como lo tiene dicho el profeta Isaías. Es de saber que los enviados eran de la secta de los fariseos. Y le preguntan de nuevo: ¿Pues cómo bautizas si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni profeta? Juan les respondió: Yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros está uno á quien no conocéis. Él es el que ha de venir después de mí, el cual es antes que yo, y á quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato. Todo esto sucedió en Bethania á la

otra parte del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

Los que conocéis la historia, hijos míos, sabéis que casi todos los héroes que han brillado en el mundo se han distinguido por una serie de conquistas que engrandecían sus estados aniquilando las naciones vecinas, y derramando torrentes de sangre para adquirir esa mal llamada gloria, tan efímera como todos los placeres humanos, cuando no tienen por base el temor de Dios. Estaba reservado á los héroes del Cristianismo el brillar en el fondo de un árido desierto, y brillar precisamente por su humildad.

Son bien notables las reiteradas negativas de Juan al preguntarle los enviados de los judíos si era el Mesías ó Elías ó algún otro profeta; á todo responde con dulzura, no lo soy; y cuando no puede prescindir de hablar de sí mismo, soy (dice con encantadora modestia) la voz del que clama en el desierto.

¡Qué ocasión se le ofrecía al santo joven al oir las tentadoras palabras ¿qué dices de ti mismo? para hablar de su parentesco según la carne con el Rey de cielos y tierra, de su milagroso nacimiento, de los prodigios que había presenciado, y finalmente, de su vida ejemplar y altas virtudes! Mas se acercaba la ley de gracia, esa ley que dice en uno de sus capítulos: «El que se humilla será ensalzado;» y Juan, que era precursor y contemporáneo del humilde Jesús, no quiso decir lo que era, porque así hubiese debido colocarse á la altura que le correspon-

día, y se contentó con afirmar lo que dejaba de ser...

Catorce siglos después un varón virtuoso y de ejemplar talento imitó la abnegación y humildad de San Juan Bautista. Fué éste D. Fernando, hermano de D. Enrique III, y tío de D. Juan II, al cual querían aclamar por rey los castellanos, cuando acaeció la prematura muerte de su hermano; pero él renunció aquella corona, que miraba como una usurpación el aceptar, y colocóla en las sienes del niño rey, su sobrino, diciendo á la nobleza y al pueblo que le aclamaba: he aquí vuestro monarca, yo no soy más que un vasallo como vosotros.

El que se humilla será ensalzado. D. Fernando ha conseguido legar á la historia un nombre puro, ocupando la más bella página de su época; el Señor le dotó de prudencia suma para la regencia del estado, venció á los moros en la célebre batalla de Antequera, y finalmente, se vió colocado en el trono de Aragón, reino más floreciente entonces y mucho mayor que el de Castilla.

Os he citado este ejemplo histórico, hijos míos, para que consideréis que si es cierto que todos los historiadores, acordes en este punto, tributan sinceros elogios á aquel esclarecido príncipe, ¿no los merece mayores el modesto Bautista, que protesta que no es rey ni profeta, que no es más que la voz del que clama en el desierto, y que el Mesías por el cual querían reconocerle, es tan superior á él que ni aun se considera digno de desatar la correa de su zapato?

«Yo soy el predicador constituído rey de Israel,»

había dicho muchos años antes Salomón; pero el Bautista ni aun quiere llamarse *predicador*, sino *la voz que clama en el desierto*; voz dulcísima, acento inspirado, cuyos ecos se pierden en la soledad como el melancólico susurro de las aguas del Jordán ó los tristes arrullos de la tórtola solitaria. No siempre le faltó auditorio; muchos eran los que acudían á oir sus exhortaciones, pero pocos los que se aprovecharon de ellas, como fueron pocos también los que abrazaron desde luego la doctrina del Divino Maestro.

¡Cuán triste idea me ocurre en este momento, queridos hijos míos! ¿Estará mi débil voz destinada á clamar en el desierto? ¡No lo permita Dios! No quiera el cielo que sea mi acento como un metal que suena, según la expresión de San Pablo, sino que el Señor me ilumine para inspiraros el amor á la virtud de la humildad, de que hoy tratamos, y á las demás de que nos iremos ocupando, y os dé á vosotros un corazón dócil para seguir los consejos que os doy, porque estos consejos, que no son míos sino tomados de los libros santos, son dulces como la miel, son el alimento mejor para el alma inocente y pura de un niño, y al mismo tiempo la luz que ha de guiaros en la senda de la vida.



DOMÍNICA 4.ª DE ADVIENTO.

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas.

(CAPÍTULO 3.º)

En el año décimoquinto del imperio de Tiberio César, gobernando Poncio Pilato la Judea, siendo Herodes Tetrarca de Galilea, y su hermano Filipo Tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisanias Tetrarca de Abilina, hallándose sumos sacerdotes Anás y Caifás, el Señor hizo entender su palabra á Juan hijo de Zacarías en el desierto. El cual, *obedeciendo al instante* vino por toda la ribera del Jordán predicando un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados, como está escrito de los vaticinios del profeta Isaías: Se *oirá la voz* de uno que clama en el desierto, diciendo: preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas; todo valle será terraplenado: todo monte y todo cerro allanado, y *así* los caminos torcidos serán enderezados y los escabrosos igualados y verán todos los hombres al *Salvador* enviado de Dios.

El día de la redención se acercaba, el divino Salvador vivía ya entre los hombres, si bien vivía obs-

curo é ignorado; pero estaba para manifestarse, y el ángel enviado delante de él para prepararle el camino, según expresión del mismo Jesucristo, había recibido una inspiración de Dios: el Señor le había hecho entender su palabra y empezó á predicar á cuantos llegaban á escucharle.

Pero ¿qué era lo que predicaba? Entendedlo bien, hijos míos, porque también á vosotros se dirigen las palabras del profeta: «preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas, todo valle será terraplenado, todo monte y todo cerro allanado, los caminos torcidos enderezados y los escabrosos igualados.»

La Iglesia, como os dije en otra ocasión, se prepara á celebrar la fiesta que representa anualmente el nacimiento de Jesús, que como todos sabéis era Dios desde la eternidad, pero se hizo hombre en el tiempo, llegando un día felicísimo en que nació niño, débil y pobre para dar ejemplo de vida y redimirnos de la esclavitud del pecado muriendo por nosotros. Otro dia os hablaré de la inmensa gratitud que debéis al Señor por tales beneficios; por hoy me concretaré á exhortaros con el Precursor á que preparéis sus caminos.

Nada más bello que el aspecto de una ciudad cuando va á visitarla su soberano; no sólo se igualan, enderezan y limpian las sendas que conducen á ella para que ningún accidente desagradable pueda interrumpir su marcha, sino que se adornan y hermosean las calles, se levantan arcos de triunfo, se engalanan las fachadas de los edificios con colgaduras de vistosos colores, con flores y follaje, y las brillantes iluminaciones vienen á animar todo este cuadro,

disipando las tinieblas con que la noche le cubriera. Vosotros, niños queridos, habréis visto todo esto alguna vez ó será fácil que lo veáis. Pues, si tales preparativos se hacen para la venida de un rey de la tierra, ¿cuánto mayores no deberán ser los que tengan lugar para la recepción del Rey de la gloria?

No creáis, empero, que el Señor necesite que celebremos su venida con esa pompa exterior de que os he hablado; lo he hecho solamente para demostraros que nuestra preparación para recibirle merece alguna diligencia. Si el Salvador hubiera querido felicidad, lujo y riqueza, no hubiese descendido de aquel trono de gloria, del cual dice el profeta que es de oro, su gradería de marfil y el reclinatorio de púrpura; si hubiese querido bienes temporales, se hubiese colocado sobre el primer trono del mundo y su reinado hubiera sido más próspero y glorioso que el de Salomón; pero nace desnudo en la solitaria gruta, tiemblan de frío sus ateridos miembros y reclina en el pesebre su inocente cabeza, porque su reino es espiritual. Espiritual debe ser, pues, la preparación para su venida.

San Juan predicaba un bautismo de penitencia, y esta penitencia es la que endereza las sendas del Señor. Los valles que han de ser terraplenados son los vacíos que hay en vuestro pecho, porque verdaderos vacíos son los afectos que se dirigen á juguetes, adornos y bagatelas, distrayendo vuestra atención de objetos más serios y más propios de un niño cristiano, y más aun las faltas de caridad para con vuestros prójimos. Los montes que han de allanarse son los pensamientos altivos y orgullosos que tal vez

germinan en vuestra mente. Las sendas torcidas son aquellas desobediencias que os separan del recto sendero que trazan vuestros superiores: y los caminos escabrosos que hay que limpiar son las nacientes pasiones de rencor á un compañero que os haya ofendido, de envidia á un hermanito que posea dotes de que vosotros carecéis, y otras pasiones semejantes que por desgracia se insinúen en vuestro tierno corazón.

El Sacramento de la Penitencia lavará vuestra alma de todas estas manchas, y entonces, regenerados por él, podréis asistir á la celebración del nacimiento del niño Dios, cuyo amor no hallará obstáculo para posesionarse de vuestro pecho: rodearéis su cuna como los pastores en Belén, confesaréis su gloria como los ángeles que aparecieron sobre la gruta, y entre las nubes de incienso y los acordes de la música que se elevan al cielo el día de la Natividad, subirá vuestra oración pura como la fragancia de las flores, y Jesús, niño como vosotros y más inocente que vosotros, os colmará de bendiciones, porque nada ama tanto como las almas puras, ya conserven la gracia bautismal, ó ya se hayan rehabilitado por medio de la penitencia.



NATIVIDAD.

MISA 1.ª Á MEDIA NOCHE (1).

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas.

(CAPÍTULO 2.º)

En aquel tiempo se promulgó un edicto de César Augusto mandando empadronar á todo el mundo. Este fué el primer empadronamiento hecho por Cirino, que después fué gobernador de la Siria; y todos iban á empadronarse cada cual á la ciudad de su estirpe. Joseph pues, como era de la familia de David, vino desde Nazareth, ciudad de Galilea, á la ciudad de David llamada Bethlehem en la Judea para empadronarse con María su esposa, la cual estaba en cinta. Y sucedió que hallándose allí le llegó la hora de su alumbramiento: y dió á luz á su hijo pri-

(1) Aunque nuestra obligación de leer el Evangelio se limita al de las domínicas, expondremos aquí los de Natividad, Epifanía (omitiendo el de la Circuncisión, ya por su brevedad, ya porque la víspera no es día de clase), el de la Ascension y Corpus, por si los Maestros quieren leerlos la víspera ó bien el sábado más inmediato. Dejamos de poner las festividades de la Santísima Virgen, que casi todas tienen el mismo Evangelio, y las de los Santos. Los Maestros podrán explicar el misterio ó la vida del Santo, si tienen gusto en ello, aunque no se nos obliga, y si cayeren en domingo podrán exponer el Evangelio de la Domínica, pues la Iglesia siempre le reza, si no en su lugar, al fin de la misa en vez del de San Juan.

mogénito, y envolvióle en pañales y recostóle en un pesebre; porque no hubo lugar para ellos en el mesón. Estaban unos pastores velando en aquellos contornos y haciendo centinela de noche sobre su grey. Cuando de improviso un ángel del Señor se apareció junto á ellos, y una luz divina los cercó con su resplandor. Lo cual los llenó de sumo temor. Dijoles entonces el ángel: No tenéis que temer, pues vengo á daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo; y es, que hoy ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Mesías, el Señor nuestro. Y para que lo conozcáis, sírvaos de seña que hallaréis al Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Al punto mismo se dejó ver con el ángel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando á Dios, y diciendo: Gloria á Dios en las alturas de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

Era de noche, una noche de invierno borrascosa y lóbrega; algunos sencillos pastores que habían quedado guardando su rebaño se guarecían al pie de un árbol despojado de sus hojas, y dormitaban á pesar suyo envueltos en sus pieles, ó paseaban para que el movimiento comunicase algún calor á sus miembros ateridos. El curso de las estrellas, que era lo que señalaba las horas en aquel tiempo, anunciaba la media noche, cuando he aquí que un brillan-

te resplandor ilumina el horizonte, los pájaros despiertan y saludan la nueva y extemporánea aurora, y los pastores sobrecogidos á vista de tan inusitado fenómeno empiezan á temer algún suceso espantoso. Pero un ángel del Señor se aparece en medio de ellos, y no es por cierto como el que con una espada de fuego en su diestra impedía á nuestros primeros padres el regreso al paraíso, antes bien sus vestidos son blancos, su aspecto bondadoso y en sus labios brilla una dulce sonrisa, que anuncia al portador un mensaje de paz.

«No temáis, dice á los inocentes pastores, porque las maravillas que estáis viendo son indicios de un portento mayor que yo vengo á anunciaros. La nueva que os traigo es la más dichosa que pudiera comunicarse á los hombres y va á derramar el gozo en los corazones de todo el pueblo de Israel. Sabed que ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Mesías señor nuestro;» y para que no dudasen de la verdad de sus palabras, les da señales inequívocas por las que conocerán al divino Infante... Aun estaba hablando el Espíritu celestial cuando se dejó ver con él un ejército de ángeles, que con voz más armoniosa que la más escogida música entonó estas palabras llenas de inexplicable dulzura: Gloria á Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

Figuraos, queridos niños, la sorpresa y la alegría de los pastores. Yo no puedo describir sus arrebatos de inocente júbilo. Llaman á sus dormidos compañeros, circula rápidamente la dichosa nueva, y juntos se dirigen entre cánticos de gozo á la gruta de

Belén á tributar al Mesías recién nacido, sencillos y rústicos homenajes. ¡Qué objetos tan encantadores se ofrecen á sus atónitas miradas! Un niño que excede en belleza al ángel que acaban de admirar, yace reclinado en un pesebre sobre un puñado de paja, una joven y hermosa señora, inclinada sobre él le contempla con una ternura mezclada de respeto, un hombre ya entrado en años los acompaña; y, algo separados de este interesante grupo, dos cuadrúpedos, un buey y una mula, completan este cuadro de rústica grandeza. Agrúpanse los habitantes de la montaña en torno de la improvisada cuna, quien acercándose al recién nacido besa las plantas de sus rosados pies, quien sin atreverse á tanto le adora prosternando su frente en el polvo, este da el parabién á los felices esposos, aquel les ofrece para alimento los tiernos cabritillos, la fresca leche de sus cabras y ovejas y la miel de sus colmenas, y el niño los mira con reconocimiento y en sus labios de rosa brilla una sonrisa celestial y les alarga sus bracitos... Aquellos brazos que treinta y tres años después habían de tenderse sobre un duro leño, aquellas manos inocentes que en el Gólgota habían de ser horadadas con acerados clavos... Su infinita caridad empezó á manifestarse en la gruta de Belén y no se desmintió hasta el último suspiro.

Por vosotros, hijos míos, por mí, por todos los pecadores nace el Salvador para morir después: por nosotros bajó del cielo á la tierra; y ¿seréis tan ingratos que no corráis como los pastores á saludar su venida?...

Todos los cristianos celebran con júbilo la fiesta

de Navidad, pero por desgracia no todos meditan en los misterios de este día ni agradecen al Señor sus beneficios: en todos hay culto exterior y cierto tinte de regocijo que imprimen tan solemnes y alegres fiestas, pero lo que no hay en todos es pureza de intención.

Vosotros, regocijaos en hora buena con el nacimiento de Jesús, engalanaos, cantad: también los pájaros cantan saludando la venida del alba, y vosotros sois sencillos como los pájaros; mas en vuestra alegría recordad los sublimes misterios de aquella portentosa noche, observad que la Iglesia al entonar el «Gloria in excelsis Deo» repite las palabras de los ángeles loando al Señor, que los villancicos tiernos á veces, otras rústicos, otras jocosos, pero siempre rebosando una sencillez encantadora, imitan los cánticos de gozo de los pastores; y no sólo este día, sino todo el año y todos los años de vnestra vida conservad en vuestro pecho una santa efusión, un profundo reconocimiento, y en todas las circunstancias volved los ojos al pesebre y á la cruz, aurora y ocaso del Sol de Justicia.

Estas consideraciones os harán moderados en la felicidad, sufridos en la desgracia, prudentes en todas ocasiones, y derramarán en vuestro pecho los raudales de amor que brotan del corazón de Jesús, para que amando á vuestro prójimo y ejerciendo la caridad, que es el complemento de todas las virtudes, podáis alcanzar una existencia tranquila y un fin dichoso.



DOMINGO INFRAOCTAVA DE LA NATIVIDAD.

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas.

(CAPÍTULO 2.°)

En aquel tiempo, José y María madre de Jesús estaban admirados por las cosas que se decían de él. Simeón les dió su bendición y dijo á María, su madre: He aquí que este niño ha venido al mundo para la perdición y para la salvación de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradicción, y vuestra misma alma será traspasada con una espada á fin de que se descubra lo que muchos piensan dentro de sus corazones.

Y en aquel tiempo vivía Ana, la cual tenía el don de profecía y era hija de Fanuel, de la tribu de Aser; era de edad avanzada y había vivido siete años con su marido, con quien se casó siendo doncella, y permaneció viuda hasta la edad de ochenta y cuatro años sin salir del templo pasando religiosamente en él las noches y los días empleada en ayunos y en oraciones. Habiendo llegado á la misma hora, alababa también al Señor, y hablaba de este niño á todos los que esperaban la redención de Israel. Por fin, luego que dieron cumplimiento á todo lo que

ordenaba la ley del Señor, se volvieron á Galilea á la ciudad de Nazareth que era el lugar de su residencia. Entretanto el Niño erecia y se fortalecía lleno de sabiduría y la gracia de Dios estaba en él.

La ley de Moisés ordenaba que la mujer que hubiese dado á luz un hijo varón se presentase en el templo con el recién nacido, pasados cuarenta días desde su alumbramiento, y si la criatura fuese una niña, pasados tres meses. Prevenía igualmente que los padres llevaran al templo una ofrenda que para los ricos consistía en un cordero y para los pobres bastaba que presentasen un par de palomas ó tortolillas.

María, destinada para ser Reina de cielos y tierra, madre del Legislador supremo, que debía reformar en breve la ley que regía al pueblo judío; María, en quien no había sombra de pecado ni mancha de ninguna especie, que no había dado á luz un hijo de Adán, sino á Dios humanado, hubiera podido prescindir de cumplir aquella ley, de practicar tales ceremonias, y sin embargo se sujeta humildemente á ello, obedeciendo los preceptos legales del país en que vivía.

La opinión más común entre los teólogos es que José y María permanecieron cuarenta días en el afortunado establo santificado por el nacimiento del Niño Dios, que pasado este tiempo salieron de la gru-

la de Belén, llevaron al divino Infante al templo de Jerusalén, y después de esto, habiendo cesado ya los motivos que le retenían fuera de su hogar, regresaron á Nazareth, como nos dice el Evangelista San Lucas, hasta que los ángeles fueron á comunicarles la orden del Altísimo de refugiarse en Egipto, para librar á Jesús de la persecución de Herodes.

Al entrar en el templo aquella Trinidad de la tierra, como llaman algunos autores al Salvador con su Madre y su padre adoptivo, al presentarse aquel varón con su traje de artesano, llevando en sus manos la ofrenda de los pobres, aquella hermosísima joven, cubierta con el modesto manto de las hijas de Galilea, pocos hubieran podido sospechar que el inocente y débil ser que conducían era el Mesías prometido por Dios, anunciado en las escrituras.

Solamente los que tenían don de profecía vieron con los ojos de la fe la sublime misión de aquel parvulito.

Simeón, anciano justo y virtuoso, á quien el Espíritu Santo había prometido que no moriría sin haber visto al Salvador de Israel, apenas toma en sus brazos al Niño Dios, se siente transportado de júbilo y exclama: «Ahora, sí, Dios y Señor mío, ahora sí que puedes sacar en paz á tu siervo de este mundo, nada más desea mi corazón, nada más puedes otorgarme puesto que tus promesas se han cumplido: mis ojos han visto y mis trémulas manos han sostenido al deseado de las naciones, á la esperanza del pueblo de Israel oprimido, al Salvador de la humanidad. También Ana, viuda honradísima y piadosa, profetizó á la vista del divino Infante, y habló de él

ordenaba la ley del Señor, se volvieron á Galilea á la ciudad de Nazareth que era el lugar de su residencia. Entretanto el Niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría y la gracia de Dios estaba en él.

La ley de Moisés ordenaba que la mujer que hubiese dado á luz un hijo varón se presentase en el templo con el recién nacido, pasados cuarenta días desde su alumbramiento, y si la criatura fuese una niña, pasados tres meses. Prevenía igualmente que los padres llevaran al templo una ofrenda que para los ricos consistía en un cordero y para los pobres bastaba que presentasen un par de palomas ó tortolillas.

María, destinada para ser Reina de cielos y tierra, madre del Legislador supremo, que debía reformar en breve la ley que regía al pueblo judío; María, en quien no había sombra de pecado ni mancha de ninguna especie, que no había dado á luz un hijo de Adán, sino á Dios humanado, hubiera podido prescindir de cumplir aquella ley, de practicar tales ceremonias, y sin embargo se sujeta humildemente á ello, obedeciendo los preceptos legales del país en que vivía.

La opinión más común entre los teólogos es que José y María permanecieron cuarenta días en el afortunado establo santificado por el nacimiento del Niño Dios, que pasado este tiempo salieron de la gru-

la de Belén, llevaron al divino Infante al templo de Jerusalén, y después de esto, habiendo cesado ya los motivos que le retenían fuera de su hogar, regresaron á Nazareth, como nos dice el Evangelista San Lucas, hasta que los ángeles fueron á comunicarles la orden del Altísimo de refugiarse en Egipto, para librar á Jesús de la persecución de Herodes.

Al entrar en el templo aquella Trinidad de la tierra, como llaman algunos autores al Salvador con su Madre y su padre adoptivo, al presentarse aquel varón con su traje de artesano, llevando en sus manos la ofrenda de los pobres, aquella hermosísima joven, cubierta con el modesto manto de las hijas de Galilea, pocos hubieran podido sospechar que el inocente y débil ser que conducían era el Mesías prometido por Dios, anunciado en las escrituras.

Solamente los que tenían don de profecía vieron con los ojos de la fe la sublime misión de aquel parvulito.

Simeón, anciano justo y virtuoso, á quien el Espíritu Santo había prometido que no moriría sin haber visto al Salvador de Israel, apenas toma en sus brazos al Niño Dios, se siente transportado de júbilo y exclama: «Ahora, sí, Dios y Señor mío, ahora sí que puedes sacar en paz á tu siervo de este mundo, nada más desea mi corazón, nada más puedes otorgarme puesto que tus promesas se han cumplido: mis ojos han visto y mis trémulas manos han sostenido al deseado de las naciones, á la esperanza del pueblo de Israel oprimido, al Salvador de la humanidad. También Ana, viuda honradísima y piadosa, profetizó á la vista del divino Infante, y habló de él

cosas sublimes y misteriosas á todos los que esperaban con fe la venida del Salvador.

En cuanto á las palabras que Simeón dirigió á la Santísima Virgen, no sólo pronosticaban el dolor que traspasaría su alma presenciando la cruel pasión de Jesucristo: este Niño, dijo, será la salvación de unos y la perdición de otros. Y en efecto, hijos míos, la doctrina y el ejemplo del Redentor es la senda que conduce al cielo las almas fieles, pero también esta doctrina santa es impugnada por infinitos hombres ilusos ó malintencionados, y este choque de ideas y esta lucha de la verdad y el error traspasa cual aguda espada el amante corazón de la Santa Virgen.

EPIFANÍA.

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo.

(CAPÍTULO 2.°)

Habiendo nacido Jesús en Bethlehem de Judá en tiempo del rey Herodes, llegaron á Jerusalén unos Magos de Oriente, diciendo: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judios? Porqué hemos visto su estrella en Oriente y venimos á adorarle. Oyendo esto el rey Herodes, se turbó; y con él toda la ciudad de Jerusalén. Y congregados todos los príncipes de los sacerdotes y sabios del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Á lo cual respondieron ellos:

En Bethlehem de Judá, porque así está escrito por el profeta. Y tú, Bethlehem, tierra de Judá, no eres ciertamente la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de ti saldrá el caudillo que regirá á Israel, mi pueblo. Entonces Herodes llamando secretamente á los Magos inquirió de ellos con gran cuidado en qué tiempo les había aparecido la estrella; y enviándolos á Bethlehem, les dijo: Id y preguntad cuidadosamente de este niño; y cuando le hubiereis hallado mandádmelo a decir para que yo también vaya y le adore.

Luego que oyeron esto del rey, partieron. Y he aquí que la estrella que habían visto ir delante de ellos en Oriente *volvió á seguir su curso,* hasta que llegando sobre el lugar donde estaba el niño, se paró; á la vista de la estrella, que se había parado, tuvieron gran contento. Y entrando en la casa, hallaron al Niño con María, su madre, y postrados le adoraron; y abriendo sus cofres le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra. Y advertidos en sueños *por el cielo* de que no volviesen á ver á Herodes, regresaron á sus tierras por otro camino.

Después de la lectura del anterior Evangelio, el cristiano no puede menos de admirar la sabia providencia del Altísimo y los exquisitos medios de que

se vale para llevar á cabo sus proyectos. Resumamos los hechos de que da cuenta. Tres monarcas de otros tantos reinos del Oriente, sabios y justos todos ellos, ven aparecer en el cielo una estrella nueva, y como una de las ciencias á cuyo estudio se dedicaban (por lo cual los llamaban Magos) era la astronomía, se resuelven á seguir el curso de aquel astro, no dudando que esto los conducirá al descubrimiento de algún suceso maravilloso. Por otra parte, tenían bien estudiadas las profecías, y así juzgaron que aquella estrella era la de Jacob, anunciada por el profeta Balaam, como señal de un rey que había de nacer para la salud de todo el género humano.

Sabían que el Salvador estaba para manifestarse, según todas las profecías, y así, llegados que fueron á Jerusalén, preguntaron á sus habitantes dónde había nacido el Rey de los judíos, porque deseaban ser de los primeros en tributarle sus homenajes.

Herodes, el rey inicuo, el usurpador del cetro de Judá, teme perder su trono y concibe un execrable proyecto de venganza y muerte, pero para obrar con más seguridad reune los sabios y los interroga acerca del lugar donde debe nacer el Salvador. Éstos, interpretando las profecías, designan la ciudad dichosa. Herodes lo participa á los Magos y les ruega que cuando hayan hallado al Niño, vuelvan á enterarle con precisión del lugar en que se alberga, para volar también á tributarle sus adoraciones.

Vemos, pues, que la envidia y la traición forman una tempestad, que se cierne sobre la inocente ca-

beza del Niño Dios, pero el Omnipoténte vela por su Unigénito.

La estrella milagrosa queda suspendida sobre la entrada de la gruta, los Reyes conocen que ha llegado el término de su peregrinación y se introducen en ella: un toque interior de la gracia les anuncia que están delante del Rey de los judíos, que es también su Rey y su Criador, y postrándose humildemente, con el rostro junto al suelo, como es costumtumbre entre los orientales, corren luego á abrir sus arcas y á ofrecer al tierno Niño ricos y misteriosos presentes de oro, incienso y mirra.

Aquella misma noche reciben en sueños un aviso del cielo para que no vuelvan á ver al traidor Herodes, y regresan á su tierra por diferente camino. Creyéndose burlado por los Magos el intruso monarca de Judea, y para lograr sus depravados intentos de matar al niño Jesús, rabiando de cólera y de furor da orden de exterminar á todos los niños de dos años abajo.

No me detendré á explicaros la cólera de Herodes, que dió por fruto la degollación de tantos inocentes mártires, los cuales forman hoy el más hermoso coro de los que rodean el trono del Cordero. Voy, sí, á ocuparme de otro más grato asunto, esto es, de los dones con que los Magos obsequiaron al Rey de los reyes.

Oro, incienso y mirra le ofrecieron, y estos mismos dones podéis ofrecerle vosotros. Sé que alguno se sorprenderá de mi proposición, sé que vais á contestarme que sois unos pobres niños y que nada poseéis en propiedad más que alguna flor, alguna go-

losina ó algún juguete, cosas todas indignas de ofrecerse al Señor. Sin embargo, el oro, el incienso y la mirra simbolizan las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad: y como no dudo que las poseen vuestros corazones, estas son las riquezas que podéis presentar al Niño.

Y ya que de las virtudes teologales hemos tratado, hoy os daré alguna idea más ampliada de ellas que la que habéis aprendido en el Catecismo.

La fe es para el espíritu lo que la luz para la vista material. Si todos fuésemos ciegos, nuestra existencia seria una cosa horrible, y sin que nadie pudiese guiar ni ser guiado nos precipitaríamos todos y alcanzaríamos una muerte desgraciada y prematura, sin haber admirado la hermosura de la naturaleza y privados de la mayor parte de las cosas que hacen amable la vida. Asimismo, sin la fe no sabríamos el objeto de nuestra venida á este mundo, andaríamos en él torpemente sin comprender cuáles eran nuestros deberes, y si tuviésemos alguna idea de ellos, atribuyéndolos á las conveniencias sociales, no alcanzaríamos de dónde dimanaban ni á qué objeto se dirigía su cumplimiento, ni quién había de galardonar nuestra fidelidad en observarlos. La fe es como el faro que fijo en el puerto enseña al navegante á donde debe dirigir su rumbo en una noche obscura y tempestuosa, y si alguna vez experimentamos la desgracia, aquélla nos ilumina y vivifica como un rayo de sol en un día triste de invierno.

La esperanza, al propio tiempo que es una virtud, es el bálsamo más dulce y consolador que Dios en su infinita misericordia nos ha legado. Todos espe-

ramos continuamente: vosotros esperáis obtener algún premio, poderos entregar á vuestros juegos, ó satisfacer algún otro capricho inocente. Los hombres esperan una fortuna, un destino, ó un cambio de posición; y, ¡desgraciado de aquel que nada espera! Mas, cuando toda confianza de felicidad se ha perdido en esta vida, entonces levantamos los ojos al cielo y esperamos hallar allí el premio de todas las penalidades sufridas.

¿Y qué os diré de la virtud sublime y bella sobre todo encarecimiento, de la caridad? ¡Oh, hijos míos! la caridad es el amor, y el amor es lo que forma las delicias de los ángeles, del mismo modo que el odio y la envidia constituyen el tormento mayor de los ángeles de las tinieblas y los réprobos que los acompañan. Vosotros en el hogar paterno, entre las caricias de vuestros padres y los jüegos infantiles empezáis ya á ensayar esta gran virtud de la caridad: amáis á vuestros padres, amáis á vuestros hermanitos, y el precepto más bello del Cristianismo no es otra cosa que amar á nuestro Padre, el Señor Dios, y amar á nuestros hermanos, los hombres todos.

El Catecismo os dice que la fe es una virtud sobrenatural que nos inclina á creer cuanto Dios ha revelado: la esperanza nos hace esperar obtener la vida eterna mediante la infinita misericordia de Dios, los méritos de Jesucristo y nuestras buenas obras, y la caridad nos inclina á amar á Dios más que á todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos. Estas virtudes, que se llaman teologales porque vienen de Dios, ya habéis visto que no solamente son agradables al Señor, sino consoladoras en alto grado

para quien las posee, y que endulzan los disgustos de la vida temporal y nos abren las puertas de la eterna.

Procurad, pues, que echen raíces profundas en vuestro corazón, y, como ellas constituirán vuestro tesoro, ofrecedle al Niño Jesús á imitación de los Magos. No temáis que, aceptando el Señor vuestros dones, os prive de ellos. Si vosotros tuviéseis un pequeño jardín con una planta que produjese tres hermosas flores, sin duda alguna que no las arrancaríais, sino que os complaceríais en mirarlas, aspiraríais con delicia su perfume y regaríais la planta con mayor esmero. Pues así hará el Señor con la flor de vuestras virtudes; se complacerá en mirarla, aceptará el perfume de vuestra fe, vuestra esperanza y vuestro amor, y regará los corazones con el benéfico rocío de su gracia para embellecerla más y más, y hacer éstos perfectos.

DOMINGO INFRAOCTAVA DE LA EPIFANÍA.

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas.

(CAPÍTULO 2.º)

En aquel tiempo: cuando Jesús hubo cumplido los doce años, subieron sus padres á Jerusalén como lo tenían de costumbre en el tiempo de la solemnidad. Acabados aquellos días, cuando ya se volvían, se quedó el niño Jesús en Je-

rusalén sin que sus padres lo advirtiesen; antes bien persuadidos de que venía con algunos de los de su comitiva, anduvieron la jornada entera buscándole entre los parientes y conocidos; mas como no le hallasen, volvieron á Jerusalén en busca suya, y al cabo de tres días de haberle perdido, le hallaron en el Templo, sentado en medio de los Doctores que ora les escuchaba, ora les preguntaba, y cuantos le oían quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas. Al verle, pues, sus padres quedaron maravillados, y díjole su Madre: Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira como tu padre y yo llenos de aflicción te hemos andado buscando. Y él le respondió: ¿Cómo es que me buscabais? ¿no sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre? Mas ellos por entonces no comprendieron el sentido de su respuesta. En seguida se fué con sus padres y vino á Nazareth y permaneció en su compañía sumiso y obediente: su madre conservaba todas estas cosas en su corazón. Jesús entretanto crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres.

El Evangelio de mañana, queridos míos, comprende uno de los sucesos más dolorosos de la vida de la Santísima Virgen, uno de los muchos prodigios de la de Jesús, y muchas saludables lecciones: ya sabéis

que los judios celebraban la Pascua en memoria de su salida de Egipto. Esta era su más solemne fiesta. Jesús fué con su Madre y San José, su padre adoptivo, á celebrar la solemnidad en Jerusalén, y acompañáronlos algunos de sus parientes y amigos. En el Templo los hombres ocupaban un lugar distinto del de las mujeres, y á los niños se les permitía estar con éstas ó con aquéllos. Nuestro adorable Redentor tenía doce años.

Terminada la fiesta, María regresaba á Nazareth creyendo que su divino Hijo hacía la jornada en compañía de los varones, mientras José estaba en la convicción de que el Niño acompañaba á su Madre; pero llegada la noche y reunidos por fin, conocieron su lamentable error, y fué indescriptible la angustia de los esposos al ver perdido el tesoro que el cielo les confiara, aquel hijo que era su único amor y su felicidad suma.

Tres días pasaron en esta cruel incertidumbre, tres días en que habiendo regresado á Jerusalén divagaron por las calles y plazas, preguntando á cuantos sospechaban que pudiesen darles alguna luz y vertiendo amargas lágrimas cuando se convencían de la inutilidad de sus diligencias.

Llegan por fin al Templo, en donde están reunidos los sabios Doctores, intérpretes de la ley, y con admiración suma encuentran entre ellos al perdido Niño, preguntando con la autoridad del maestro que examina á sus discípulos, y rectificando las interpretaciones poco prudentes, como quien era autor de los divinos libros. Torrentes de elocuencia brotaban de sus inocentes labios, y los circunstantes

estaban absortos sin poderse dar razón del prodigio que presenciaban. Los esposos llenos de gozo contemplan el objeto con tanta ansia buscado, y María le reconviene dulcemente por su ausencia y la zozobra mortal de que fuera causa; pero Jesús responde con dignidad, que ante todo debía ocuparse en el servicio de su Padre. No obstante se une á José y á María desde aquel mismo momento, vuelve con ellos á Nazareth, vive sumiso y obediente á sus preceptos, y va creciendo de día en día en gracia, en edad y en sabiduría á los ojos de Dios y también á los ojos de los hombres.

La lección más interesante de que os he hablado está en las últimas palabras del Evangelio de mañana. Sé que vuestro corazón se habrá conmovido con la lectura del desconsuelo en que quedó la Santa Virgen, perdido su adorable hijo; comprendo que os habréis sentido arrebatados de entusiasmo al contemplar el interesante cuadro que ofrecería un niño de la edad que hoy tenéis algunos de vosotros, enseñando á hombres encanecidos entre los sagrados libros, y que habían pasado largos años estudiando sus sentencias; pero á mí no me admira tanto ver á un Dios, siquiera sea niño, enseñando á los hombres, como ver á este mismo Dios sujeto á una mujer, siquiera sea la más santa de todas, y á un pobre carpintero.

Jesús, el hijo del artesano, Jesús, el niño dócil, Jesús, el niño humilde y sumiso, crecía empero, en sabiduría, en gracia y en edad á los ojos de Dios y de los hombres.

Vosotros también, niños queridos, crecéis en edad

y en gracias físicas: el tiempo, que pasa rápidamente, contribuye á vuestro desarrollo, y sois como el capullo que empieza á abrirse y mañana será una hermosa flor. Pero ¿os contentaréis con esto?

Á la par que un cuerpo material que se desarrolla, se conserva después algún tiempo, decae y muere, como los animales y las plantas; tenéis un alma inmortal que, como imagen de Dios, es espiritual é inteligente, un alma que debéis hermosear con la práctica de las virtudes, un entendimiento que debéis enriquecer con útiles conocimientos.

La niñez y la primera juventud deben el hombre y la mujer ricos, pobres ó de mediana fortuna, emplearlas en su educación é instrucción; es la época de la siembra, y es necesario arrojar abundante semilla en la mente y en el corazón.

El niño debe pensar seriamente en dedicarse á un oficio ó seguir una carrera, para ser un miembro útil en la sociedad, un hijo agradecido de la patria, y si es necesario el apoyo de su familia. La niña tampoco está excusada de adquirir la instrucción necesaria para llevar el gobierno de su casa, cuando sea necesario, para ayudar y aconsejar á su esposo, si Dios la destina al estado del matrimonio, y aun para poder ganarse por sí misma, honrada y decorosamente, la subsistencia.

No creáis que trato de abrumaros con excesivo trabajo, solamente deseo que pongáis de vuestra parte alguna aplicación, y sobre todo mucha docilidad, virtud de que no se desdeñó de darnos ejemplo el Hijo del Eterno.

Vuestros padres y las personas encargadas de

vuestra educación, disponen el plan que en ella debe observarse; seguid pues fielmente sus consejos, y no perdáis de vista el divino modelo que hoy pongo ante vuestros ojos, pues el hombre como la mujer y el niño como la niña deben crecer en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres.

Si llegareis, empero, á adquirir una educación brillante, no hagáis alarde de ella, pues incurriríais en el ridículo dando lugar á que se os tachase de pedantes. Un escritor dice, aconsejando á un joven, quo debemos usar de nuestra instrucción como de nuestro reloj, que no se saca más que cuando es necesario mirar la hora.

Devotos sin hipocresía, instruídos sin ostentación, esmerados en el aseo, sin frivolidad en el vestir: ved ahí como os quisiera. Entonces á la par de vuestro desarrollo físico correría el de vuestra inteligencia, y la adquisición de dotes morales, y creceríais en edad, en gracia y en virtud, como nuestro Divino Maestro.

DOMINGO 2.° DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

Continuación del Santo Evangelio según San Juan.

(CAPÍTULO 2.°)

En aquel tiempo se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, á las que asistió la Madre de Jesús. Fué también convidado á las bodas Jesús

con sus discípulos, y como viniese á faltar el vino dijo á Jesús su Madre: No tienen vino. Respondióle Jesús: Mujer, ¿qué nos va á mí y á ti? Aun no es llegada mi hora. Dijo entonces su Madre á los sirvientes: Haced lo que él os dirá. Habia allí seis hidrias de piedra, destinadas para las purificaciones de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos ó tres cántaras. Díjoles Jesús: Llenad de agua aquellas hidrias. Y llenáronlas hasta arriba. Díceles después: Sacad ahora en algún vaso y llevadle al Maestresala. Hiciéronlo así. Apenas probó el Maestresala el agua convertida en vino, como él no sabia de donde era (bien que lo sabían los sirvientes que lo habían sacado), llamó al esposo y le dijo: Todos sirven al principio el vino mejor, y cuando los convidados han bebido ya á satisfacción sacan el más flojo: tú al contrario, has reservado el buen vino para lo último. Así en Caná de Galilea hizo Jesús el primero de sus milagros con que se manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron más en él.

En estas explicaciones del sagrado Evangelio de que nos venimos ocupando todos los sábados, aun no os he hablado de nuestro refugio principal, de nuestra más dulce esperanza, de nuestra piadosa medianera, de María. La he nombrado por incidencia por la relación íntima que tiene con su divino Hijo;

pero nunca os he dicho las sencillas palabras que escuché de boca de un orador sagrado: «Cuando no os atreváis á presentar vuestras súplicas á Jesús presentadlas á María.» Me ha traído á la memoria esta consoladora frase la lectura del Evangelio de mañana; ya habéis oído que la Santísima Virgen había sido convidada á unas bodas que se celebraban en Caná de Galilea, y con esta Señora fueron también invitados su Hijo y los discípulos de su Hijo. Los que en el día hacen alarde de una virtud adusta y y huraña huyen de toda clase de fiestas: pero Jesús y su Madre, el Autor de la gracia y la Madre de ella, el hombre Dios y la mujer santa y pura por excelencia tienen la amabilidad de asistir á aquella ceremonia, que en adelante debía convertirse en un Sacramento, y dispensan á los esposos el honor de comer con ellos.

Los discípulos de Jesús le miraban ya con admiración, veían en él un hombre extraordinario, de sus labios brotaban palabras de vida nunca escuchadas hasta entonces; pero no le habían visto obrar ningún prodigio, ni sospechaban tal vez que tuviese poder para efectuarlo. *Aun no había llegado su hora.....*

Antes de concluir la comida, fuese por falta de precaución, fuese porque hubiesen acudido más convidados de los que se esperaban, el vino se concluyó y los dueños de casa se hallaron confusos y abochornados; pero estaba allí la piadosa, la compasiva, la amorosa María, y fué la primera en notar la falta de aquel licor y el conflicto que ocasionar debía. *No tienen vino*, dice con dulzura á su Hijo que se hallaba

á su lado. La frase no podía ser más sencilla y lacónica, pero tampoco podía haber otra que manifestase más ilimitada confianza en el poder de su Hijo. No le ha visto obrar milagro alguno, pero sabe que puede hacerlo, y en consecuencia no se ocupa de buscar los medios de que puede valerse para remediar aquella necesidad, sino que sencillamente la expone á quien es árbitro absoluto de la naturaleza, En vano Jesús le replica que nada les va en ello y que no ha llegado la hora; María insiste, como si quisiera probarnos con esto que su Santísimo Hijo nada le niega, y manda á los sirvientes que ejecuten cuanto él les diga.

El Salvador entonces se ve como estrechado y comprometido á obrar su primer milagro; es hijo, y nada puede negar á su querida Madre; es Dios, y nada le es imposible.

Hace poner en unas hidrias de piedra toda el agua que contener pudieran, y al llenar en ellas el primer vaso se convierte en vino de excelente calidad. María ha suplicado, y Jesús ha accedido.

Si queréis ser francos conmigo, hijos míos, no me negaréis que cuando queréis pedir un favor ó cuando tenéis que confesar una travesura ú otra falta cualquiera, no os atrevéis á acudir con tanta confianza á vuestro padre como á vuestra madre, y hacéis bien, porque nada hay tan indulgente y compasivo como el corazón de una madre. Pero hay faltas que vuestros padres no tienen bastante poder para perdonar; hay necesidades, que si no las experimentáis ahora podréis llegar á experimentarlas, que vuestros padres no podrán remediar aunque para ello dieran la

sangre de sus venas, como no dudo la darían: ¡tanto aman los padres á sus hijos!

Entonces es cuando la Reina piadosa, la Madre de misericordia vuelve á nosotros sus compasivas miradas y expone al Señor nuestras necesidades, nuestras aflicciones y nuestros apuros.

Aquella palabra tan providencial, tan reparadora —*no tienen vino,*—es la misma que dirige á su Hijo cuando carecemos de alguna cosa. Hijo mío, le repite, no tienen salud, no tienen tranquilidad de espíritu, no tienen suficiente fortaleza para sufrir los infortunios, no tienen con que hacer frente á la pobreza que los amenaza. Y de este modo le hace presentes las necesidades de todas las familias y de cada una de por sí: y no temáis que el Salvador conteste nada le va en ello, ni que aun no ha llegado su hora. ¡Ah! le va mucho en ello, porque el amor que tiene á sus hijos es inmenso; y ha llegado su hora, porque está sentado á la diestra del Padre en pleno ejercicio de su ilimitado poder.

Así, amados hijos míos, cuando os viereis atribulados, enfermos y en cualquiera otra aflicción, acordaos de los esposos de Caná, y confiad en María. Esta Señora le rogará á su divino Hijo, que, así como mandó recoger el agua en unas hidrias de piedra y convirtióla en vino, recogerá vuestras lágrimas de amargura en un cáliz de salud y las convertirá en un licor precioso de salvación y de consuelo.



DOMINGO 3.° DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo.

(CAPÍTULO 8.°)

En aquel tiempo: habiendo bajado Jesús del monte, le fué siguiendo una gran muchedumbre de gentes. En esto, viniendo á él un leproso, le adoraba y le decía: Señor, si tú quieres, puedes limpiarme. Entonces Jesús extendiendo la mano, le tocó, diciendo: Quiero, queda limpio. Y al instante el leproso quedó curado de su lepra. Díjole en seguida Jesús: Mira, que no lo digas á nadie: sin embargo ve á presentarte al sacerdote, y ofrece el don que Moisés ordenó para que les sirva de testimonio. Al entrar Jesús en Cafarnaúm le salió al encuentro un Centurión y le rogaba diciendo: Señor, un criado mío está postrado en mi casa paralítico, y es reciamente atormentado. Díjole Jesús: Yo iré y le curaré. Replicóle el Centurión: Señor, yo no soy digno de que tú entres en mi casa, sino que mándalo con tu palabra, y quedará sano mi criado. Pues aun yo, que no soy más que un hombre sujeto á otros, como tengo soldados á mi mando, digo al uno: marcha, y él marcha; al otro ven, y vie-

ne; y á mi criado haz esto, y lo hace. Al oirle Jesús, mostró grande admiración, y dijo á los que le seguían: En verdad os digo que ni aun en medio de Israel he hallado fe tan grande. Así os declaro, que vendrán muchas gentes de Oriente y Occidente y estarán á la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mientras que los hijos del reino serán echados fuera á las tinieblas: allí será el llanto y el crujir de dientes. Dirigiéndose después al Centurión: Vete, le dijo; y sucédate como has creído: y en aquella misma hora quedó sano el criado.

En el precedente pasaje, el Evangelista San Mateo da cuenta de dos prodigios admirables. Jesucristo había empezado su predicación, y al paso que anunciaba el Evangelio, derramaba á manos llenas sus beneficios. Evangelio quiere decir buena nueva: y en efecto, ¿qué nueva más dichosa podía darse á la triste generación de Adán, que la de que aquel Mesías con tanta fe profetizado, con tanta ansia esperado, había venido ya, y se hallaba entre los hombres? Jesús, pues, había dado principio á la enseñanza de la doctrina evangélica; pero para que nadie pudiese dudar de que era el verdadero Mesías obraba algún hecho sobrenatural, y estos hechos redundaban siempre en beneficio de los desgraciados, efecto de su infinita bondad y clemencia.

Milagro es todo suceso sobre las leyes de la natu-

raleza, porque sólo Dios que ha dado estas leyes puede suspenderlas, y jamás hombre alguno ha tenido poder para ello, pues si alguna vez los santos han obrado un milagro, no ha sido por su propio poder, sino que han acudido al Señor, y él ha efectuado el prodigio, concediendo este premio á la fe y á la virtud del santo.

Naturalmente, es imposible que hiriendo un peñasco con una vara, brote de él un manantial de agua cristalina, y sin embargo, habéis leído en la Historia sagrada que Moisés, que era un hombre justo, sí, pero nada más que un hombre, obró este portento repetidas veces: mas era el Altísimo quien dispensaba este beneficio á su pueblo escogido, valiéndose para ello de Moisés y de su vara.

Hechas estas aclaraciones para que podáis comprender mejor los milagros de que habla el Evangelio de mañana, pasaré á tratar de ellos. El primero es de un leproso, que postrándose á los pies del Salvador, le adora humildemente, y le dice: Señor, si tú quieres puedes limpiarme. La lepra, hijos míos, era una enfermedad horrible que consistía en asquerosas úlceras que cubrían todo el cuerpo del paciente, causándole los más crueles dolores y por fin la muerte. Ya podéis comprender que el quedar limpio de ella en un instante era un prodigio no menor que el de convertir en exquisito vino el agua clara, como se refiere en el Evangelio del sábado pasado. Un hombre, pues, que le dice al Señor, *si tú quieres puedes curarme la lepra*, confiesa tácitamente que cree que es Dios; porque, como os he dicho al principio, sólo Dios puede hacer milagros.

Otra prueba de la fe que inspiraba el divino Maestro había de recibir en aquel mismo día: un Centurión, esto es, un jefe de los soldados romanos, y por consiguiente, gentil, se le presenta diciéndole: Tengo un criado paralítico y es cruelmente atormentado. Vuelve el Señor su adorable rostro, y de sus labios salen estas consoladoras palabras: Yo iré y le curaré. Sobrecogido el Centurión, que no esperaba sin duda tanta bondad, tanta condescendencia, replica: Yo no merezco tanto, yo no soy digno de que piséis los umbrales de mi habitación; y si he venido á implorar vuestra misericordia es porque estoy convencido de que con sólo mandarlo, con sólo quererlo vos, cesará la enfermedad de mi criado: puesto que yo mando á mis subordinados y ellos me obedecen, vos tenéis derecho á mandarlo todo, y nada os resistirá.

Este era el sentido de las palabras del militar, esta era la humilde confesión de que creía que estaba hablando con su Dios y Señor: era como si dijéramos su profesión de fe, y por eso el Salvador manifiesta admiración de ver en un gentil una fe tan ciega, y les dice á los que le rodeaban, que los hombres de Oriente y de Occidente se sentarán á la mesa en el reino de los cielos con Abrahán, Isaac y Jacob, si todos estos hombres, aunque sean extranjeros, creen en Él con la firmeza del Centurión; y añade vuelto á éste: Sucédate como has creído.

La fe, pues, como os dije el otro día, es una de las virtudes teologales, pero es virtud que agrada tanto al Señor, que sin ella nada alcanzamos, y si pedimos con fe todo lo conseguiremos. Habéis visto que

el leproso quedó curado de su terrible dolencia con sólo extender el Señor su santa mano, y que asimismo el criado del Centurión recobró la salud desde el instante en que el divino Maestro dijo á su amo que sucedería como él había creído.

De aquí se deduce que cuando tenemos que pedir una gracia lo hemos de hacer con una confianza ilimitada en la omnipotencia de Dios, que hemos de creer que si no accede á nuestras súplicas es, ó porque no lo merecemos, ó porque no nos conviene lo mismo que le pedimos; pero sería sacrílego el suponer que no tiene poder bastante para concedérnoslo ó que se han agotado las fuentes de su misericordia. Hemos de imitar la humildad y la fe del pobre leproso, que no dice *cúrame*, sino *si tú quieres puedes curarme.*

Por lo que hace á las palabras que pronuncia, vuelto á los que le seguían, y á propósito de la respuesta del Centurión, envolvían una terrible amenaza para unos y una dulce esperanza para otros.

Su pueblo escogido, que era el pueblo hebreo, en su mayor parte se hizo indigno de sus beneficios, no reconociéndole por su rey y Salvador, y á estos son los que llama los hijos del reino y de los cuales dice que serán arrojados fuera, á las tinieblas; en tanto que las gentes de opuestos puntos del globo, esto es, los que permanecían envueltos en las tinieblas del gentilismo, se sentarán á la mesa en el reino de los cielos, con los elegidos de Dios.

Así fué en efecto: después que el ingrato pueblo judaico hubo consumado el deicidio, la luz de la fe se derramó entre los gentiles, á cuyo número perte-

nece la nación española, que entonces era una provincia romana. Ahora, pues, que tenemos la dicha de pertenecer á un pueblo cristiano, esencialmente católico, y que tan señaladas mercedes ha recibido del Altísimo, procuremos no desmerecerlas, é imitemos en su fe al Centurión. Réstame añadir para que reflexionéis más en las palabras de éste, que tan gratas fueron al Señor, que son las que con algunas modificaciones repetimos en uno de los actos más augustos de nuestra sagrada religión. Ellas son las que dice el Sacerdote teniendo en sus manos el pan de los ángeles, ya sea para administrarlo á los fieles, ya para recibirlo él mismo, y son las que de lo íntimo de nuestro pecho decimos los cristianos al ir á recibir en la hostia inmaculada el cuerpo de nuestro divino Redentor: «Señor, yo no soy digno de que vos entréis en mi pobre morada, pero decidlo solamente de palabra y mi alma quedará sana y salva.»

DOMINGO 4.° DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo.

(CAPÍTULO 8.°)

En aquel tiempo: entró Jesús en una barca acompañado de sus discípulos; y sobrevino luego una grande tempestad en el mar, de modo que las ondas cubrían la barca; mas él dormía. Se llegaron á él sus discípulos, y le despertaron,

diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos. Y Jesús les dijo: ¿Qué teméis, hombres de poca fe? Y levantándose al punto, mandó á los vientos y al mar, y se siguió una gran bonanza. De lo cual asombrados todos los que estaban allí decían: ¿Quién es este que los vientos y el mar le obedecen?

La lectura de este Evangelio á nadie conviene tanto como á aquellos niños que son débiles y tímidos por naturaleza: ya habéis oído que el Señor entró en una barca acompañado de sus discípulos, que el cielo instantáneamente se cubrió de negros nubarrones, bramaban los vientos impetuosos y el endeble bajel era juguete de las encrespadas olas. Los discípulos del Señor temblaban y estaban pálidos y consternados, como tembláis vosotros, mis pobres discípulos, al bramar la tempestad, y agrupándose en torno de su Maestro, que dormía tranquilamente, le despiertan diciendo: «Señor, sálvanos que perecemos.» Jesús les echa en cara su pueril temor y su falta de fe, y luego, accediendo á su súplica, extiende su mano poderosa, habla á los vientos y al mar, y el mar y los vientos le obedecen, la más profunda calma reina en la naturaleza, la barca se desliza por la líquida y azulada superficie y la brisa riza la espuma que forman las olas en la orilla.

¿Cuántas veces podría yo preguntaros, como el Salvador á los que le rodeaban: de qué tembláis, niños de poca fe? Convengo en que un día de tempes-

tad, y más todavía una noche, con su cielo negro, sus relámpagos brillantes y sus roncos truenos presenta un espectáculo imponente, y que vosotros, acostumbrados á ver á los demás atemorizarse por ello, temblaréis también aunque no sepáis por qué. Pero muchas veces habréis visto tempestades de aspecto terrible y amenazador; é infinitas más las veréis todavía sin que tengáis que lamentar más desgracia que huber sufrido un poco de miedo. ¿Recordáis como concluyen todas las tormentas? Pues todas concluyen como la del Evangelio que acabamos de leer, sino que no vemos al Señor en el acto de mandar á los vientos y al mar que sosieguen sus iras. El arco iris aparece en las nubes como si fuese la sonrisa del Eterno; brilla después el sol más claro y radiante que antes, la atmósfera se ha purificado, la lluvia que ha descendido de las nubes durante el turbión pasado ha dado vigor, frescura y belleza á los campos, y he aquí que lo que tanto os atemorizaba era un nuevo beneficio de nuestro Padre celestial.

No creáis que el valor es exclusivo á los hombres adultos, yo opino que es una de las mayores ventajas que goza un espíritu recto y una conciencia pura. «El impío teme y huye sin que nadie le persiga,» dice el Espíritu Santo, y aun hay un refrán castellano muy vulgar y generalizado que dice: *el que la debe la teme*. Así, pues, el que conoce que con sus delitos ha atraído sobre sí la cólera divina, no puede gozar un momento de tranquilidad, aun cuando reine la más completa calma en la naturaleza.

Por el contrario, los niños inocentes, las almas sencillas y puras nunca deben temer, porque nunca

están solos, los acompaña su ángel custodio, los mira desde el cielo su Madre María y les sonríe el Salvador, que no duerme como en la barca, sino que vela sobre ellos, y no consentirá que se pierda un solo cabello de su cabeza, expresión hiperbólica del mismo Jesucristo, que quiere decir que ningún daño ocurre á quien en Él confía, y que aun lo que el mundo llama males no los debe considerar así el cristiano, y aun cuando perdiéramos nada menos que un miembro, careceríamos de él sólo hasta el día del juicio, en que los buenos niños se presentarán llenos de salud y vida.

Excuso deciros que mucho menos deben atemorizaros las apariciones de los muertos, y de los duendes, brujas, etc., cuentos inventados generalmente por la mala fe y difundidos por la superstición y la ignorancia, á que ninguna persona verdaderamente piadosa é ilustrada presta crédito.

Os he explicado ya que nada prodigioso, esto es, nada sobre las leyes de la naturaleza puede suceder sin que Dios, su único autor y regulador, lo ordene terminantemente, y no había de consentir el Señor una revolución en estas leyes con el solo objeto de asustar á un pobre é inofensivo niño, mayormente si éste es piadoso, bueno y fiel observador de sus deberes. Por las reglas de la naturaleza nos pueden acaecer desgracias, pero éstas son pruebas á que nuestro Padre celestial nos sujeta para experimentar nuestra constancia ó para proporcionarnos medios de merecer; y aun la que se reputa como la más terrible de todas, que es una muerte inopinada y prematura, no es para el justo sino la anticipación

del plazo de su destierro y del día de su libertad, puesto que este mundo es un verdadero destierro y una peregrinación lejos de nuestra patria; y la muerte, el regreso á aquella patria que es el cielo, en donde vuestro Padre os espera con los brazos abiertos, y os recibirá sonriendo, si no habéis desmerecido el título de hijos suyos y herederos de su casa.

DOMINGO 5.° DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo.

(CAPÍTULO 13.)

En aquel tiempo: propuso Jesús al pueblo esta parábola: El reino de los cielos es semejante á un hombre que sembró buena simiente en su campo; pero mientras los jornaleros dormían vino cierto enemigo suyo y sembró cizaña en medio del trigo, y se fué. Estando ya el trigo en hierba y apuntando la espiga descubrióse asimismo la cizaña. Entonces los criados del padre de familias acudieron á él y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? Pues ¿cómo tiene cizaña? Respondióles: Algún enemigo mío la habrá sembrado. Replicaron los criados: ¿Quieres que vayamos á recogerla? Á lo que respondió: No, porque no suceda que arrancando la cizaña, arranquéis juntamente con ella

el trigo. Dejad crecer una y otro hasta la siega, que entonces yo diré á los segadores: coged primero la cizaña y haced gavillas de ella para el fuego, y poned después el trigo en mi granero.

El divino maestro (enseñando á su auditorio por medio de parábolas), decía: un agricultor sembró trigo en su campo y aguardaba tranquilo la época de la cosecha; mas sucedió que un enemigo suyo, escudado por las tinieblas de la noche, y aprovechando el tiempo en que los domésticos dormían, sembró cizaña entre el trigo. Germinaron ambas semillas juntamente en el seno de la tierra, nacieron sus verdes tallos, crecieron y al formarse la espiga se conoció el engaño. Entonces los criados manifestaron la novedad con extrañeza al dueño de la posesión, preguntándole ¿cómo conceptuaba que habiendo sembrado buena semilla en su campo, pudiese haber nacido cizaña? Algún enemigo mío la habrá sembrado, contestó tranquilamente el agricultor. Mas cuando sus criados le pidieron la venia para ir á arrancar aquella inútil hierba, contestóles prudentemente: Temo que llevados de vuestro celo por no dejar mata alguna nociva, arranquéis también alguna hermosa espiga de excelente trigo; prefiero que lo dejéis crecer y sazonar todo junto, pues el día de la siega estaremos á tiempo de separar la hierba inútil, que destinaremos al fuego.

Nuestro Padre celestial, el Dios de bondad y de

clemencia, el Padre de la inmensa familia humana, tiene también un enemigo.

Ya habéis leído en la Historia sagrada que antes que el Señor supremo sacase de las tinieblas la luz y de la nada el universo, había creado unos espíritus puros que se llamaron ángeles, de los cuales el más hermoso y el más alto fué Luzbel; mas engreído con su elevación y belleza quiso igualarse á su mismo Criador, es decir, á aquel á quien todo lo debía; que Dios castigó su ingratitud y soberbia arrojándole del cielo y condenándole por toda la eternidad á un lugar de tinieblas y de tormentos. Desde entonces la ira, la envidia y el deseo de vengaza no han abandonado un instante á aquel espíritu que tan privilegiado había nacido; mas como Dios está demasiado alto para que puedan llegarle sus venenosos tiros, se ensaña contra sus criaturas, siendo él el que, bajo la forma de una serpiente, sedujo á nuestra madre Eva, como la más débil de los dos únicos seres humanos que habitaban el paraíso, teniendo la cruel complacencia de ver que su esposo la imitaba y que ambos perdían la gracia y el derecho á la felicidad eterna, bienes que Luzbel había perdido también.

Él armó el brazo fratricida de Caín, él puso la envidia en el corazón de los hermanos de José, él incitó las rebeliones de los israelitas en el desierto, y él, finalmente, tomó la forma de diferentes ídolos para ser adorado por la miserable y ciega humanidad...

El Señor plantó un campo escogido, su campo es la Iglesia cristiana, sembró en él excelente semilla de celestiales máximas evangélicas; mas vino su enemigo Luzbel y sembró la cizaña de las máximas

mundanas, de las ideas contrarias á la religión del Crucificado, de los malos libros, y cada cosa ha dado su fruto, de modo que en el inmenso campo de la sociedad cristiana, entre las personas virtuosas que dan nutridas espigas de excelente trigo, esto es, que son fieles á sus deberes y útiles á sus semejantes, hay por desgracia sobradas matas de cizaña, que son personas entregadas á los vicios y cuyo fruto no puede ser sino de pernicioso ejemplo, de corrupción suya y de cuantos tengan la debilidad de imitarlas.

Pero la infalible y tremenda sentencia de Jesús dice, que en el día de la siega, el trigo se guardará en el granero y la cizaña se arrojará á las llamas: estas palabras no pueden ser más terminantes: el trigo, es decir, las personas justas serán colocadas en la casa de Dios y entrarán á gozar de una felicidad sin límites en el cielo, y la hierba inútil será arrojada á las llamas del infierno.

Mi misión, hijos de mi alma, es casi un sacerdocio; yo soy el más humilde de cuantos siervos y siervas trabajan en la viña del Señor, tengo á mi cargo un rico y tierno plantel que sois vosotros, plantas todavía en hierba cuyos frutos no pueden conocerse. ¡Cuánta amargura derrama en mi corazón la idea de que en mi pequeño sembrado pueda haber alguna mata de cizaña! ¡No lo permita Dios! Quiera el cielo que estas preciosas páginas del divino Libro que tenemos la dicha de leer sean el sol que colore las tiernas plantas, que mis sudores y afanes sean el riego que las fecunde, que las máximas y consejos de vuestros amorosos padres sean el aura suave que las meza, y que cerrando los oídos á las ideas del

mundo, no logren sorprendernos dormidos para sembrar nociva simiente en el precioso campo y pueda yo presentar una colección de doradas espigas sin que ninguno de vosotros, ni uno solo, tenga que ser segregado de las dichosas gavillas que serán colocadas en los graneros de la eterna Sion.

DOMINGO 6.° DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo.

(CAPÍTULO 13.)

En aquel tiempo: propuso Jesús al pueblo esta parábola: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza que tomó en su mano un hombre y le sembró en su campo, el cual es á la vista menudisimo entre todas las semillas, mas en creciendo viene á ser mayor que todas las legumbres, y hácese árbol; de forma que las aves del cielo bajan y posan en sus ramas. Y añadió esta otra parábola: El reino de los cielos es semejante á la levadura que cogió una mujer, y mezclóla con tres satos ó celemines de harina, hasta que toda la masa quedó fermentada. Todas estas cosas dijo Jesús al pueblo por parábolas, sin las cuales no solía predicarles, cumpliéndose así lo que había dicho el Profeta: Abriré mi boca en parábolas, publicaré cosas

misteriosas que han estado ocultas desde la creación del mundo.

La Iglesia cristiana, queridos míos, era en su principio sobre la faz de la tierra tan pequeña como un grano de mostaza en un vasto campo. Doce hombres la componían, y estos doce hombres eran rústicos, ignorantes, y no había entonces los medios de comunicación que hay ahora, pues ni existía la imprenta, ni los correos, ni mucho menos los telégrafos y otras modernas invenciones; sino que cada apóstol fuerte con su fe y resignado con la esperanza de la eterna recompensa, había de emprender una difícil y penosa peregrinación para difundir la clara luz del Evangelio en remotos países; es decir, que el grano de mostaza del Evangelio germinó en el Asia, y sus ramas, pequeñas al principio, se han extendido tan prodigiosamente que han formado un frondoso árbol, cuya benéfica sombra cubre toda la tierra, y que más afortunado que la torre de Babel, toca con su copa al cielo, de donde recibe la savia que le fecunda.

Tal vez no comprenderéis, queridos míos, esta imagen por demasiado elevada; os diré, pues, en términos más claros para que mejor podáis comprenderme, que doce apóstoles, que eran los únicos que Jesús había enseñado, bastaron para instruir á millones de hombres, y que en el día la doctrina cristiana se profesa, y se venera la cruz, casi en todos los más remotos extremos del globo. ¿Sabéis cómo efectuaron tan

grandiosa obra? Con la ayuda de Dios; con el auxilio de la gracia.

Con estos poderosos socorros contamos todos los cristianos, y así cuando emprendemos con fe un negocio arduo, por leves que sean los recursos con que contemos, no nos ha de arredrar dificultad alguna. Un grano de mostaza llega á hacerse un árbol frondoso, una pequeña porción de levadura que una mujer coge en la palma de la mano, basta para hacer fermentar una gran cantidad de masa, y el reino de los cielos, nos ha dicho el divino Salvador, que es semejante al prodigio del grano de mostaza, ó al de la levadura.

Vosotros sois pequeños todavía y pequeños son también vuestros merecimientos; así si no tenéis fe en vuestras fuerzas, aumentadas con el auxilio divino, si no recordáis con frecuencia el presente Evangelio, podrá suceder quizá que los mismos ejemplos que encontréis en los libros que se os dan á leer, en los que halláis santos esclarecidos, personas eminentemente virtuosas, otras que han tenido ocasión de distinguirse por acciones heroicas, sirvan para desanimaros más cuando se trata de llegar á la perfección cristiana, considerando que vosotros no habéis recibido del cielo auxilios tan especiales; mas, reparadlo bien, el Señor no dice que el reino de los cielos es semejante al cedro del Líbano ni á la palma de la Arabia, dice sí, que es semejante á un granito de mostaza, que es pequeño entre todas las legumbres.

No habrá ninguno en mi auditorio que si examina bien su corazón no encuentre entre muchos defectillos el germen precioso de una virtud. Si alguno de

vosotros ha sentido correr por sus mejillas el llanto á la vista de un anciano mendigo que imploraba una limosna, y ha partido con él el pan que guardaba para su merienda, abriga en su pecho el germen de la caridad, y es el granito de mostaza que el Señor ha depositado allí, y que, cuidando de que no le sofoquen después el egoísmo y las pasiones bastardas del mundo, llegará á ser un árbol frondoso en el cual se gozarán los ángeles, y se complacerá nuestro Padre celestial.

Si alguno entre vosotros siente subir á sus mejillas el rubor de la modestia cuando se habla de sus adelantos ó se premia su aplicación, y sorprendido porque no creía merecer este triunfo, se oculta turbado detrás de sus compañeros, tiene en su corazón la rica semilla de la humildad: que cuide, pues, que no se seque, que cuide de no desvanecerse con los honores más ó menos merecidos que alcanzar pudiere, y la humildad, esta virtud preciosa que tanto nos recomendó Jesucristo, y de que nos dió ejemplo, echará profundas raíces en su alma y le granjeará la salvación eterna. Yo observo en muchos de vosotros gérmenes de nacientes virtudes: sensibilidad verdadera, que toma parte en las amarguras de todos los que sufren, se insinúa en unos; el principio de justicia se revela en los otros; veo alguno que da muestras de ser más tarde un hombre estudioso y amante de la ciencia, un artista distinguido, ó un honradísimo artesano: siendo al mismo tiempo la esperanza de su familia hoy, y mañana el jefe y el ejemplo de otra, contribuyendo así á la salvación de muchos. Vosotros no podéis comprender ahora cómo pequeñas acciones

casi insignificantes, un movimiento, una palabra, una sonrisa ó una lágrima son indicios de una virtud que puede influir no sólo en vuestra situación presente, sí que también determinar vuestro porvenir en esta vida y vuestra eterna felicidad. Os diré solamente que una acción grande ó heroica que un individuo ejecute en circunstancias dadas, no basta para calificarle de virtuoso, que la virtud es el hábito de obrar bien, y que este hábito lo adquiriréis vosotros cultivando los buenos gérmenes de que el Señor os ha dotado, y entonces os repugnará la idea del vicio y huiréis de los viciosos, como al tímido cordero la compañía del lobo y huye la cándida paloma de la presencia de las aves de rapiña.

No me cansaré de repetirlo: entre cada uno en cuentas consigo mismo, y examine su corazón, procurando arrojar de él cualquier instinto ó predisposición aviesa: mas si descubre el amor á cualquiera de las virtudes evangélicas ó á todas juntas, no lo dude, es el grano de mostaza que ha sembrado la mano de la Providencia, cultívelo cuidadosamente y él producirá el árbol de la vida.

DOMINGO DE SEPTUAGÉSIMA.

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo.

(CAPÍTULO 20.)

En aquel tiempo: propuso Jesús á sus discípulos la parábola siguiente: Semejante es el rei-

no de los cielos á un padre de familias que salió al amanecer á contratar jornaleros para su viña: y habiendo concertado con ellos el darles un denario por día, los envió á su viña. Saliendo cerca de la hora de tercia se encontró con otros que estaban mano sobre mano en la plaza, y díjoles: Id también vosotros á mi viña y os daré lo que sea justo; con lo que ellos se fueron allá. Volvió á salir otras dos veces, á eso de la hora de sexta y cerca de la hora de nona, é hizo lo mismo *con otros jornaleros.* Salió *por fin* cerca de la hora de vísperas, y vió á otros que todavía estaban sin hacer nada, y les dijo: ¿Cómo es que os estáis ociosos aquí todo el dia? Á lo que ellos respondieron: Porque ninguno nos ha llamado á jornal. Díceles pues: Id también vosotros á mi viña. Puesto el sol, dijo el dueño de la viña á su mayordomo: llama á los trabajadores y págales el jornal empezando desde los postreros y acabando en los primeros. Cuando vinieron los que habian ido cerca de la hora de vísperas recibieron cada uno su denario. Cuando llegaron, *por fin,* los primeros, se imaginaron que les daría más, pero sólo recibieron cada uno su denario. Al recibirlo murmuraban contra el padre de familias, diciendo: Estos últimos sólo han trabajado una hora y los ha hecho iguales á nosotros que hemos tenido que soportar el peso del día y del calor. Mas él por toda respuesta dijo á uno de ellos: Amigo, yo no

te hago ningún agravio: ¿no te contrataste conmigo por un denario? Toma pues lo que es tuyo, y vete. Yo quiero dar á este, bien que sea el último, tanto como á ti. ¿Acaso no puedo hacer de lo mío lo que quiero? ¿Ha de ser por ventura envidioso tu ojo porque yo soy bueno? De esta suerte, pues, los postreros *en este mundo* serán los primeros *en el reino de los cielos*, y los primeros, postreros; porque son muchos los llamados, mas pocos los escogidos.

La envidia, hijos míos, es el vicio que reprendió Jesús en la parábola de los jornaleros. Los que llamó á trabajar al amanecer estaban contentos por haber encontrado en qué ejercitar sus brazos todo el día, con la esperanza de que un propietario equitativo les remuneraría suficientemente su trabajo; mas llegada la noche, y con ella la hora del cobro y de retirarse á disfrutar un dulce descanso, su satisfacción se convierte en envidia y enojo, y murmuran del dueño de la viña, que por un exceso de bondad ha llamado á otros jornaleros pagándoles cual si hubiesen trabajado todo el día. Los primeros se irritan ni más ni menos que si hubiesen cercenado su jornal para pagar á sus compañeros, siendo así que si hubieran ignorado las circunstancias de la generosidad del dueño se retiraran altamente satisfechos.

Los niños envidiosos están fielmente retratados en

estos jornaleros; su vestido, sus adornos, sus juguetes y todo cuanto poseen les parece bonito y les satisface en tanto que no ven á otro que los tenga mejores. Contemplan alegres las dotes que el Señor se dignó concederles, pero en cuanto ven á otros más favorecidos de la naturaleza ó de la fortuna, la ponzoñosa envidia envenena su contento, y la amargura que les produce tan baja pasión se revela en la palidez de su semblante, en sus torvas miradas y en sus bruscos ademanes.

Las demás pasiones proporcionan á sus secuaces placeres ilícitos, al paso que la envidia no ofrece ni una sombra de placer y solamente tristeza y tormentos.

El niño que se sienta atormentado por el aguijón de los celos á la vista de otro más hermoso, más instruído, más rico, más elegante, que procure no añadir á todas estas ventajas la de que el otro posea un corazón sano mientras él lo tenga corroído por una baja y vergonzosa pasión. El que tiene unos padres que le acarician con la mayor ternura, que previenen sus deseos y se desviven por complacerle, ¿no debe bendecir al Señor todos los días, si se compara con el infeliz huérfano que no tiene la mano de un padre para ganarle el sustento y el seno de una madre para reclinar su frente?

Huérfanos que me oís, no os creáis con derecho á murmurar del padre de familias, del Padre celestial. Si tenéis vuestros miembros ágiles y gozáis de salud, aun cuando no seáis hermosos, si os es dado mirar al cielo, ora le embellezcan los rayos del sol, ora os ilumine la blanca y macilenta luz de la luna, compa-

raos con los infelices enfermos, ciegos, sordomudos ó paralíticos, y load al Señor.

Si hubiese en mi auditorio uno de los infelices que acabo de enumerar no se aflija, y sobre todo no envidie la suerte de aquellos á quienes parece que el Señor ha mirado con más piadosos ojos, pues ellos son los hijos predilectos del padre de familias.

María es la madre de los huerfanitos, Jesús es el padre de los desgraciados, y ambos á dos están esperando con los brazos abiertos á los niños buenos y resignados para coronarlos de gloria, para dar riquezas eternas á los que no las han tenido temporales; á los de miembros enfermos ó raquíticos una hermosura comparable á la de los ángeles, y á los que no han gozado en ver la luz de los astros y contemplar las galas de la naturaleza, enseñarles la hermosura de los cielos.

En fin, todos los que podemos aspirar á gozar de la compañía de Dios en la gloria somos sobrado felices, y no tenemos que envidiarnos unos á otros, sino bendecir al Señor continuamente, dándole gracias porque nos ha hecho nacer en el seno de su Iglesia y recibir la luz del Evangelio. Si tenemos esperanza de recibir nuestro denario, ¿qué nos importa haber trabajado todo el día y haber sufrido el peso del calor, esto es, la carga del infortunio? ¿Qué nos importa que otro lo gane habiéndose estado á la sombra y disfrutando de comodidades? Antes bien, el que se viese atribulado ó afligido, el niño que se creyere inferior á todos, debe sonreir de esperanza al escuchar las consoladoras palabras del Salvador: *Los primeros son los últimos y los últimos los primeros.*

DOMINGO DE SEXAGÉSIMA.

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas.

(CAPÍTULO 8.°)

En aquel tiempo, habiendo concurrido un crecido número de gentes, y acudiendo solícitos de todas las ciudades á Jesús, díjoles esta parábola: Un hombre salió á sembrar su simiente, y al esparcirla, parte cayó á lo largo del camino, donde fué pisoteada y la comieron las aves del cielo. Parte cayó sobre un pedregal, y luego que nació secóse por falta de humedad. Parte cayó entre espinas, y creciendo éstas al mismo tiempo con ella, la sofocaron. Parte cayó por fin en una buena tierra, y habiendo nacido dió fruto á ciento por uno. Dicho esto exclamó en alta voz: El que tenga oídos para escuchar, atienda *bien á lo que digo.* Preguntáronle sus discípulos cuál era el sentido de la parábola. Á los cuales respondió así: Á vosotros se os ha concedido entender el misterio del reino de Dios, mientras á los demás *en castigo de su malicia se les habla* en parábolas: de modo que viendo no echen de ver, y oyendo no entiendan: ahora bien, el sentido de la parábola es este. La semilla es la palabra de Dios. Los granos que caen á lo lar-

go del camino significan aquellos que la escuchan, sí, pero viene luego el diablo y se la saca del corazón, no sea que creyendo, se salven. Los sembrados en un pedregal son aquellos que, oída la palabra, recíbenla sí, con gozo, pero no echa raíces en ellos, y así crecen una temporada y al tiempo de la tentación vuelven atrás. La semilla caída entre espinas son los que escucharon la palabra de Dios, pero con los cuidados, las riquezas y delicias de la vida, al cabo la sofocan y nunca llegan á dar fruto. En fin, la que cae en buena tierra denota aquellos que con sano y buen corazón oyen la palabra de Dios, y conservándola con cuidado da fruto sazonado mediante la paciencia.

¿Qué puedo yo deciros hoy del presente pasaje del Evangelio, cuando el mismo Jesús con sus divinos labios tuvo la bondad de explicárselo á los que tenían la dicha de ser sus discípulos?

Había propuesto una parábola á la multitud de gentes que le escuchaba, comparando su divina palabra y las máximas de salvación que en abundante raudal brotaban de su boca á la simiente que sembró cierto labrador, y de la cual sólo una pequeña parte llegó á sazón, perdiéndose toda la restante por diferentes causas.

Á mi vez os diré: La lectura de los sagrados evangelios, el catecismo, preciosísimo y pequeño libro en

que están resumidos los deberes del cristiano, las lecciones de Historia sagrada, y tantos documentos y máximas sanas como procuro inculcar en vuestra mente, para que echen raíces profundas en vuestro corazón, son otras tantas simientes que sembramos. Aquellos niños que creen que con su material asistencia á la escuela cumplen con su deber, por más que su espíritu esté muy lejos de aquí, y su imaginación distraída preste poca atención á lo que se les enseña, son un camino en el cual se perderán irremisiblemente cuantos granos cayeren, pisoteándolos ellos mismos en su punible descuido y desprecio por las cosas santas. Aquellos niños que deseosos de instruirse y de adelantar en el buen sendero me prestan alguna atención; aprenden de memoria cuanto les enseño, pero creen que en esto y no en la práctica de lo que se les prescribe está el mérito, sepan que desde la más sublime máxima evangélica hasta la más nimia de las reglas de urbanidad, todo, todo cuanto se les enseña es para que lo practiquen, pues si su corazón no es dócil y no se presta al cumplimiento de sus obligaciones, será semejante á la peña, en la que no puede prevalecer planta alguna, y las semillas se secan por falta de humedad. Aquellos alumnos dóciles y aplicados que, convencidos al propio tiempo de la utilidad de los consejos que se les dan, procuran poner por obra cuanto han aprendido, tienen ya que la semilla ha echado raíces y promete recompensar los afanes de quien la sembró, produciendo rica y abundante mies; mas si los tales niños, jóvenes ya, creen que pueden sacudir el yugo de la ley santa, ó bien se entregan á los placeres, pasa-

tiempos y vanidades sin reparar en si, con su frivolidad, pueden desagradar al Señor, y perder algo de la encantadora modestia y pureza de costumbres que los distinguía en sus primeros años, entonces ¡ay! las espinas y malezas habrán crecido juntas con el trigo y le ahogarán antes que llegue á sazón.

Las máximas de virtud escuchadas con atención y recogimiento, puestas en práctica con espíritu cristiano y con pureza de intención, por un niño que verdaderamente desea ser perfecto en esta vida, y alcanzar la corona de la gloria, son granos de trigo sembrados en buena tierra que producirán ciento por uno. De hoy más, procurad que no se pierda ni un solo grano, acogedlos con júbilo, dadles cabida en vuestro seno, meditad en lo que practicar debéis para que arraiguen más profundamente, elevad al Señor el perfume de la oración para que Él os envíe el rocío de su divina gracia, y cuidad con el mayor esmero de que las hierbas nocivas de las pasiones, y las malezas de los pasatiempos mundanales no ahoguen tan preciosas plantas.

El que de vosotros es aficionado á las flores no me negará que no deja pasar un solo día, si es que tiene el gusto de poseer un pequeño jardín, ó aun cuando sólo sea una maceta, sin dar una mirada á sus queridas plantas y arrancar con mano solícita la hierba inútil que acaso crezca en rededor. Ahora bien: todos habéis escuchado la divina palabra, todos tenéis en vuestro corazón el precioso plantel de las virtudes; cuidadle con solicitud, dedicad todos los días un rato á estudiar vuestros nacientes sentimientos, y, si hubiese alguno no conforme á las máximas de

Jesucristo, no le deis cabida, extirpadle, arrojadle lejos, porque estas son las malas hierbas que no dejarían medrar vuestras virtuosas inclinaciones. De este modo seréis unos niños puros como los ángeles, unos hombres justos y de intachable reputación como los santos del cielo, y del escogido plantel, tan cuidadosamente cultivado, nacerán las flores con que el Eterno os coronará en la gloria.

DOMINGO DE QUINCUAGÉSIMA.

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas.

(CAPÍTULO 18.)

En aquel tiempo: tomando Jesús aparte á los doce apóstoles les dijo: Ya veis que subimos á Jerusalén, donde se cumplirán todas las cosas que fueron escritas por los Profetas acerca del Hijo del hombre, porque será entregado en manos de los gentiles, y escarnecido, y azotado, y escupido; y después que le hubieren azotado le darán la muerte, y al tercer día resucitará. Pero ellos ninguna de estás cosas comprendieron, antes era este un lenguaje desconocido para ellos, ni entendían la significación de las palabras dichas. Al acercarse á Jericó estaba un ciego sentado á la orilla del camino pidiendo limosna, y sintiendo el tropel de la gente que

pasaba preguntó qué novedad era aquella. Dijéronle que Jesús Nazareno pasaba por allí de camino, y al punto se puso á gritar: Jesús, hijo de David, tened piedad de mí. Los que iban delante le reprendían para que callase, pero él levantaba mucho más el grito: Hijo de David, tened piedad de mí. Paróse entonces Jesús, y mandó traerle á su presencia; y cuando le tuvo cerca preguntóle diciéndole: ¿Qué quieres que te haga? Señor, respondió él, haced que yo tenga vista. Díjole Jesús: Tenla y sábete que tu fe te ha salvado. Y al instante vió, y le seguía celebrando las grandezas de Dios. Y todo el pueblo cuando vió esto alabó á Dios.

Serios motivos de meditación, ejemplos dignos de imitarse, he aquí lo que hallamos en el presente pasaje del Evangelio. No os convidaré á que admiréis conmigo el portento que obró el Salvador divino dando vista á un ciego, porque ¿qué es lo que brilla en este rasgo? La omnipotencia de Dios y su misericordia. De ambas cosas nos hicimos cargo, y ambas tuvimos ocasión de admirar cuando en un mismo día y á renglón seguido leímos la curación de un infeliz leproso y la del criado del Centurión, la una con extender la mano Jesús, y la otra con sólo decirlo. Siendo nuestro divino Salvador la segunda persona de la Santísima Trinidad, y, por consiguiente, autor y árbitro de la naturaleza, le era tan fácil

dar vista á un ciego como devolver la salud á un enfermo, y aun restituir la vida á un cadáver, como hizo en otras ocasiones. Ya entonces os hice observar que el autor de las leyes naturales puede suspenderlas, y he aquí como nos ocupamos de su omnipotencia: y en cuanto á que Jesucristo, que era la caridad misma, emplease este poder omnímodo en hacer bien á la doliente humanidad, es tan natural como que la bondad y la misericordia son otros de los atributos de Dios.

Lo que observaremos hoy primeramente es la docilidad de la víctima propiciatoria, que iba á ofrecerse gustosa para aplacar la justicia del Eterno, y después la confianza del pobre ciego y su constancia en implorar la misericordia divina.

Ya os he dicho en otras ocasiones que nuestro Señor Jesucristo, se revistió de la humana forma para sufrir una muerte afrentosa, y con el objeto de rehabilitar el género humano degradado por la culpa de nuestros primeros padres. El hombre más sabio y previsor ignora su porvenir: y esta es una de las mayores mercedes de la Providencia, pues si cada uno tuviera conocimiento de las desgracias que le amenazan, su negra sombra, presentándose á nuestra vista como un tétrico nubarrón que se forma en el horizonte presagiando la tempestad, enlutaría los pocos días de felicidad que disfrutamos. Jesucristo, empero, tuvo siempre ante sus ojos el sombrío panorama de su pasión; el sangriento drama del Gólgota con todos sus horribles detalles había sido previsto por su ciencia infinita, y los Profetas lo habían vaticinado inspirados por el Espíritu Santo.

Más aun; si los hombres supiesen que una persona á quien aman, y por cuya felicidad no omiten ningún género de sacrificio, había de pagarles con la más negra ingratitud, le retirarían su aprecio y empezarían desde que adquiriesen tan triste convencimiento, á ser muy parcos en la manifestación de un afecto tan fino y tan costoso como mal correspondido. Jesús, sin embargo, sabía la mala correspondencia, la irritante ingratitud que había de hallar no sólo en sus contemporáneos sino en todas las generaciones venideras, y su amor crece y su compasión se aumenta con el conocimiento exacto de nuestra maldad y nuestra flaqueza.

Cuando sabemos ó presentimos que en un sitio dado ha de sobrevenirnos alguna desgracia, huimos cuidadosamente de acercarnos y su solo recuerdo nos hace estremecer. Jesús sabe que en Jerusalén ha de ser atormentado, escarnecido y que ha de sufrir la más cruel é ignominiosa muerte, sabe que se acerca la época de estos acontecimientos, y Él mismo llama á sus doce discípulos escogidos y se lo refiere con tranquilidad y dulzura, emprendiendo después con paso firme el camino de la ciudad donde había de tener lugar su suplicio, cual otro Isaac trepando animoso á la cima del monte en que había de ser sacrificado. Sus apóstoles le escuchan con respeto, aunque sin comprender el sentido de sus palabras, y le siguen en silencio. Á su paso las gentes se agolpan y el ruido de tantas personas que caminan reunidas, llama la atención de un pobre ciego que, sentado á la orilla del camino implora la caridad pública, el cual preguntando qué era aquello y habiéndole

respondido que era Jesús Nazareno que iba de viaje, empezó á llamarle á grandes voces, pidiéndole que tuviese piedad de su estado. Los que preceden al Salvador tratan de imponerle silencio, pero él desatendiéndolos levanta más el grito hasta que el clementísimo Jesús, movido á compasión, le manda traer á su presencia, se entera de su pretensión, y cuando el desgraciado ciego le dice sencillamente: «Haced que yo tenga vista»—«Tenla» responde el Supremo legislador, y lo mismo que en el primer día *la luz fué hecha* y la nada dejó de existir, fulguró un rayo de luz purísima é iluminó la yerta pupila de aquel hombre, que no tuvo otra ocupación el resto de su vida que alabar al Señor.

Vosotros, hijos míos, si en alguna ocasión hubieseis perdido la vista del alma, y os hallaseis sumidos en las tinieblas del pecado, no esperéis á que Jesús vaya de camino, puesto que su tabernáculo está establecido entre nosotros; id á implorarle allí, levantad vuestra voz á imitación del ciego del camino de Jericó, y que no os impongan silencio los respetos humanos. Tal vez tendréis la desgracia, cuando seáis mayores, de que entre vuestros amigos ó conocidos se encuentre alguno de estos desgraciados, que lastimosamente abundan en el mundo, que ridiculizan los ejercicios de piedad; si esto os sucediese, levantad más el grito é implorad doblemente la divina misericordia para ellos y para vosotros: Señor, decid, tened piedad de mí, quiero que mi alma tenga vista para no extraviarme en las difíciles sendas de la vida, quiero que la admirable luz de vuestra gracia ilumine mis pasos..... «Tenla» dirá el Señor, aun-

que vosotros no escuchéis materialmente tan consoladora palabra, y, mediante una sincera confesión de vuestros pecados, bajará á iluminaros la luz de la divina gracia, recobraréis la vista espiritual y descenderá á vuestro corazón la esperanza y el consuelo. Entonces no perdáis de vista el ejemplo del ciego del Evangelio, y no os separéis más de Jesús, antes bien, seguidle siempre, siempre, bendiciendo su misericordia.

DOMINGO 1.° DE CUARESMA.

Continuación del Santo Evangelio según san Mateo.

(CAPÍTULO 4.°)

En aquel tiempo: Jesús fué conducido del Espíritu de Dios al desierto, para ser tentado por el diablo. Y habiendo ayunado cuarenta días con cuarenta noches, después tuvo hambre. Y llegándose á Él el tentador, le dijo: Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. El cual le respondió: Escrito está: No de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces le tomó el diablo, y le llevó á la santa ciudad de Jerusalén, y le puso sobre lo alto del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque escrito está: Que te ha encomendado á sus ángeles, los cuales te tomarán

en palmas porque no tropieces en piedra alguna con tu pie. Y Jesús le dijo: También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. De nuevo le subió el diablo á un monte muy encumbrado, mostróle todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrándote me adorares. Entonces le dijo Jesús: Vete, Satanás; porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y á Él solo servirás. Con esto le dejó el diablo; y al punto se le acercaron los ángeles, y le servían.

Hemos entrado en el santo tiempo de Cuaresma, queridos niños, tiempo que es una preparación para la Semana Santa, como el Adviento es una preparación para la Natividad del Salvador. No me ocuparé de los tres primeros días de esta semana, días de locura y frenesí que ofrecen un admirable contraste con la austeridad de los siguientes: resto son de las costumbres gentílicas, pero ya que se toleran, no podemos hacer más que dejarlos pasar, tomando parte tan sólo en las diversiones inocentes y dignas de un cristiano. Deploremos, pues, los desórdenes que se cometen en Carnaval como los de lo restante del año, pero el niño inocente y el hombre virtuoso lo mismo pueden servir y agradar á Dios en estos tres días que en cualquiera otra ocasión.....

El Salvador divino se preparó á la carrera evangélica con cuarenta días del más severo ayuno, y la

Iglesia quiere que los fieles se preparen á la celebración de los sublimes misterios de su pasión y muerte, ayunando también y practicando con más esmero que nunca los ejercicios de devoción. Nuestras fuerzas no consienten que imitemos á Jesús guardando un ayuno absoluto durante cuarenta días, ni el mismo Salvador hubiese podido resistirlo, á no ser Dios, á menos que hubiese mediado un milagro; no quiso pues sucumbir en esta ocasión, pero tampoco quiso librarse del tormento del hambre; mas la Iglesia dispone que por el mismo espacio de tiempo observemos las reglas del ayuno, las cuales no me detendré á explicaros ahora, puesto que en razón de vuestra tierna edad estáis dispensados de ayunar y no os comprende esta prescripción hasta los veinte y un años.

No dejaré pasar, sin embargo, esta ocasión de preveniros contra ciertas expresiones que oiréis acerca del asunto que nos ocupa, si es que algunos de vosotros no las habéis oido ya. «Ningún daño hacemos, dicen algunos, con almorzar; tampoco puede ser ofensa á Dios el que comamos carne en vez de pescado ó ambas cosas juntas.....»

Cuando esto oigáis, callad como prudentes, pero no os dejéis dominar de estas ideas, poco menos que absurdas.

Ningún daño hacemos á nadie dejando de ayunar, comiendo carne en esos días prohibidos por la Iglesia, ó mezclándola con el pescado, es cierto; pero nos lo hacemos muy grande á nosotros mismos, como siempre que faltamos á nuestros deberes, porque deber y muy sagrado es el obedecer los manda-

mientos de la Iglesia, que, como toda sociedad bien organizada, tiene sus leyes, y cuantos pertenecen á ella se imponen el deber de acatarlas y observarlas. La obediencia es una virtud altamente meritoria y la desobediencia un delito horrible, pues por él, y precisamente por la misma circunstancia de comer un manjar vedado, atrajeron nuestros primeros padres sobre sí y sobre toda su descendencia el castigo de la divina justicia.

De ninguna manera ofendemos á Dios con comer ó dejar de comer cosa alguna siempre que no se nos haya prohibido, ni un átomo pierde tampoco de su inmensa gloria con nuestra desobediencia y rebeldía; mas como nuestro Padre celestial nos ama inmensamente, nos ama tanto que ha dado á su Hijo unigénito por nosotros, no puede menos de ofenderse de nuestra negra ingratitud, cuando ve que nos exponemos á desagradarle por no imponernos un pequeño sacrificio.

En consecuencia de todo lo dicho, yo, que también os amo entrañablemente, y que deseo que no hagáis nada que pueda perjudicaros física ni moralmente, os aconsejo que cuando lleguéis á la edad oportuna, si gozáis buena salud y no tenéis un legítimo impedimento, obedezcáis la ley del ayuno y la abstinencia. Si nada os hace sufrir, claro está que nada perdéis en ello, y si estas privaciones os son algo penosas, entonces contraeréis un mérito para con Dios, imitaréis á Jesucristo en los trabajos que voluntariamente se impuso, siendo la inocencia misma, y aun humana y filosóficamente hablando, os engrandecéis á vuestros propios ojos y á los de los

demás, haciendo que la parte más noble de vosotros mismos, que es el espíritu, imponga leyes á la materia y conserve sobre ella la superioridad que le corresponde.

Si encontráis quien impugne estas sencillas doctrinas, y otras muchas que habéis recibido; si halláis quien con sus malos consejos ó su ejemplo os incite al vicio, y trate de alterar la pureza de vuestras costumbres, acordaos del ejemplo del Salvador, que, cuando el espíritu maligno le invita á ejecutar un milagro en su presencia para proporcionarse el pan de que tiene necesidad, le responde con entereza: «No de sólo pan vive el hombre, sino de la palabra de Dios.» Con igual fortaleza resiste después á las demás tentaciones, hasta que su voz poderosa manda al fin terminantemente, y vencido el tentador se retira confuso.

Si un día á vosotros se os ofreciesen riquezas, regalos y comodidades y hubieséis de adquirirlo á costa de una acción criminal, ó solamente reprensible, acordaos de las palabras de Jesús y decid resueltamente: *No de sólo pan vive el hombre.*

Vosotros no podéis comprender cuánta verdad hay en estas palabras, pero con el tiempo la conoceréis. Veréis que algunas familias nadan en la abundancia, sin que por eso puedan llamarse felices; antes bien las atormentan cuidados é inquietudes que en vuestra inocencia no podéis ni remotamente imaginar, al paso que otras, siendo pobres, gozan de una envidiable tranquilidad, y es porque la paz del espíritu se alberga en su sencilla habitación, porque poseen el tesoro de una conciencia que de nada les arguye,

y el Señor les franquea la mayor de las riquezas, que es su gracia y bendición, pues *no de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.*

DOMINGO 2.° DE CUARESMA.

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo.

(CAPÍTULO 17.)

En aquel tiempo: tomó Jesús consigo á Pedro y á Santiago y á Juan su hermano, y subiendo con ellos á un alto monte, se transfiguró en su presencia de modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve. Y al mismo tiempo les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Entonces Pedro tomando la palabra dijo á Jesús: Señor, bueno es que nos estemos aquí; si quieres hagamos aquí tres tiendas ó pabellones, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Todavía estaba Pedro hablando cuando una nube resplandeciente vino á cubrirlos, y al mismo instante resonó desde la nube una voz que decía: Este es mi Hijo muy amado en quien me complazco; á Él habéis de escuchar. Á cuya voz los discípulos cayeron sobre su rostro en tierra, y quedaron poseídos de un grande espanto. Mas

Jesús se llegó á ellos, los tocó y les dijo: Levantaos y no temáis; y alzando los ojos, no vieron á nadie sino á Jesús. Al bajar del monte les puso Jesús precepto diciendo: No digáis á nadie lo que habéis visto, hasta tanto que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.

Hermoso en extremo es el pasaje que se nos refiere en el presente Evangelio. Nuestro Salvador subió á la cúspide de un monte encumbrado como si quisiese elevarse algún tanto de la tierra; allí le acompañaron, por orden suya, el primero de sus apóstoles san Pedro, y Santiago y Juan parientes suyos, el último de los cuales era su más querido discípulo y el más semejante al divino Maestro en inocencia y candor, discípulo que se sentaba á su lado y apoyaba su pura frente en el amoroso seno del Padre de las misericordias.

Ante este escogido acompañamiento, Jesús se transfiguró de manera que su hermoso rostro, adquiriendo un brillo sobrenatural, despedía una luz que deslumbró á los tres discípulos, y sus vestidos de color obscuro se habían vuelto blancos y brillantes como los pétalos de la azucena. Acompañábanle Moisés y Elías: ya sabéis vosotros que Moisés, jefe del pueblo hebreo, había muerto antes de llegar á la tierra de promisión, y en cuanto á Elías había sido arrebatado en un carro de fuego; de consiguiente, la transfi-

guración del Señor y la presencia de estos personajes eran igualmente maravillosas.

Los discípulos sienten su corazón inundado de una dulcísima complacencia, su divino Maestro ha tomado una forma sobrehumana, tal vez la misma que tiene en el cielo, dos justos le acompañan y les parece á ellos que empiezan ya á gozar de la bienaventuranza eterna. San Pedro, intérprete de los pensamientos de los demás, propone al Señor que no desciendan más de aquel lugar privilegiado, de aquella montaña prodigiosa. ¿Por qué descender, pensaban ellos, por qué volver á ese valle de llanto donde ya nuestro Maestro es calumniado é impugnadas sus doctrinas, donde hemos de luchar con la pobreza, con la inclemencia de las estaciones y tal vez con la malignidad de los hombres, con la envidia y la persecución, cuando aquí se nos presenta un nuevo Edén, cuando una celestial fruición embarga nuestros sentidos? ¿Qué puede faltarnos? ¿Habitaciones dignas de tan altos huéspedes?..... Nosotros las fabricaremos con nuestras manos, nosotros haremos tres tabernáculos, uno para Jesús, otro para Moisés y otro para Elías..... Mas antes de concluir su discurso cúbreles una nube resplandeciente, dentro de la cual se oye la voz del Altísimo, que declara al Salvador su Hijo muy amado, en quien se complace; y manda á los apóstoles que le escuchen. Póstranse en tierra los testigos de aquel portento, y cuando alzan los ojos todo ha desaparecido..... El Hijo del Eterno ha recobrado su forma ordinaria de hombre mortal, y vuelven á aparecer sus modestos y severos vestidos. Descendiendo del monte encarga á sus dis

cípulos que nada revelen de lo que han presenciado hasta después de su resurrección.

Aquel monte, queridos niños, se llama el Tabor y los escritores sagrados dicen que el Tabor fué una figura de la gloria.....

Al mismo tiempo, el bienestar de los apóstoles, su dicha inefable y la rapidez de su aparición fué una imagen de la felicidad de esta vida. ¡Ay! ¡cuántas veces os parecerá haber llegado á la cúspide del Tabor, al apogeo de la dicha, porque habréis alcanzado algún objeto anhelado durante muchos años!..... Acaso vuestra fortuna vendrá de un modo imprevisto y como llovida del cielo, y cual á san Pedro os sorprenderá una felicidad tan inesperada. Entonces levantaréis los ojos al cielo: Señor, diréis, bueno será que permanezcamos aquí, bueno será que esta dicha que he alcanzado se prolongue; hermosa será mi existencia bajo el nuevo aspecto que se me presenta hoy; el sol tiene más brillo á mis ojos, el cielo es más azul y la naturaleza se ha transfigurado, los colores de las flores son más bellos, el canto de los pájaros más armonioso.....

¡Era una ilusión!

La verdadera felicidad no existe en este mundo, porque nuestras almas inmortales, creadas para gozar de una bienaventuranza sin límites, no pueden saciarse con los bienes caducos de la tierra.

Ó no alcanzaréis la posesión de lo que tanto anhelabais, ó si lo alcanzáis lo perderéis al instante, ú os convenceréis inmediatamente de que no está vinculada en él la dicha que habíais soñado.

Vuestra ilusión de desvanecerá como el humo. Os

sucederá como á san Pedro, perderéis vuestra perspectiva risueña antes de que hayáis podido recrearos en contemplarla.

Empero, los apóstoles escogidos bajaron resignados del monte, y obedecieron al Señor sin murmurar; imitadles vosotros, sed prudentes en la prosperidad y resignados en la desgracia, y algún dia alcanzaréis la gloria figurada en el Tabor.

La gloria del cielo, la contemplación de Dios es lo único capaz de saciar nuestras almas..... ¿Qué podré deciros de ella? Mis palabras carecen de elocuencia, y no podría daros ni una pálida idea de la misma; cuanto podáis imaginar de más rico, hermoso y encantador no será ni una descolorida sombra.

Raudales de luz, torrentes de armonía, perfumes de flores, ricos metales, piedras preciosas, palabras de infinita dulzura, inspiraciones de profunda ciencia, todo se alcanzará allí, porque se gozará de la presencia de Dios, de cuya inmensa gloria no son todas estas cosas más que un pequeño y pálido destello.

DOMINGO 3.° DE CUARESMA.

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas.

(CAPÍTULO 11.)

En aquel tiempo: estaba Jesús lanzando un demonio, el cual era mudo, y así que hubo echado el demonio habló el mudo, y todas las

gentes quedaron muy admiradas. Mas no faltaron allí algunos que dijeron: Por arte de Belcebub, príncipe de los demonios, echa él los demonios. Otros por tentarle le pedían que les hiciese ver algún prodigio en el cielo. Pero Jesús penetrando sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido en partidos quedará destruído; y una casa dividida en fracciones camina á su ruina. Si pues Satanás está siempre dividido contra sí mismo, ¿cómo ha de subsistir su reino? ya que decís vosotros que yo lanzo los demonios por arte de Belcebub. Y si yo lanzo los demonios por virtud de Belcebub, ¿por virtud de quien los lanzan vuestros hijos? Por tanto, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero si yo lanzo los demonios con el dedo ó virtud de Dios, es evidente que ha llegado ya el reino de Dios á vosotros. Cuando un hombre valiente, bien armado, guarda la entrada de su casa, todo lo que posee está seguro. Pero si otro más valiente que él le asalta y le vence, le desarma de todos sus arneses, en que tanto confiaba, y repartirá sus despojos. El que no está conmigo está contra mí; y el que recoge conmigo, desparrama. Cuando un espíritu inmundo ha salido de un hombre se va por lugares áridos buscando lugar donde reposar, y no hallándolo dice: Me volveré á mi casa de donde salí. Y viniendo á ella la halla barrida y bien adornada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando en esta

casa, fijan en ella su morada. Con lo que el último estado de aquel hombre viene á ser peor que el primero. Estando diciendo estas cosas, he aquí que una mujer levantando la voz de en medio del pueblo exclamó: Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron. Pero Jesús respondió: Mas bienaventurados son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.

Refiere el presente Evangelio, queridos míos, que nuestro amable Salvador estaba lanzando un demonio que había tomado posesión de un infeliz hombre, el cual era mudo. Permitía sin duda Dios que el espíritu maligno se enseñorease visiblemente de alguna persona para hacer más patente la gloria de su Hijo, libertándole de su tirano yugo, y digo *visiblemente,* porque de un modo menos palpable se apodera hoy de las almas de muchos cristianos, que le rinden culto rindiéndole á las pasiones que los tienen esclavizados. Añade el evangelista que en el momento en que el demonio salió habló el mudo; que la maledicencia de algunos circunstantes, no pudiendo cebarse en otra cosa, atribuyó al poder de Belcebub, príncipe de los demonios, el portento que acababan de presenciar; y que el divino Maestro abrió su boca con sabios discursos, y después de probar que su poder dimana de lo alto, añadió lo siguiente: Cuando el espíritu inmundo ha salido del hombre,

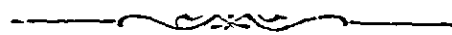
anda por lugares áridos buscando reposo, y no hallándole dice: volveré á mi casa de donde he salido; y á su vuelta, encontrándola barrida y amueblada de nuevo, va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando hacen asiento en ella.

Á estas vicisitudes están expuestas las ciudades y fuertes militares en tiempo de guerra, como habréis leído ó tendréis ocasión de leer en la historia y en los periódicos que tratan de las guerras contemporáneas; y como la guerra sañuda, aunque impotente, de los ángeles rebeldes á su Criador permanece siempre, cada una de nuestras almas es una plaza fuerte.

Suponed, hijos míos, que por desgracia el ángel malo se apodera de vuestra alma bajo la halagüeña apariencia de alguna de vuestras pasiones, como el orgullo, la pereza, etc., que para colmo de infortunio la vergüenza os hace enmudecer y no os permite volar tan pronto como sería de desear al tribunal de la penitencia y la reconciliación para purificar vuestra alma: entonces el ángel malo es el poseedor inicuo de aquella casa, y cree asegurada y bien guardada su hacienda. Mas he aquí que un rayo de la divina gracia penetra vuestra mente, é iluminados por él y desatada vuestra lengua, confesáis las culpas que os tenían esclavizados; entonces es cuando Dios, más fuerte y valiente que su enemigo, ha tomado posesión de la disputada vivienda. Si vuelve el antiguo habitante, la encontrará barrida de los anteriores resabios y adornada con la belleza de la virtud; pero ¡ay de vosotros si volviere custodiado con otros siete espíritus peores que él! Estos siete espíritus serán los siete pecados capitales, en los que quizá

aun no habíais nunca consentido: no hay más medio para resistirle que redoblar la custodia interior de la casa y emplear los recursos que aconseja el mismo Dios, que son la oración y la vigilancia.

Ahora es la época en que, cumpliendo con el precepto de la Iglesia, hemos de postrarnos en breve á los pies de un sacerdote, á quien Dios ha dado el poder de *atar y desatar*, para confesarle ingenuamente todas las faltas. Hacedlo vosotros con sinceridad, hijos míos, nada ocultéis por vergüenza, y no queráis pareceros al mudo del Evangelio de hoy, sino después de curado; reflexionad que el sacerdote representa á Jesús, padre amoroso pronto á perdonaros, y á Quien por otra parte trataríais en vano de ocultar las faltas más ó menos graves que hubiereis cometido: y si teméis la censura del confesor, sabed que él de nada se admira, que es hombre y ha sido niño también y no ha de sorprenderse de vuestras flaquezas. Su absolución es el perdón del Eterno; os levantáis del confesonario como la casa barrida y adornada, esto es, rehabilitados de toda culpa, tan puros como los coros de los ángeles que rodean el trono del Cordero, y fuertes para resistir los ataques del espíritu de las tinieblas, si intentase apoderarse de unas almas que son digna morada del Espíritu Santo.



DOMINGO 4.° DE CUARESMA.

Continuación del Santo Evangelio según San Juan.

(CAPÍTULO 6.°)

En aquel tiempo: pasó Jesús al otro lado del mar de Galilea, que es el lado de Tiberíades: y como le siguiese una gran muchedumbre de gentes, porque veían los milagros que hacía con los enfermos, subióse á un monte y sentóse allí con sus discipulos. Acercábase ya la Pascua, que es la gran fiesta de los judíos. Habiendo pues Jesús levantado los ojos, y viendo venir hacia sí un grandísimo gentío, dijo á Felipe: ¿Con qué compraremos panes para dar de comer á toda esa gente? Mas esto lo decía para probarle, pues bien sabía Él mismo lo que había de hacer. Respondióle Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno de ellos tome un bocado. Dícele uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro: Aquí está un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; mas ¿qué es esto para tanta gente? Pero Jesús dijo: Hacedlos sentar á todos. El sitio estaba cubierto de hierba. Sentarónse pues al pie de cinco mil hombres. Jesús entonces tomó los panes, y dsspués de haber dado gracias á su Eterno Padre, repartiólos, por medio de sus dis-

cípulos, entre los que estaban sentados; y lo mismo hizo con los peces, dando á todos cuanto querían. Después que quedaron saciados dijo á sus discípulos: Recoged los pedazos de pan que han sobrado para que no se pierdan. Hiciéronlo así, y llenaron doce cestos de los pedazos que habían sobrado de los cinco panes de cebada, después que todos hubieron comido. Visto el milagro que Jesús había hecho, decían aquellos hombres: Este sin duda es el gran profeta que ha de venir al mundo. Por lo cual, conociendo Jesús que habían de venir para llevársele por fuerza y levantarle por rey, huyóse Él solo otra vez al monte.

Habéis escuchado atentamente, mis amados discípulos, la lectura del Evangelio; estoy persuadido de que le habéis comprendido bien. Reflexionáis por consecuencia el admirable portento de la multiplicación de los panes y los peces, pues con cinco de los primeros y dos de los segundos comieron hasta quedar satisfechas unas cinco mil personas. Prodigiosísima estuvo es este caso la Providencia divina, como lo está siempre, y á propósito de este suceso voy á dirigiros una pregunta: ¿Habéis visto vosotros algo semejante á este milagro del aumento de los peces?..... Pensadlo bien.

Estoy cierto que me diréis que no; y sin embargo lo estáis viendo todos los días, sino que de puro fa-

miliarizados que nos hallamos con lo que se llaman fenómenos de la naturaleza, y son obra de la paternal providencia de Dios, apenas fijamos en ellos nuestra atención, cuando deberían arrancarnos á cada paso lágrimas de gratitud y frases de admiración profunda.

De un granito de trigo sale una mata frondosa que produce muchas espigas; de un saco que se ha sembrado y que, reducido á pan, hubiese sido suficiente sólo para vivir una familia algunos días, nace una verde y menuda hierbecita que cubre un buen espacio de tierra. ¿Quién hace crecer aquella hierba, endurece su tallo y forma en su seno las espigas? ¿Quién envía la fresca y generadora lluvia en la primavera para comunicarle vigor, y los rayos del sol ardiente en el estío para que madure y sazone la mies?..... La divina Providencia

En las tardes de verano os colocáis alegremente en rededor de un cesto de rica y madura fruta, á veces os sentáis sobre la hierba como los que habían acudido á oir á Jesús, otras con más comodidad y menos alegría merendáis en vuestras casas. Si entonces unos cuantos niños se viesen sin más merienda que un hueso de melocotón ó de ciruela, ó una semilla de naranja, y luego le viesen transformado en una porción de fruta suficiente para saciarse todos ellos, ¿no quedarían asombrados y dirían que se había repetido el milagro del pan y los peces? Pues eso puntualmente es lo que ha sucedido, sino que nadie ha observado el fenómeno. Dios no ha tomado en sus divinas manos la semilla, pero la prevención del hombre ó la casualidad, relativamente al hombre,

pues para Dios no hay casualidad, la ha colocado en el seno de la tierra. ¿Quién la ha hecho germinar y desarrollarse, quién ha regado el tierno arbolito, quién ha presidido todas sus operaciones hasta poner la fruta en estado de recrear con ella vuestro paladar? La divina Providencia.

¿Sabéis el origen de los damascos, de que se hacen cortinajes y vestidos, y el del raso, gro y otras telas de seda, como también el de los encajes de la misma materia, y por último el de las sedas de colores con las que se hacen tan lindos trabajos?.....

De unos huevecillos diminutos como granos de mostaza nacen unos gusanos pequeñitos también, y que si los vieseis os parecerían tan despreciables como cualquier otro insecto: aquellos animalitos van creciendo, y al llegar á su completo desarrollo sale de su boca una hebrita sutil, en la que se van envolviendo hasta formar una corteza dura y consistente que se llama capullo: éstos son los gusanos de seda, y aquellas casas que ellos se fabrican con los hilitos que salen de su interior, hiladas de nuevo por los hombres dan la seda, manantial de riqueza para industriales y comerciantes y objeto de lujo para las clases acomodadas.

¡Siempre la Providencia de Dios reproduciendo el milagro del pan y los peces! ¡Siempre sacando de un poquito la abundancia para satisfacer á todos!

Falta ahora haceros reflexionar sobre la orden que dió Jesús á sus dicípulos acabada la comida. Mandóles que recogiesen todos los pedazos que habían sobrado y los guardasen para los pobres..... ¡Cómo! ¿Lo que con tan poco trabajo se había alcanzado, lo que

con sólo tomarlo el Señor en sus divinas manos se había aumentado tan admirablemente, también ha de guardarse con cuidado?..... No hay duda alguna, hijos míos; por lo mismo que todo cuanto tenemos se debe á la bondad paternal de Dios, debemos, además de recibirlo con inmensa gratitud, levantando los ojos al cielo y dando gracias al Eterno Padre, como hizo Jesús en esta ocasión, economizarlo y no desperdiciar cosa alguna.

Vosotros algún día seréis dueños de una casa y del caudal grande ó pequeño de que se mantiene una familia. Cada vez que llegue á vuestras manos alguna cantidad, sea fruto de vuestro trabajo ó del de algún otro individuo de vuestra familia, sea producto de alguna especulación, herencia ó lo que fuere, habéis de dar gracias á Dios, pedirle que os ilumine para distribuirla prudentemente, y entonces atender con ella primero á la manutención, procurando que ésta no falte nunca á aquellos que dependen de vosotros, después á los muebles, vestidos y demás artículos de primera necesidad, y por último, si vuestra fortuna alcanzase á ello, á los objetos de adorno y de lujo bien entendido; mas os encargo encarecidamente que nada desperdiciéis, sea cual fuere vuestra posición. Si sois pobres todo debéis aprovecharlo, por lo mismo que nada os sobra; y si sois ricos acordaos que hay personas tan necesitadas que comerían con ansia la migajas que caen de vuestra mesa.

Un pedazo de pan seco, un plato de comida que sobra del día anterior satisface el hambre de un pobre, y él implora sobre la cabeza de su bienhechor las bendiciones del cielo.

Guardaos sobre todo del juego y otros pasatiempos que llegan á convertirse en hábitos viciosos, y acarrean continuos dispendios, privando á veces al que los adquiere del puro goce de socorrer á sus hermanos y afianzarse un capital mejor en otra vida, pues *el que se compadece del pobre da prestado al Señor y Él se lo restituirá con grandes ganancias.*

DOMINGO DE PASIÓN.

Continuación del Santo Evangelio según San Juan.

(CAPÍTULO 8.º)

En aquel tiempo: decía Jesús á las turbas de los judíos: ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado alguno? Pues os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? Quien es de Dios, escucha las palabras de Dios. Por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios. Á esto respondiéronle los judíos diciéndole: ¿No decimos bien nosotros que Tú eres un samaritano, y que estás endemoniado? Jesús les respondió: Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro á mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado á mí. Pero yo no busco mi gloria: otro hay que la promueve, y Él me vindicará. En verdad, en verdad os digo, que quien observare mi doctrina no morirá para siempre. Dijeron los judíos: Ahora acabamos de conocer que estás poseído

del demonio, Abrahán murió y murieron también los Profetas, y Tú dices: Quien observase mi doctrina no morirá eternamente. ¿Acaso eres Tú mayor que nuestro padre Abrahán, el cual murió, y que los Profetas que también murieron? Tú ¿por quién te tienes? Respondió Jesús: Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria, direis, no vale nada; pero es mi Padre el que me glorifica, aquel que decís vosotros que es vuestro Dios; vosotros empero no le habéis conocido, yo sí que le conozco. Y si dijere que no le conozco, sería como vosotros un mentiroso. Pero le conozco bien y observo sus palabras. Abrahán vuestro padre ardió en deseos de ver este día mío: vióle, y se llenó de gozo. Los judíos le dijeron: Aun no tienes cincuenta años, ¿y viste á Abrahán? Respondióles Jesús: En verdad, en verdad os digo, que antes que Abrahán fuera criado, existo yo. Al oir esto cogieron piedras para tirárselas: mas Jesús se escondió milagrosamente y salió del templo.

¡Cuán notables son las primeras palabras del Evangelio de mañana! Jesús, el Verbo eterno, la verdad por esencia, dice con inefable dulzura: ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Pues si nunca pequé, si nunca la mentira ha manchado mis labios, si os digo la verdad, ¿por qué no me habéis de creer?

Los judíos le contestan con palabras injuriosas y descomedidas, pero el divino Maestro no pierde un momento su dulce tranquilidad, habla con la fuerza de la convicción, no se alaba á sí mismo, pero rechaza con noble dignidad los ataques de sus enemigos. Éstos le llaman samaritano (término sumamente injurioso entre los judíos), dícenle que está endemoniado, y, por último, recurriendo al argumento de los que carecen de razón y de justicia, que es la fuerza material, arman sus sacrílegas manos con piedras para arrojárselas. Esta escena de mansedumbre y moderación por una parte, y de violencia por otra, tenía lugar en el templo de Jerusalén. El Señor, pues, pasó por entre la multitud sin ser visto de nadie y desapareció.

Dichoso el que se puede llamar verdaderamente cristiano, esto es, imitador de Cristo. Dichoso el que puede repetir las palabras de Jesús: ¿quién me convencerá de pecado?

Si el padre al reprender á sus hijos, el maestro al amonestar á sus discípulos, el hermano, el amigo, el esposo al reconvenir y aconsejar pudiesen empezar sus discursos con esta frase, ¿cuánto más autorizadas serían sus palabras? Desgraciada, empero, la persona que colocada en lugar en que deba dirigir á otros, en que tenga que mostrarles la senda del deber, no se la pueda mostrar más que con la palabra y señalársela con el dedo. Desgraciado el que al describir las bellezas de la virtud sienta subir á sus mejillas el carmín de la vergüenza, y debilitarse su voz por la confusión y el remordimiento de no haberla abrazado.

La inocencia es el tesoro más precioso, pero es

comparable á una flor delicada; es el patrimonio de los ángeles y de los niños, pero por lo mismo que ha venido del cielo, por lo mismo que nuestros primeros padres la perdieron en el paraíso, no os negaré que el aire del mundo le es nocivo, para que redobléis vuestro cuidado en conservarla bien; así como si tuvierais una verdadera flor, traída de otro clima más templado, la colocaríais en un invernadero para librarla de las inclemencias del nuestro y conservar su frescura y su belleza.

La inocencia os hace hijos predilectos de Dios y de su Santa Madre, hermanos de los ángeles y os da derecho al cielo; Jesucristo ha dicho: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.»

Además de esto, el que está inocente es fuerte porque tiene la confianza en Dios, la mirada fija en el cielo, y por compañero y custodio el testimonio de su conciencia: si aconseja, puede repetir con el Salvador: ¿quién me convencerá de pecado? Si se duda de sus palabras podrá decir: «os digo la verdad, ¿por qué no me habéis de creer?..... Y los que le conozcan bien, los que tengan la certeza de la integridad de la persona en cuestión y de lo puro é intachable de sus costumbres, los que jamás le han probado una mentira, le creerán sin la menor dificultad, y sin que se esfuerce en dar á sus argumentos la cooperación de gestos y ademanes, antes bien la serenidad de su semblante y la imperturbabilidad de su voz prueban su inocencia.

Dadme por el contrario una persona que tenga la desgracia de haber perdido el precioso tesoro de que tratamos: los remordimientos le acosan, y cuando en

su presencia se habla de las faltas que otro cometiera, se cree aludido, tiembla y palidece, dando á conocer con su emoción lo que sin ella no se hubiera sospechado. Si tiene que reprender ó aconsejar, sus palabras carecen de autoridad y de prestigio, pues la lógica de sus acciones desvirtúa la de sus discursos. Si asegura alguna cosa, no es creído aunque diga verdad, pues conocida su poca delicadeza, se teme, con razón, que mienta como en otras ocasiones, y entonces es cuando recorre á protestas, juramentos y amenazas como los judíos con el Redentor. No lo dudéis, de dos que disputan, el más sereno y tranquilo es aquel de cuya parte está la razón.

Procurad pues, hijos míos, conservar la inocencia, joya preciosa que una vez perdida es imposible recobrar. Con ella seréis fuertes, con ella seréis ricos, y sin ella no tendríais tranquilidad de espíritu, no disfrutaríais un momento de reposo durante el día, ni un sueño reparador por la noche, y lo que es peor (porque al fin esta vida es transitoria), os expondríais á ser arrojados de la presencia de Dios, ante cuyos ojos no es digno de parecer nada impuro ni manchado.



DOMINGO DE RAMOS.

Mañana, mis amados discípulos, durante el sacrificio de la misa, terminada la epístola, gradual y tracto, tiene lugar la lectura de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo; todos los que sabéis leer podéis meditar en ella. Muy comunes se han hecho los devocionarios que contienen la Semana Santa, y esto es un bien, pues cualquiera puede asistir á los Divinos Oficios en estos días esencialmente consagrados á Dios, llevando uno de estos preciosos libros en que están literalmente traducidos los salmos y oraciones de la Iglesia, y la pasión, tal como se lee en los citados días.

Mas, ¡cuántas cosas se agolpan á mi mente para explicaros hoy! ¡cuánto necesito esta tarde más que otra alguna que el Señor me inspire lo que deciros debo, y que vosotros me prestéis una atención no interrumpida!

Mañana celebra la Iglesia la entrada del Salvador en Jerusalén. El corazón verdaderamente cristiano late de júbilo al recuerdo de tal día. El Señor entra humilde y manso montado sobre un asno, pero ningún conquistador al volver victorioso cargado con los despojos de sus enemigos recibe una ovación más completa; cánticos de alegría resuenan por doquiera, ramos de olivo llevan en las manos los que salen á su encuentro, y el suelo que pisa está alfombrado de telas de vistosos colores. ¡Hosanna al hijo de Da-

vid! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! Estas son las aclamaciones que se escuchan, y esta ovación es espontánea, salida de todos los corazones, porque los instintos de la multitud son siempre justos y buenos, cuando la multitud no está sobornada, y eran las gentes sencillas del pueblo y los niños inocentes los que aclamaban al Salvador de Israel, á quien había precedido la fama de sus milagros y de su santidad.

Mas, ¿no veis que al mismo tiempo que la Iglesia en el día de mañana repite el hosanna de los hebreos, se viste de luto, que el templo tiene un aspecto severo, que sus altares están cubiertos con velos morados? ¡Ay! preparaos para recordar los tormentos y la muerte de nuestro amable Redentor, el cual, al revestirse de la humana forma, se expuso á las vicisitudes de la vida.

Á un día de gozo suelen seguirse otros de amargura, nada hay menos estable que la dicha, nada más susceptible de mudanza que el corazón humano, nada más voluble que el aura popular.

Tres días después de su entrada en Jerusalén, Jesús se prepara para celebrar la Cena con sus discípulos, les lava los pies y se los enjuga con una toalla; sentándose con ellos á la mesa, bendice el pan, lo distribuye á sus discípulos convirtiéndole, transubstanciándole en su carne y el vino en su sangre, de cuyo inefable misterio os hablaré en otra ocasión, y con voz dulce y tranquila, solemne y resignada, les dice: «Ya no beberé más de este fruto de vid hasta que le beberé nuevo en la patria celestial.» Pero entre sus discípulos había un traidor, que tenía ya

concertado el precio de la sangre del divino Maestro, el cual se separa de su lado para volver acompañado de tropas que le conduzcan ante los jueces; aquella noche misma mientras está orando le prenden y conducen á casa de Anás, y sucesivamente á las de Caifás, Pilatos y Herodes, quien lo devuelve á Pilatos nuevamente. Se reconoce su inocencia, Pilatos cree que es cuando menos un justo, y teme atraer sobre sí la cólera del cielo, condenando á un inocente. ¿Sabéis quién vocifera pidiendo que su sangre caiga sobre sus cabezas y sobre las de sus hijos? El pueblo, el seducido, el engañado pueblo, aquella misma multitud que tres días antes le aclamaba con frenético entusiasmo, sino que entonces cedía á sus generosos instintos, y después era el ciego instrumento de los escribas y fariseos, hipócritas y envidiosos, ocultos enemigos de Jesús. Pilatos, juez débil hasta la iniquidad, cede al fin á las amenazas del pueblo y firma la sentencia de muerte; el Salvador carga con el pesado madero, camina despacio, injuriado y escarnecido, debilitado ya por la sangre que vertiera, lastimado por los azotes y por las espinas que coronan su sagrada frente, y casi exánime llega á la cumbre del Calvario, donde es extendido en la cruz, clavado con acerados clavos y levantado á la vista del pueblo. Allí espira entre los más crueles tormentos, rogando á su Padre Eterno por sus mismos verdugos, y encargando á su Madre María Santísima nos adoptase por hijos en la persona de san Juan.

Repito que en la pasión, escrita por los evangelistas, encontraréis estos misterios más detalladamente referidos, desde la triunfante entrada en Jerusalén

hasta que cinco días después queda el cuerpo del Señor depositado en un sepulcro. Tal vez tendréis el gusto de oir explicar á un elocuente orador estos maravillosos sucesos, mientras á mí, ni mis escasas luces, ni el corto tiempo de que puedo disponer aquí en la clase me permiten extenderme más. Únicamente me resta encargaros que asistáis á las funciones de iglesia con un espíritu verdaderamente cristiano y un exterior edificante.

En cuanto al recuerdo de la pasión y muerte de Jesús, debe estar perennemente grabado en vuestro corazón. Vosotros sois sensibles; pues bien, yo no quiero convenceros con razones, quiero apelar á vuestra sensibilidad, y ya que un sacrificio, una acción generosa os interesa, ¿cuánto más debe interesaros, cuando sois la causa del sacrificio, cuando han de alcanzaros los efectos de la generosidad? Yo no os diré que vosotros, atendido el candor de vuestra edad, le habéis crucificado como le crucifica el inicuo con el pecado mortal; pero sí, que por vosotros se dejó crucificar; y para que todos comprendáis en lo posible este misterio, voy á proponeros un símil que por su sencillez esté al alcance de vuestra inteligencia y hasta de la comprensión de los más pequeños niños.

Supongamos que uno de vosotros tuviese muchos hermanos y que todos menos uno hubiesen cometido una falta muy grave, é irritado á su buen padre, el cual en consecuencia se negase á reconoceros por hijos, á admitiros en su casa y á legaros su herencia. Ninguno de los culpables se atreve á presentarse al padre y á arrostrar su enojo, todos temen compare-

cer ante su faz, y cada uno cree que si pidiese clemencia para sus hermanos sería desatendido cuando él mismo debía la satisfacción de una ofensa; cuando he aquí que el justo, el inocente hermano, el hijo querido que goza de la gracia y el cariño de su padre, le dice: «Yo conozco, padre mío, el delito de mis hermanos; no se me oculta la gravedad de su falta, y concedo que se os debe una satisfacción cumplida; pero mi amante corazón se parte de pena al ver su infeliz estado; si es necesario que alguno sufra sea yo, si es necesario entregar á alguien á la justicia sea yo también, pues arrostraré gustoso los tormentos y la muerte con tal que mis queridos hermanos sean felices: ya sé que ellos no merecen vuestro perdón, pero concedédselo por mí, puesto que nada podéis negarme.» Siguiendo en mi suposición, concluyamos que el padre accede á los ruegos del generoso hijo, que os abre los paternos brazos, os sienta á su mesa y os hace herederos de su casa, mientras el amoroso hermano se presenta á la justicia y da su sangre y su vida para la reparación de vuestras faltas.

¿No es verdad que á esta sola idea os halláis conmovidos? ¿no es verdad que no pasaría día alguno sin que regaseis con lágrimas el sepulcro de la generosa víctima, y no pronunciaríais su nombre sino con el más profundo reconocimiento?

Vuestro padre es el Señor de cielos y tierra, el Padre Eterno; los hermanos culpables somos los pecadores todos, y la víctima inocente Jesucristo, que se hizo de Adán para ser hermano nuestro, reconciliarnos con su Padre celestial y morir por nosotros.

DOMINGO DE PASCUA.

Continuación del Santo Evangelio según San Marcos.

(CAPITULO 16.)

En aquel tiempo: María Magdalena, y María madre de Santiago y Salomé compraron aromas para ir á embalsamar á Jesús. Y saliendo muy de mañana el primer día de la semana, llegaron al sepulcro, salido ya el sol. Decían entre sí: ¿Quién nos apartará la piedra de la puerta del sepulcro? Y mirando vieron quitada ya la piedra que era muy grande. Y entrando en el sepulcro vieron un joven sentado á la diestra, vestido de una ropa blanca, y se asustaron. Mas él les dijo: No temáis, vosotras buscáis á Jesús Nazareno crucificado; resucitó, no está aquí, veis aquí el lugar donde le pusieron. Pero id á decir á sus discípulos y á Pedro, que va delante de vosotros á Galilea: allí le veréis como os lo tiene dicho.

Se acabaron los días de tristeza y de dolor, queridos niños; vuelve á oirse el alegre son de las campanas y la música religiosa en los templos del catolicismo, las ciudades y los pueblos abandonan el as-

pecto severo de los pasados días de luto, y recobran la animación y la vida transitando de nuevo los carruajes y abriéndose los establecimientos públicos; todo ha cambiado de faz: ayer era día de consternación y hoy *día de gloria.....* Mañana celebraremos la Pascua, y con este motivo voy á explicaros lo que era la Pascua de los judíos y lo que es hoy la de los cristianos.

Como habréis leído en la Historia Sagrada, el pueblo hebreo era el pueblo escogido de Dios desde que hizo alianza con Abrahán, de quien aquél descendía, por lo que también se llamaron israelitas, de Israel, sobrenombre de Jacob, nieto del citado Abrahán. También habéis leído que José, hijo de Jacob, llamó á su padre y hermanos á Egipto, donde se establecieron, y su descendencia, que había llegado á ser muy numerosa, inspiró recelos al Rey de Egipto, que los oprimió y esclavizó cruelmente, hasta que Dios tuvo compasión de su pueblo y resolvió sacarle de tan triste estado.

Ya se había presentando Moisés á Faraón para intimarle la orden del Señor de que los dejase salir de su reino, orden que el Rey se negó á cumplir, cuando una noche, fatal para los de Egipto, Moisés recibió importantísimas revelaciones de Dios y un precepto nuevo. Aquella noche cada familia israelita debía sacrificar un cordero macho, de un año, blanco, sin la menor mancha, y comerle todo sin arrojar cosa alguna, quemándo lo que no fuese para comido, y mandóles también que aquellos que no pudieran consumirlo todo, llamasen al vecino más cercano. También había prescripciones sobre el modo de co-

mer la cena, pues debía celebrarse este convite en pie, en traje de camino y puestas las sandalias, debiendo comerse el cordero asado y acompañarle con pan cenceño y con lechugas amargas; todas estas órdenes se cumplieron fielmente, como también la de señalar con la sangre de la víctima las puertas de las casas y los bancos de piedra colocados á uno y otro lado del umbral. No sin motivo se dió este último precepto, pues aquella noche pasó el ángel exterminador y dió muerte á todos los primogénitos de las familias, sin exceptuar la del Rey, absteniéndose de entrar en las casas señaladas con la sangre del cordero, pertenecientes al pueblo de Dios.

Aquella comida se llamó Pascua, que quiere decir tránsito ó pasaje; porque á la madrugada debía salir el pueblo capitaneado por Moisés, y emprender su viaje á la tierra de promisión. Así se verificó. Ya sabéis cuán milagrosamente los auxilió el Señor aquel mismo día abriéndoles un camino enjuto por medio del mar Rojo, camino que, volviendo á cerrarse al tiempo que el ejército egipcio había penetrado en él, sumergióle en los abismos del mar.

No es mi ánimo seguir al pueblo escogido en su viaje; ya sabéis lo que significaba su Pascua, fiesta que celebraban todos los años en memoria de su rescate, comiendo el cordero con las mismas circunstancias y requisitos de aquella noche feliz.

En los mismos días en que se celebraba la Pascua murió Jesús, cordero inmaculado, y conforme aquéllos eran la señal del rescate de los israelitas, la muerte del Salvador fué la señal del rescate del linaje humano, y las familias marcadas con el agua del

bautismo, como las que tuvieron la dicha de señalar su puerta con la sangre del cordero, se verán libres del exterminio y de la muerte.

El primer día de la semana, que era el domingo, tuvo lugar el desenlace del sangriento drama que se había representado tres días antes en el Gólgota. Todavía duraba su impresión en la ciudad de Jerusalén, impresión que había producido dudas en algunos de sus habitantes, atroces remordimientos en otros, arrepentimiento en algunos, consternación en todos. Tres piadosas mujeres, fieles compañeras de la Madre del Salvador, que con ella habían derramado lágrimas al pie de la cruz, acompañándola después en su soledad y consolándola en su amargura, se proveyeron de ungüentos olorosos para embalsamar de nuevo el cadáver del Maestro, salieron de la ciudad antes de amanecer y se dirigieron al huerto en que yacía sepultado: pero á su caritativo designio se oponía un obstáculo material, la losa del sepulcro era muy pesada, y no contaban que las fuerzas aunadas de las tres fuesen suficientes para levantarla. Un terremoto formidable interrumpe su diálogo, en el que expresaban su perplejidad, y las estremece por un momento; mas reflexionan que aquellos son días de prodigios, y por otra parte son justas, tienen intención de hacer una buena obra, y esto las tranquiliza.

Al llegar á la vista del sepulcro, salido ya el sol, la sorpresa embarga sus sentidos, la pesada losa que tanto las preocupa está levantada, un joven vestido de blanco se halla sentado á la diestra del sepulcro, y las convida á entrar, diciendo que sabe sus inten-

ciones, mas que el que buscan no está allí, que Jesús Nazareno resucitó como lo había dicho; que él custodia la dichosa peña que había contenido depósito tan sagrado, y les ordena ir á notificar á sus discípulos, y en particular á Pedro, que el Señór, vivo y triunfante, irá primero que ellos á Galilea.

Volvamos á nuestro símil, queridos niños: si un día al ir á rezar sobre la tumba de vuestro hermano, generosa é inocente víctima sacrificada en aras de su amor para redimir las culpas vuestras, y á deshojar flores sobre su sepulcro, Dios, á quien nada le es imposible, hiciese aparecer allí un ángel que os asegurase que había triunfado de la muerte, y habiendo resucitado, vivía feliz, ¿no es cierto que os llenaría de gozo tan grande nueva? ¿no es verdad que sentiríais vuestro corazón como aligerado de un gran peso, sin que por esto fuera menor vuestra gratitud, pues que el sacrificio ya estaba hecho?.....

Jesucristo humillado, atormentado y muerto por nuestro amor y para satisfacer á la divina justicia por las culpas de toda la generación de Adán, sale de su repulcro radiante de esplendor y gloria, como sale la brillante mariposa de su grosera cárcel á encantar nuestra vista con sus bellos colores. «Jesús (canta la Iglesia), habiendo muerto reina vivo;» su resurrección fué para no volver á morir. Cuarenta días más vivió sobre la tierra, después fué á ocupar su asiento en su trono de gloria á la diestra del Padre; desde el cielo nos mira, desde el cielo vela por nosotros, desde allí bajará á juzgarnos, allí espera á los niños inocentes, y á todos los seres virtuosos.

La resurrección del Señor es nuestro rescate, nues-

tra felicidad y nuestra esperanza. La resurrección del Señor es la Pascua de los cristianos.

DOMINGO DE CUASIMODO.

Continuación del Santo Evangelio según San Juan.

(CAPÍTULO 20.)

En aquel tiempo: Entrada ya la tarde de aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas de la casa, donde se hallaban reunidos los discípulos por miedo de los judíos, vino Jesús, y apareciéndose en medio de ellos, les dijo: La paz sea con vosotros. Dicho esto mostróles las manos y el costado. Llenáronse de gozo los discípulos con la vista del Señor, el cual les repitió: La paz sea con vosotros. Como mi Padre me envió, así os envío yo á vosotros. Dichas estas palabras, dirigió el aliento hacia ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: quedan perdonados los pecados á aquellos á quienes los perdonareis, y quedan retenidos á los que se los retuviereis. Tomás, empero, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle después los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Mas él les respondió: Si yo no veo en sus manos la hendedura de los clavos, y no meto mis dedos en el agujero

que en ellas hicieron, y mi mano en la llaga de su costado, no lo creeré. Ocho días después estaban otra vez los discípulos en el mismo lugar, y Tomás con ellos. Vino Jesús, estando también cerradas las puertas, y púsoseles en medio, y dijo: La paz sea con vosotros. Después dice á Tomás: Mete aquí tu dedo; registra mis manos; trae la tuya, métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío! Díjole Jesús: Tú has creído, Tomás, porque has visto: bienaventurados aquellos que sin haber visto, han creído. Otros muchos milagros hizo también Jesús en presencia de sus discípulos que no están escritos en este libro. Pero éstos se han escrito con el fin de que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida eterna en virtud de su nombre.

El Salvador ha resucitado, cantaba la Iglesia el domingo anterior. Pues bien, en la tarde de aquel mismo día en que ha tenido lugar tan fausto acontecimiento, los discípulos están encerrados en la parte más elevada de la casa, por temor de ser sorprendidos por los enemigos de Jesús, cuya persecución prevén que va á alcanzarlos. Algo les han dicho María Magdalena y sus compañeras de la resurrección del Señor, pero cuando el corazón humano se halla bajo una impresión de dolor, con dificultad se

presta á dar cabida á la esperanza; ellos dudan de las palabras de las mujeres, y cuando más, creen que han sido juguete de una ilusión; así es que continúan tristes, repasando en su interior ó refiriendo en voz baja los pormenores de las dolorosas escenas de que alguno fuera espectador, cuando súbitamente aparece en medio de ellos la adorable figura de su Maestro: les habla, les muestra sus llagas, para que no duden que es el mismo que espiró en la cruz; les dirige la salutación acostumbrada, y finalmente les concede el poder de perdonar ó retener los pecados.

Un apóstol faltaba cuando tuvieron esta venturosa aparición; regresa Tomás, que era el ausente, y participanle tan feliz nueva; pero duda y se resiste á dar crédito á sus condiscípulos hasta haber visto y tocado.

Ocho días después se aparece de nuevo el Salvador del mismo modo, échale en cara al apóstol su incredulidad y añade con dulzura: «En adelante no seas incrédulo sino fiel.» «Tú has creído porque has visto, dice Jesús, bienaventurados los que sin ver creyeren.»

¡Bienaventurados los que no son incrédulos! ¡Bienaventurados los que tienen fe!

En otra ocasión os hablé de la fe, virtud teologal, virtud divina como la caridad y la esperanza, faro luminoso que nos enseña el camino de la salvación. Es además uno de los frutos del Espíritu Santo, y el corazón que está enriquecido con él es fiel á Dios, creyendo cuanto nos ha revelado, y á los hombres no engañándolos.

Voy á explicaros estas dos cualidades: fiel á Dios,

creyendo sus revelaciones, es el niño que aprende el Catecismo y la Historia Sagrada, preciosos libros que contienen palabras de vida, y escucha atentamente la lectura de los sagrados Evangelios, creyendo tan firmemente cuanto en aquéllos y en este libro se contiene como si lo hubiese visto con sus propios ojos. Mas no presumáis que yo aplaudo la excesiva credulidad de los hombres y niños mal educados que dan asenso á todas las supersticiones del vulgo.

Generalmente todas las virtudes son un medio entre dos vicios opuestos entre sí y equidistantes de aquélla; los dos vicios, pues, que se oponen á la fe, son la incredulidad y superstición. En el día ha cundido aquélla por desgracia, y los que hacen alarde de ella se llaman *espíritus fuertes*, cuando deberían llamarse espíritus obcecados. No quisiera tener que ocuparme de esto; mas como podría ser que asistieseis á alguna reunión en que hubiese personas que, preciándose de despreocupadas, llaman crédulos é ignorantes á los que tienen fe en las verdades eternas, os diré, para que estéis prevenidos, que la ignorancia es la que niega la evidencia, y que he leído en un excelente libro, que la llamada despreocupación es la mayor de las preocupaciones. Empero si cayeseis en el otro extremo y dieseis crédito á cuanto oyereis que tuviese un tinte maravilloso, os volveríais crédulos hasta la superstición, y aumentaríais el número de los necios que ven visiones y cuentan anécdotas de brujas, fantasmas y aparecidos, unas que han oído, y otras que creen haber presenciado, porque se las representa como verdaderas su acalorada fantasía.

Hasta que vuestra inteligencia se haya ilustrado con una educación sabia y religiosa, os diré que cuando abriguéis alguna duda sobre si debéis dar ó no crédito á lo que hubiereis oído referir, la consultéis á vuestros padres y maestros, y cuando no alcanzasen los citados á resolverla la sometáis á vuestro director espiritual.

En cuanto á la cualidad de que os he hablado que consiste en ser fiel á los hombres, no engañándolos, se llama fidelidad ó buena fe.

Oiréis decir con frecuencia que la palabra de un hombre formal es la mejor garantía para un asunto, y en cuanto á las de un jovencito no se les atribuye la misma importancia, suponiéndoos en general un carácter más ligero é inconsecuente. Es necesario, sin embargo, que desde los más tiernos años os acostumbréis á ser comedidos en vuestras palabras y fieles en cumplir vuestras promesas. No ofrezcáis nada que no estéis seguros de poder cumplir sin faltar á vuestros deberes, y después ser fieles á vuestra palabra aun cuando para ello os tuvieseis que imponer algún sacrificio. No os arrastre el ejemplo de los malos, ni sigáis la perniciosa máxima que propalan algunos de vengar en la sociedad el daño que algún individuo os hubiese causado; antes bien, si hubieseis sido víctimas de algún engaño, seguid vosotros portándoos noblemente, y perdonad y compadeced á quien tan mal se ha conducido, reflexionando que donde hay hombres es preciso que haya malos, y como dice el sagrado texto, «mayor miseria del hombre es engañar á otro que ser engañado.»

DOMINGO 2.° DESPUÉS DE PASCUA.

Continuación del Santo Evangelio según San Juan.

(CAPÍTULO 10.)

En aquel tiempo: dijo Jesús á los fariseos: Yo soy el buen Pastor; el buen Pastor da espontáneamente la vida por sus ovejas; pero el mercenario, y aquel que no es el propio pastor, de quien no son propias las ovejas, en viendo venir al lobo, desampara las ovejas y huye: y así es que entonces el lobo las arrebata, y dispersa el rebaño: el mercenario, pues, huye porque es un asalariado, y no toma interés alguno por las ovejas. Yo soy el buen Pastor; conozco mis ovejas, y las que son mías me conocen á mí. Así como el Padre me conoce, así yo conozco al Padre, y doy mi vida por mis ovejas. Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco: yo debo recogerlas, oirán mi voz, y de todas se formará un solo rebaño, y un solo pastor.

El bondadoso, el amante Jesús, que vino al mundo á morir por nosotros, decía á sus discípulos: «Yo soy el buen Pastor.» Ya habéis oído las dulces y amorosas palabras que contiene el Evangelio que ante-

cede, en el que no hay parábolas difíciles de comprender. Jesucristo es un maestro y se compara á un pastor, pero tan bueno, tan amante de sus ovejas, tan celoso de su bien, que da gustoso su sangre y su vida en defensa de ellas.

Nuestro adorable Redentor es el modelo de los maestros; así, pues, el que se enorgullece con este título, que el Rey del cielo no se desdeñó de llevar, puede repetir á aquellos á quienes instruye: «Yo soy el buen pastor, que estoy dispuesto á dar la vida por mis ovejas; yo no consentiré que el lobo me las disperse ni me arrebate ninguna. Si una pobre ovejita se extravía, la buscaré con empeño antes que encuentre alguna hierba venenosa que pueda dañarla ó se derrumbe por algún precipicio, y luego que la hubiere hallado la conduciré sobre mis hombros al aprisco; yo conozco á mis ovejas y mis ovejas me conocen á mí.»

Y es muy cierto, hijos míos; entre el que enseña y los que aprenden se establece una correspondencia de cariño y simpatía muy semejante á la de un padre y sus hijos. El maestro celoso de sus deberes y que vive bien penetrado de ellos, sabe que no debe perdonar sacrificio por librar á sus discípulos del lobo, que es el ángel de las tinieblas, que quiere devorarlos, esto es, hacerlos presa suya, induciéndolos al pecado; los aparta cuidadosamente de los pastos venenosos como son las malas compañías y la lectura de malos libros, y los conduce por el buen sendero, que es el de la virtud, procurando á su inteligencia y á su corazón el saludable alimento de la educación cristiana, única que puede conducir á la salvación.

No tan sólo conoce á sus discípulos, que son sus ovejas, sino que los ama tiernamente: ellos á su vez le conocen; su acento, su lenguaje y las máximas en que abunda les son familiares. Todos somos conocidos de nuestro pequeño rebaño; ¡dichoso el que puede añadir «yo soy amado del mío!» Dichoso el que al presentarse entre sus niños oye un murmullo de satisfacción, ve pintado el placer en aquellos semblantes inocentes, ve bullir en sus labios una dulce sonrisa, y es, en fin, acogido como en el seno de su familia.

El Divino Pastor añadía: «Yo tengo también otras ovejas que no son de este rebaño, yo debo recogerlas, oirán mi voz, y de todas se formará un solo rebaño y un solo pastor.»

Los judíos tenían la dicha de oir el Evangelio de la boca del mismo Jesucristo, ellos empero no eran las solas ovejas del Salvador; dice que tiene otras muchas que también son suyas, y vosotros pertenecéis á este número: un día nos llamará á todos desde las puertas del eterno aprisco, y entonces pedirá cuenta á cada uno de los padres y maestros de la parte de grey que le confiara: si vosotros sois dóciles á nuestras instrucciones, aquel que ha caminado y ha conducido á las suyas por el recto sendero, el que ha trabajado con fe y constancia sostenido por el amor y fortalecido por la esperanza, podrá presentarse tranquilo, pues ni una habrá perdido de las ovejas que se le entregaron.

De todos los cristianos repartidos por el mundo se formará un solo rebaño, no habrá más que un Pastor que será Dios, y el aprisco será el cielo. ¡Dicho-

sos vosotros y dichoso yo si allí podemos reunirnos! Ya no os dirigiré mis consejos, ni los necesitaréis tampoco; pero todavía nos reconoceremos mutuamente, todavía podremos amarnos, porque aquella es precisamente la morada del amor: aun podré dirigiros una paternal mirada, que vosotros pagaréis con una sonrisa de gratitud, tan dulce para mí como las armonías de los ángeles que llenarán aquel espacio.

DOMINGO 3.° DESPUÉS DE PASCUA.

Continuación del Santo Evangelio según San Juan.

(CAPÍTULO 16.)

En aquel tiempo: dijo Jesús á sus discípulos: Dentro de poco ya no me veréis; mas poco después me volveréis á ver, porque me voy al Padre. Al oir esto algunos de los discípulos, se decían unos á otros: ¿Qué nos querrá decir con esto: Dentro de poco no me veréis; mas poco después me volveréis á ver, porque me voy al Padre? ¿Qué espacio tan corto de tiempo es este de que nos habla? No entendemos lo que quiere decirnos. Conoció Jesús que deseaban preguntarle algo, y les dijo: Vosotros estáis tratando y preguntándoos unos á otros, por qué habré dicho: Dentro de poco ya no me veréis; mas poco después me volveréis á ver. En verdad, en verdad

os digo, que vosotros lloraréis y os lamentaréis, mientras el mundo se estará regocijando: os contristaréis, sí; pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer cuando está en los dolores del parto, se halla poseída de tristeza, porque le vino ya su hora, mas luego que dió á luz su infante, ya no se acuerda de su angustia, con el gozo que tiene de haber dado un niño al mundo. Así vosotros: al presente, es verdad, padecéis tristeza: pero yo volveré á visitaros, y vuestro corazón se bañará en gozo, y nadie acibarará vuestra alegría en adelante.

La ausencia de una persona querida es, hijos míos, motivo de tristeza, y con frecuencia la idea de una separación nos hace derramar amargas lágrimas; pero esta tristeza se templaría en gran parte si la persona próxima á partir, y de cuya veracidad no pudiésemos dudar, nos asegurase que aquella ausencia sería corta y que en breve nos reuniríamos para no separarnos jamás, si impulsada por su sinceridad nos dijese: No puedo ocultaros que lejos de mí os amenazan algunos peligros, que acaso necesitaréis de mucha constancia y paciencia para sufrir las calamidades con que el cielo quiera probaros, pero os repito que con mi regreso volverán la tranquilidad, la abundancia y la alegría.

¿No es verdad que esta sería una despedida muy consoladora, y que con la dulce esperanza de la rea-

lización de sus promesas se harían llevaderos á los huérfanos, por ejemplo, cualesquiera trabajos que sufrir debieran durante la ausencia de sus padres?

Pues estas son las promesas que Jesucristo hizo á los apóstoles, y en ellos á cada uno de nosotros. «Dentro de poco ya no me veréis, mas poco después me volveréis á ver, porque yo me voy al Padre,» decía el divino Maestro; mas sus discípulos no podían penetrar el sentido de aquellas palabras. Comprendían muy bien que el plazo de su separación debía ser muy breve, porque terminada ya la sagrada misión del Crucificado y cumplidas todas las profecías, nada le restaba que hacer entre ellos, y debía regresar al trono de gloria de que por su misericordia descendiera: mas el día de su reunión no les parecía tan próximo, pues algunos era jóvenes y podían tardar muchos años en morir. Ellos, que aun no habían recibido el Espíritu Santo, y con él la sabiduría, acostumbrados á ver las cosas como las vemos nosotros con la limitada razón humana, no podían comprender que el Redentor llamase *poco* á un cierto número de años, pero para el Verbo Eterno, que había visto desde su inmutable asiento pasar los siglos, sucederse las generaciones, levantarse y caer los imperios, era aquel un plazo más breve que para nosotros un segundo.

En efecto, hijos míos, *poco, muy poco* tardaron los discípulos de Jesús en ser llamados al lado de su Maestro á recibir el premio de su constancia, y *poco, muy poco* tardaremos nosotros en comparecer á su presencia á recibir el galardón de nuestras buenas obras, ó el castigo de nuestras faltas. No os asustéis,

queridos, no penséis que quiero espantaros con la idea de una muerte prematura. Nada hay tan imposible de prever como la hora de la muerte. «Velad, dice el Señor; porque no sabéis la hora en que vendrá el dueño de la casa, no sabéis si vendrá de día, ó al anochecer, ó cuando el gallo cante.»

Tal vez alguno, á quien Dios querrá librar de los peligros del mundo, le llamará á sí en la edad de la inocencia, tal vez algunos morirán en la juventud; pero quiero suponer que todos vosotros alcancéis (como os deseo) muchos años de vida y que lleguéis á la ancianidad. Á algunos de vosotros, especialmente á los más grandecitos, ya les oigo decir: «Parece ayer que entré en la escuela y ya hace tantos meses;» «parece ayer que fué Navidad y ya ha pasado la Pascua,» etc. ¡Cómo pasa el tiempo! soléis añadir reflexionando ya en su brevedad, á pesar de vuestros pocos años. Pues escuchad. Á mí me parece ayer que era pequeñito como vosotros y os podría referir todos mis juegos y mil episodios de mi infancia; los ancianos suelen referir con minuciosa exactitud cosas ocurridas hace muchos años, y cuando alguno les dice lo remoto de la época á que se refieren, les parece imposible que haya transcurrido tanto tiempo, y no quieren creerlo hasta que se les hace ver palpablemente..... ¿Qué prueba todo esto? La precipitación con que pasa nuestra vida. Y creedme, hijos, esta misma precipitación, esta prisa con que vemos que se nos escapa, es lo que hace que la amemos, pues en sí nada tiene de amable. Desterrados de nuestra patria, que es el cielo, viajamos hasta que se nos permita descansar. Pues si un viaje que em-

prendamos por recreo llega á cansarnos, ¿cuánto más este que hemos emprendido sin conocimiento ni voluntad y que no sabemos cuánto durará?

Sin embargo, nuestro amoroso Padre ha tenido cuidado de sembrar algunas flores en el camino para que no nos pareciese tan árido; la felicidad absoluta no puede gozarse más que en el cielo, y el que otra cosa crea, el que piense encontrarla acá abajo, se verá dolorosamente burlado; pero hay encantos en la práctica de las virtudes, en los goces puros que proporciona la instrucción, hay verdaderos placeres físicos, intelectuales y morales; mas todo esto, fuerza es decirlo, mezclado con sinsabores.

Por la misma razón, en medio de las mayores amarguras hay siempre algún pensamiento consolador; sin lo primero, la idea de la muerte sería horrible, sin lo segundo, el peso de la vida sería insoportable.

Voy á comunicaros otra observación, y concluyo: Aun en esas mismas penas, menos amargas de lo que creen los que no reflexionan maduramente, y en esos mismos placeres, en que siempre se encuentra una gota de hiel, hay tan poca estabilidad que los vemos sucederse rápidamente, y á veces en el término de un día pasa el hombre de la felicidad á la desgracia ó viceversa. Por eso un esclarecido poeta español concluye uno de sus más notables sonetos con estas palabras:

Oh variedad común, mudanza cierta,
¿Quién habrá que en sus males no te espere?
¿Quién habrá que en sus bienes no te tema?

Recordad pues, hijos mios, la brevedad de la vida, lo ilusorio de sus bienes y males, y la instabilidad de lo uno y lo otro, para no anhelar los primeros hasta vivir inquietos por no alcanzarlos, y haceros superiores á los segundos. Remontad vuestros deseos á otro mundo mejor, en el que, según la expresión de Jesucristo, *vuestro corazón se bañará en gozo y nadie acibarará vuestra alegría.*

DOMINGO 4.° DESPUÉS DE PASCUA.

Continuación del Santo Evangelio según san Juan.

(CAPÍTULO 16.)

En aquel tiempo: dijo Jesús á sus discípulos: Yo me voy á Aquel que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Á dónde vas? Vuescorazón se llena de tristeza, porque os digo estas cosas, mas yo os hablo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el espíritu consolador no vendrá á vosotros; pero si me voy, os le enviaré. Cuando él venga, convencerá al mundo en orden al pecado, en orden á la justicia y en orden al juicio. En orden al pecado: por cuanto no han creído en mí; respecto á la justicia de mi causa: porque yo me voy al Padre, y ya no me veréis; y tocante al juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido juzgado ya. Tengo todavía otras muchas

cosas que deciros, pero no podéis comprenderlas por ahora. Cuando venga el espíritu de verdad, él os enseñará todas las verdades necesarias para la salvación. Él no hablará de suyo, sino que dirá todas las cosas que habrá oído y os pronosticará las venideras. Él me glorificará: porque recibirá de lo mío, y os lo anunciará.

Sumamente sencillas, afectuosas y tiernas son las palabras con que el Salvador se dirige en esta ocasión á sus discípulos: «Yo me voy á Aquel que me envió y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Á dónde vas?» El padre cariñoso, el maestro modelo, quiere preparar á sus amados discípulos para la dolorosa separación, y espera en vano que una pregunta dictada por el interés ó la curiosidad le dé pie para entablar una conversación sobre este asunto. Seguramente que el respeto ataba la lengua de aquéllos, lo cual es probable que no hubiese sucedido si se hubiese tratado de niños ó niñas, en quienes la curiosidad ha llegado á ser proverbial.

Esto me sugiere la idea de hablaros de la necesidad que hay en la vida de saber reprimir la curiosidad, y de adquirir la costumbre de hablar ó callar cuando conviene. La curiosidad es el deseo de saber, el cual puede seros sumamente útil durante vuestra infancia, pues será causa de que adquiráis muchos conocimientos importantes; mas cuando preguntareis y se

os diese una respuesta evasiva ó hicieren como que no os han oído, debéiś comprender al momento que hay algún inconveniente para satisfacer vuestros deseos, y contentaros con vuestra ignorancia.

Este hábito de preguntar con dulzura y prudencia sin insistir en la pregunta, os reportará todavía más utilidad cuando lleguéis á la edad de la razón; entonces os sucederá tal vez qne el padre, el jefe de la familia ó cualquiera otra persona que tenga autoridad sobre vosotros se encuentre en la situación de Jesús, deseoso de comunicar una mala nueva ó de promover una conversación desagradable, y esperando que una pregunta hecha con prudencia y discreción le dé pie para ello.

En este caso echad mano de la costumbre contraída cuando niños, preguntad: si se os responde os habréis anticipado á los deseos de la persona en cuestión y le proporcionaréis un medio de aligerar tal vez su espíritu de un grave peso, estableciendo una dulce y recíproca confianza; pero si os hubieseis equivocado, si una respuesta lacónica y evasiva fuere lo único que obtuviereis, no debéis de ningún modo hacer alarde de vuestra perspicacia dando á entender que conocéis que se os oculta alguna cosa y que tenéis un empeño en descubrirla; hacedle más bien de prudencia respetando los secretos que no se os quieren confiar, pues de lo contrario no obtendríais el resultado apetecido, logrando á lo más que se recurra á un subterfugio ó á una mentira, ó acaso promover un altercado.

Hay aun otra clase de curiosidad más perniciosa, porque ésta á nada conduce y nada bueno puede

producir, por cuya razón quiero preveniros muy eficazmente en contra suya: ésta es aquel deseo pueril, que hasta vergüenza da imaginar lo común que es en ciertas gentes, de saber lo que hacen sus vecinos, amigos y conocidos, desplegando en la adquisición de estas noticias una actividad mucho mayor que la que emplean en sus más importantes negocios. ¡Guárdeos el cielo, hijos míos, de tener semejante defecto! El que escudriña las vidas ajenas, si lo hace con el objeto de saber él solo lo que nada le interesa, pierde un tiempo precioso, que podría emplear en cosas más útiles; y si lo hace con el objeto de contarlo á los demás, da en otro defecto todavia peor, que es el de ser chismoso, lo cual acarrea infinitos sinsabores sin reportar bien alguno.

La regla sobre el particular puede reducirse á esta sencilla fórmula: preguntad aquello que directamente os interese á vosotros ó á los vuestros, contentaos ó aparentad quedar contentos con la respuesta que se os dé, y nunca queráis entremeteros en negocios ajenos.

Jesús que dictaba esta sencilla pregunta—¿á dónde vas?—quedará encantado de vuestro candor y vuestra prudencia si empleáis frases semejantes á esta por su sencillez, y sabéis callar á tiempo, cosa más difícil de lo que parece á primera vista.



DOMINGO 5.° DESPUÉS DE PASCUA.

Continuación del Santo Evangelio según San Juan.

(CAPÍTULO 16.)

En aquel tiempo: dijo Jesús á sus discípulos: En verdad, en verdad os digo que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre os lo concederá. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre: pedidle y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo. Estas cosas os he dicho usando de parábolas. Va llegando el tiempo en que ya no os hablaré con parábolas, sino que abiertamente os anunciaré las cosas del Padre: entonces le pediréis en mi nombre, y no os digo que yo intercederé con mi Padre por vosotros, siendo cierto que el mismo Padre, Él propio, os ama, porque vosotros me habéis amado, y creído que yo he salido de Dios. Salí del Padre, y vine al mundo: ahora dejo el mundo, y otra vez me voy al Padre. Dícenle sus discípulos: Ahora sí que hablas claro, y no en proverbios: ahora conocemos que Tú lo sabes todo, y no has menester que nadie te haga preguntas: por donde creemos que has salido de Dios.

¡Qué esperanza tan consoladora derraman en el corazón las palabras del Salvador, prometiendo que cuanto pidiéremos á su Padre en su nombre nos será concedido! Anima á los más tímidos con estas palabras; mas no creáis que debemos abrigar la esperanza de que cuanto pidiéremos sin excepción lo alcanzaremos desde luego de su providencia suma.

Dos circunstancias han de tener nuestras oraciones para ser acogidas por el Eterno dispensador de todos los bienes: es la primera una confianza sin límites de que podemos esperarlo todo de Él; y la segunda, una resignación anticipada para el caso de no alcanzar el objeto de nuestras súplicas.

Lo que pidieres á Dios (dice un escritor sagrado) sea con templanza y sea cosa digna de que á Él se le pida y que Él la dé. Así pues, el objeto de nuestra petición no ha de ser nunca el satisfacer un capricho cualquiera, sino una cosa justa, y que á nuestro modo de ver, aunque limitado, nos reporte un bien positivo.

Al dirigir vuestros ruegos al Altísimo habéis de tener presente que habláis con un rey más poderoso que todos los monarcas de la tierra, y que así como uno de éstos se agraviaría si le hablaseis distraídamente y sin parar la atención en las palabras, aprendidas de memoria, que le dirigieseis, tampoco el Señor tendrá en cuenta vuestras oraciones, recitadas de un modo semejante.

Nada más hermoso que la oración dominical ó Padre nuestro, salida de los divinos labios de Jesús, y la salutación angélica ó Ave María, compuesta por un espíritu celestial, por una santa y por la Iglesia;

pero nada más común tampoco, por desgracia, que recitar estas oraciones formando un murmullo casi ininteligible, con soñolienta voz y espíritu preocupado. Un Padre nuestro solo, rezado con espíritu fervoroso y meditando en las peticiones que contiene, llenas de sublime caridad, será más grato al Señor que un rosario entero dicho de mala gana y formando ese murmullo que no hallará más eco en su trono de gloria que el susurro del viento entre las hojas de los árboles. Un acto de contrición, dicho de veras, puede borrar cualesquiera faltillas de las que cometéis frecuentemente, y el solo nombre de Jesús pronunciado con emoción os atraerá una mirada de sus divinos ojos, y arrancará una sonrisa al ángel que vela á vuestro lado.

He dicho también que no debemos abrigar la temeraria confianza de que todo cuanto pidamos nos será otorgado, antes bien resignarnos de antemano para el caso de no alcanzarlo, de cuya santa resignación nos da ejemplo el mismo Redentor cuando, orando en el huerto, dice: «Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo le beba, hágase tu voluntad.»

¡Pobres de nosotros si accediese el Señor á todo cuanto le pedimos! ¿No habéis visto alguna vez á vuestros hermanitos ó algún otro niño muy tierno, llorar porque no le dan algún instrumento cortante con el que podría lastimarse, y no os ha sucedido que vosotros mismos ó alguna otra persona mayor lo ha alejado con solicitud? Ahora bien, vosotros con respecto á vuestros padres y superiores, os halláis en el mismo caso, viéndonos precisados á negaros lo que

nos suplicáis, violentándonos muchas veces porque no os conviene lo que anheláis con tanto empeño; y en el mismo caso nos hallamos los humanos todos con respecto á Dios, en comparación de cuya ciencia nuestro limitado entendimiento es mucho menor que el de vuestros hermanitos que se mecen en la cuna, comparado con el vuestro.

En resumen, pues, pedid á Dios con humildad y confianza aquello que vosotros juzguéis bueno, esperad de su inmensa sabiduría y su omnipotencia sin límites que os lo concederá si os conviene, y acatad sus altos designios, persuadidos de que si os niega alguna cosa lo hace para concederos una compensación mayor, si no en este mundo, en la patria celestial, pues que nunca puede un padre amoroso y tierno gozarse en las penalidades de sus hijos; ni un padre que atesora riquezas infinitas, dejarlos carecer por mucho tiempo de los bienes que han merecido con su virtud y su paciencia.

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR.

Continuación del Santo Evangelio según San Marcos.

(CAPÍTULO 16.)

En aquel tiempo: Jesús apareció á los once apóstoles cuando estaban á la mesa, y les dió en rostro con su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído á los que le ha-

bían visto resucitado. Por último les dijo: Id por el mundo; predicad el Evangelio á todas las criaturas. El que creyere y se bautizare, se salvará; pero el que no creyere, será condenado. Á los que creyeren acompañarán estos milagros: en mi nombre lanzarán los demonios; hablarán nuevas lenguas; manosearán las serpientes, y si algún licor venenoso bebieren. no les hará daño; pondrán las manos sobre los enfermos y quedarán éstos curados. Así el Señor Jesús, después de haberles hablado varias veces, fué elevado al cielo por su propia virtud y está allí sentado á la diestra de Dios. Y sus discípulos fueron y predicaron en todas partes, cooperando el Señor y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban.

Todos recordaréis, amiguitos míos, los principales sucesos de la Historia sagrada. Sabéis que uno de los más notables del antiguo Testamento fué el diluvio universal, por cuyo medio el Dios justiciero acabó con toda la corrompida descendencia de Adán, salvándose tan sólo una familia justamente privilegiada.

Bramaba la tempestad, las aguas habían cubierto la tierra convirtiéndola en un vasto océano, y el arca de salvación flotaba tranquila sobre la líquida superficie, sin que sus honrados habitantes hubiesen participado de las escenas de muerte y desolación que

habían tenido lugar en todos los sitios en que se refugiara la atribulada humanidad. Aquel arca simboliza la Iglesia católica. Ahora bien: si los que se salvaron en el arca luego que salieron de ella, miraron como su primer deber ofrecer á Dios un sacrificio en acción de gracias, ¿no debemos nosotros levantar nuestra voz todos los días para bendecir al Señor y ofrecerle el sacrificio más aceptable á sus ojos que es el de un corazón recto? Sin ningún merecimiento de nuestra parte y sin que siquiera haya mediado nuestra elección, apenas se disipan las tinieblas que ofuscan el entendimiento en los primeros años, volvemos la vista á nuestro rededor y nos vemos en el arca salvadora, esto es, en la Iglesia católica, y se nos dan reglas para ajustar á ella nuestra conducta, modelos para imitar en el decurso de nuestra vida, y, en una palabra, todos los medios necesarios para llegar al fin para que Dios nos ha criado.

¿Habéis meditado alguna vez en esto, hijos míos? Apenas sabéis hablar, cuando os hacen decir que sois cristianos católicos, y con estas palabras dais á entender que ostentáis el más glorioso timbre, que vuestra pura frente está marcada con el sello de los escogidos, que en cuanto vinisteis al mundo se apresuraron vuestros padres á introduciros en la casa del Señor, á procuraros un lugar en el arca santa para que no sufrieseis con el resto de la desgraciada humanidad y fueseis juguete de las aguas del diluvio. Nada os resta que hacer sino ser dóciles á los consejos y advertencias que se os dan y aceptar en todos sus puntos la ley del Señor, cuyo yugo es suave, según expresión del mismo Jesucristo.

Las palabras del Evangelio que hemos leído son muy terminantes: el que creyere y fuere bautizado se salvará. De consiguiente si nos comparamos con los infinitos hombres que yacen en tinieblas, sin que los haya iluminado la luz del Evangelio, somos sumamente dichosos en haber nacido en medio del catolicismo.

Ninguna culpa se le puede imputar al infiel que no tiene noticia de las verdades eternas que á nosotros se nos han revelado, por cuya causa opinan los escritores sagrados que, si han vivido en la ley natural, no sufrirán pena de sentido en la otra vida, quedando en un estado semejante al de nuestros niños que mueren sin bautismo. Pero vosotros, yo y todo el pueblo cristiano podemos alcanzar, mediante nuestras buenas obras y los méritos de Jesucristo (que no alcanzan á aquellos infelices que no forman parte de su Iglesia) una gloria superior á cuanto nuestra limitada inteligencia puede alcanzar, y en cuya comparación lo que el mundo llama felicidad, riquezas y delicias, no son más que cieno y miseria.

Tal vez objetaréis que si bien Dios se ha mostrado sumamente compasivo y excesivamente generoso con nosotros, no lo ha sido para los infieles que también son sus hijos. Á esto os contestaré con unas sabias observaciones, que no son mías, pues las he leído en un elocuente escrito de un autor sagrado.

Primera: los malos cristianos, que habiendo sido escogidos para gozar de una felicidad tan grande se han mostrado ingratos á este favor é indignos de alcanzarlo, sufrirán en el otro mundo un castigo mucho mayor que el pobre salvaje que, no conocien-

do más que la ley natural, no ha vivido conforme á ella.

Segunda: el que no ha nacido en la Iglesia católica, y, como hijo de Adán, es heredero de sus miserias, sin que le alcance la rehabilitación de Jesucristo, no tiene de qué quejarse, por la misma razón que el hijo de un padre, rico en otro tiempo, y que hubiese malgastado su patrimonio, nace pobre, aun cuando él no haya tenido parte en la ruina ni las prodigalidades del autor de sus días, ni tiene derecho á proferir quejas contra aquel que, gratuita y generosamente, quisiera legar á un hermano suyo una rica herencia.

Por fin, hijos míos, bendecid á Dios con todo vuestro corazón porque habéis sido bautizados, porque formáis parte de la Iglesia santa, y corresponded á tan gran beneficio con humildad y gratitud.

DOMINGO INFRAOCTAVA DE LA ASCENSIÓN.

Continuación del Santo Evangelio según San Juan.

(CAPÍTULO 15.)

En aquel tiempo: dijo Jesús á sus discípulos: Cuando viniere el consolador, el espíritu de verdad que procede del Padre, y que yo os enviaré de parte de mi Padre, él dará testimonio de mí; y también vosotros daréis testimonio, puesto que desde el principio estáis en mi compañía. Estas

cosas os las he dicho para que no os escandalicéis ni os turbéis. Os arrojarán de las sinagogas; y aun va á venir tiempo en que el que os matare se persuada hacer un obsequio á Dios; y os tratarán de esta suerte porque no conocen al Padre ni á mí; pero yo os he advertido estas cosas con el fin de que cuando llegue la hora os acordéis de que os la había anunciado.

El jueves último tuvo lugar una de las solemnidades más grandes de la Iglesia católica. El Redentor de los hombres, una vez terminada su misión sobre la tierra, y cumplidas todas las predicaciones de los Profetas, subió á una elevada montaña en presencia de considerable número de discípulos, y con admiración de éstos, levantando los ojos y las manos al cielo, se elevó poco á poco hasta desaparecer tras una blanca nube, que les robó para siempre la vista de su divino Maestro. Mas, todavía en el Evangelio de mañana ocúpase la Iglesia de las palabras con que se despedía el Señor de sus oyentes, dirigidas á llenarlos de fortaleza é inspirarles constancia en todos los trabajos que sufrir debieren en adelante en defensa de su causa y para la propagación de su doctrina.

Lo que encuentro yo en este pasaje del Evangelio más digno de someterse á vuestra consideración, por parecerme que está más al alcance de vuestra inteligencia, es la confianza con que Jesús, que había

sido el modelo más acabado de todas las virtudes, dice á los que le escuchaban y que habían tenido la dicha de tratarle durante su vida mortal: «También vosotros daréis testimonio de mí, puesto que desde el principio estáis en mi compañía.»

Sea esta hermosa frase, queridos niños, el lema de vuestra vida, procurando arreglar vuestra conducta de modo que, en cualquier época de vuestra existencia, y suceda lo que sucediere, podáis decir á los que os conocen bien: Vosotros daréis testimonio de mí porque estáis en mi compañía.

«Más vale el buen crédito que las muchas riquezas,» dice el proverbio, y es cierto que no hay tesoro tan precioso que pueda compararse con la ventaja de gozar una reputación sin tacha. Las malas acciones rebajan al hombre y á la mujer, al paso que el que goza del buen concepto de sus semejantes, el que conserva íntegro su honor, vale más que otro que se haya manchado con faltas graves, aun cuando el último posea las ventajas que dan en el mundo el noble nacimiento, los bienes de fortuna, la belleza física y otras cualidades superficiales, que nada son á los ojos de Dios, á los de los hombres que tienen ideas de probidad y de justicia, ni pueden acallar el grito de la conciencia que se subleva contra el que una vez ha delinquido.

Guardaos, pues, con sumo cuidado de cometer faltas de aquellas que vuestra conciencia y vuestro juicio recto reprochen, pues aun cuando elijáis para ello el lugar más recóndito de vuestra casa, aun cuando las cometieseis en un desierto, Dios os está mirando, de manera que el mismo juez que ha de pronunciar

la sentencia, será el testigo que os acuse. Tenéis además un compañero fiel que la vista material no distingue á vuestro lado, pero al cual debéis todas las buenas sugestiones, y que cuando no puede disuadiros del mal se cubre los ojos con su manto y llora vuestra dureza; mas á pesar de lo mucho que os ama se verá precisado á confesar vuestra falta cuando se le pregunte, porque sus labios puros no pueden mentir. Ya habréis comprendido que hablo de vuestro ángel custodio.

Por ahora no podría haceros entender los remordimientos y la amargura que acompañan al que una vez ha delinquido, el cual cree ver en todas las miradas que se le dirigen un insultante desprecio, sin atreverse á levantar la vista ante las personas justas é inocentes, temiendo siempre que sean descubiertas sus malas costumbres y sonrojándose á la menor palabra, dicha á veces por acaso, y con la que se cree aludido.

Llega un día sin embargo, pero Dios os libre de que se verifique en vosotros este triste hecho, en que la conciencia se endurece y se vive tranquilo, sin virtud, sin honor, pero sin remordimiento. Esta calma terrible no es turbada sino por la muerte; pero ¡desgraciados de aquellos á quienes sorprenda su última hora en tan infeliz situación!

No os parezca que un niño inocente y cándido no puede llegar con el tiempo á este estado, pues os probaré con un ejemplo como esto es factible, si no se está en guardia contra las primeras faltas; cuando estrenáis un traje, particularmente si tiene un color delicado, evitáis cuidadosamente echar en él

ninguna mancha, no jugáis por miedo de ajarle, no coméis fruta ni cosa alguna que pueda mancharle, hasta habérosle mudado y puesto el de casa. La primera arruga, rasgón ó manchita que descubrís en él os aflige en extremo, pero si vuestra madre no es muy severa en esta parte y no os reprende por ello, le dejáis ensuciar y deslucirse insensiblemente, y después, sin repararlo siquiera, os sentáis en el suelo lleno de polvo, os mojáis de agua más ó menos limpia, sin cuidar más del precioso vestido que si fuese el harapo más despreciable.

Este bello traje representa vuestra conciencia: si notáis en ella una pequeña mancha, esto es, una falta ligera, pedid perdón á Dios, purificaos por medio de la penitencia, que es como lavar las manchas del vestido, y proceded siempre con honradez, rectitud y pureza de intención, para que en todo tiempo, aun cuando fueseis víctimas de una calumnia (de lo cual nadie está libre), podáis decir á los que conocen vuestras costumbres y vuestro modo de vivir con la tranquilidad con que se expresaba el divino Maestro: vosotros podéis dar testimonio de mí.

DOMINGO DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según san Juan.

(CAPÍTULO 14.)

En aquel tiempo: dijo Jesús á sus discípulos: Cualquiera que me ama observará mi doctrina;

y mi Padre le amará y vendremos á él y haremos mansión dentro de él. Pero el que no me ama no practica mi doctrina. Y la doctrina que habéis oído, no es solamente mía, sino del Padre que me ha enviado. Estas cosas os he dicho conversando con vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo, que mi Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo, y os recordará cuantas cosas os tengo dichas. La paz os dejo: la paz mía os doy: no os la doy yo como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde. Oido habéis que os he dicho: Me voy, y vuelvo á vosotros. Si me amaseis os alegraríais sin duda de que yo voy al Padre; porque el Padre es mayor que yo. Yo os lo digo ahora antes que suceda, á fin de que cuando os sucediese os confirméis en la fe. Y no hablaré mucho con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo, aunque no hay en mí cosa que le pertenezca. Mas á fin de que conozca el mundo que yo amo al Padre, y que cumplo con lo que me ha mandado.

Hoy hace cincuenta días que os expliqué la salida del pueblo de Dios de la tierra de Egipto: os dije también que aquella era la festividad más célebre para los israelitas, y que en memoria de su rescate y de los prodigios que le acompañaron celebraban todos los años la fiesta de la Pascua.

Cincuenta días después de la salida, el Señor les dió su ley de un modo solemne, precediendo á la entrega de las tablas en que estaba escrita esta ley santa, y que el Eterno dió á Moisés, truenos, relámpagos y un ruido como de clarines que parecía anunciar la próximidad de un ejército. La ley natural ejercía ya muy poco ascendiente en los corazones de la generalidad de los judíos, que la violaban sin reparo alguno; de consiguiente el día en que recibieron una ley, que no era nueva, pero prescrita de un modo más explícito, parecía que se les abriera un camino de rehabilitación y una senda de orden y equidad. Este día, pues, en que Dios se dignó manifestar su voluntad al caudillo del citado pueblo, fué de un recuerdo glorioso, y se celebró con una solemnidad casi tan grande como la de la Pascua, que se llamaba Pentecostés.

Ya recordaréis que el día de Pascua resucitó Jesús; cuarenta días permaneció entre los hombres, diez se habían cumplido desde su ascensión gloriosa; era pues el día cincuenta, esto es, el de la Pascua de Pentecostés cuando hallándose reunidos los apóstoles, descendió el Espíritu Santo sobre ellos en forma de lenguas de fuego, sintiéndose desde aquel momento iluminados con un conocimiento claro de la religión del Crucificado, comprendiendo mejor su doctrina que cuando la oyeron de su misma boca. Al mismo tiempo estos hombres pusilánimes, que en el día de la tribulación abandonaron á su divino Maestro, como manada de ovejas despavoridas ahuyentadas por la presencia del lobo, se sintieron robustecidos con un valor sobrehumano para ser los

campeones de la fe, y sellar con su sangre la veracidad de las doctrinas que iban á predicar en adelante. Dios quiso que la ley nueva se promulgase el día del aniversario de la publicación de la antigua, teniendo alguna semejanza el ruido formidable que precedió á la entrega de las tablas de la ley con el que anunció la venida del Espíritu de verdad.

Todo esto lo había dicho Jesucristo: «Bajará el Consolador, y mi Padre y yo vendremos á aquel que me ama, y haremos mansión en él.» Y entended, hijos míos, que no hablaba sólo con los apóstoles ni con los judíos, sino que todo aquel que le ama, vosotros mismos si sois fieles á sus mandamientos, podéis tener en vuestro corazón una morada digna del Espíritu Santo.

La paz mía os doy, añadió, no os la doy yo como la da el mundo..... Cuando tengáis más edad conoceréis lo que vale la paz del mundo, que no es otra cosa que una guerra más ó menos sorda, más ó menos disimulada.

«La vida del hombre, dice el Sabio, es un combate perpetuo; cuando se ve libre de enemigos por defuera, tiene por dentro las pasiones que le tiranizan.»

Y es verdad, hijos míos; cuanto más elevada es la posición del hombre ó de la mujer, más enemigos tiene que, por envidia ó por cualquiera otra causa, desean su caída, traman su ruina y envenenan su existencia. Cuanto más ricos más cuidados les ocasionan sus intereses, ya por el temor de verse defraudados, ya por la falta de cordura en manejarlos, ya en fin por su avaricia que los hace esclavos de aquello de que debían ser señores. Por último, mu-

chas pasiones cuya existencia no sospecháis siquiera, y cuyo nombre no sabéis, y pluguiese al cielo que lo ignoraseis siempre, turban la tranquilidad y promueven la guerra al corazón que busca la paz en el comercio del mundo.

La paz de Jesucristo, la paz consigo mismo y con su conciencia, lograrála tan sólo el que observe las prescripciones que os di el sábado anterior, no transigiendo con sus vicios y observando una conducta intachable.

DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo.

(CAPÍTULO 28.)

En aquel tiempo: dijo Jesús á sus discípulos: Á mi se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id pues, é instruid á todas las naciones en el camino de la salud, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles á observar todas las cosas que os tengo mandadas. Y estad ciertos que yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos.

El misterio más grande y más incomprensible para nuestra limitada inteligencia es el de la Trinidad san-

tísima; así es que en la epístola de san Pablo á los romanos que la Iglesia reza en el día de mañana, se leen las siguientes palabras: ¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡cuán incomprensibles son sus juicios! ¡cuán inapeables sus caminos!

Si Dios exigiese de nosotros que comprendiésemos el misterio de la Trinidad, y esta comprensión fuese necesaria para llegar á salvarnos, desde luego desmayaríamos, pues es tan imposible penetrar sus designios y comprender la grandeza de este y los otros misterios, como imposible les hubiera sido en otro tiempo á los descendientes de Noé llegar materialmente al cielo, escalándole por medio de la torre que su loco orgullo les aconsejaba construir. Estos ilusos trataban de inmortalizar por medio de aquella obra colosal, precisamente cuando estaba tan reciente el diluvio, catástrofe que demostró la impotencia de las criaturas ante la justa cólera del Criador. Sabéis el fin desgraciado y casi pudiéramos decir irrisorio que tuvo esta temeraria empresa, introduciéndose la confusión entre los que trabajaban y hablando cada cual un idioma desconocido de sus compañeros, con lo que vino á serles casi inútil el precioso don de la palabra, puesto que no podían comunicarse por medio de ella sus pensamientos.

Los filósofos modernos, que quieren desentrañar misterios profundísimos que Dios ha prohibido investigar á los hombres, se pierden en las tinieblas de su ignorancia y hacen de su inteligencia una nueva Babel.

Dios, pues, no exige de nosotros que investigue-

mos sus misterios, sino que los adoremos; no que le conozcamos tal cual es, sino que le amemos por los rasgos de bondad que se ha dignado revelarnos.

Cuando estamos en el campo nos gozamos en contemplar las bellezas de la naturaleza, vemos una parte del cielo y otra parte de la llanura cubierta de verde follaje, vemos el río que corre murmurando cerca de nosotros, la colina que se eleva á corta distancia, los árboles que nos cubren con su sombra; luego más lejos el cielo que parece que se inclina hasta confundirse con los montes lejanos..... y nada más. Donde concluye el cielo para nosotros y también la llanura, aquella línea imaginaria más allá de la cual nada alcanzamos se llama el horizonte. Pues bien: nuestra inteligencia tiene también su horizonte, y es en vano que procuremos aguzar nuestro entendimiento para querer saber lo que existe más allá. Dios nos lo ha prohibido.

Empero donde no llega nuestra vista material sabemos lo que existe en el planeta que habitamos, al paso que en los abismos del poder y la sabiduría divinos es imposible penetrar.

El misterio de mañana tal como nos lo enseña la Iglesia ya lo habéis aprendido en el catecismo: hay en Dios tres personas distintas, que la una no es la otra; estas tres personas son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; cada uno de los tres es Dios, sin que haya por eso tres Dioses. El Padre es autor de todo lo criado, las obras de poder se atribuyen á él. El Hijo es la sabiduría del Padre, como si dijésemos el conocimiento que tiene de sí propio, las obras de sabiduría se le atribuyen. El Espíritu Santo es el amor que

mutuamente se profesan el Padre y el Hijo, y así se le atribuyen las obras de amor.

Todo esto es claro como el sol, pero como el sol también hiere nuestra débil vista, si queremos mirarlo cara á cara.

Sin embargo, creyendo lo que hemos aprendido, aunque no lo comprendamos, creyendo con fe viva y sencilla lo que creyeron nuestros mayores nos salvaremos, pues Jesucristo dijo á sus discípulos, que enseñándonos las cosas que dejaba mandadas, nos mostrarían el camino de la salud.

Estáis pues, hijos míos, en este camino de salvación; sois como las flores escogidas, que hubiesen sido buscadas una por una con solícito cuidado, y colocadas en un invernadero. Habéis sido bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, puestos bajo la protección de las tres divinas personas, y podéis experimentar los efectos de su poder, su sabiduría y su amor. Recibís el rocío vivificante de la divina palabra; vuestros padres y yo, á quien se ha confiado vuestra educación, cuidamos de que no os falte nunca abundante riego de máximas saludables y cristianas; no temáis, pues, que el viento de la desgracia os arranque ó marchite, pues aunque estéis destinados á sufrir las tempestades del corazón ó las otras borrascas de la vida, cuando del tibio recinto de la escuela y del hogar paterno seáis trasplantados quizá á lugares más áridos, Dios estará siempre con vosotros, porque ha prometido vigilar en toda ocasión por todos y cada uno de nosotros hasta la consumación de los siglos. Si le llamáis, estará á vuestro lado; tal vez no alcanzaréis el remedio

de vuestros males, pero lograréis de seguro la fortaleza y la confianza que llevan consigo los sentimientos religiosos, y, por si no comprendéis lo que más arriba os he dicho en un lenguaje figurado, no tenéis más que meditar lo que os dije días atrás, esto es, que la Iglesia católica era semejante al arca de Noé, dentro de la cual todos nos salvaremos, si creemos en Dios, esperamos en Él y le adoramos.

SANTO CORPUS-CHRISTI.

Continuación del Santo Evangelio según San Juan

(CAPÍTULO 6.º)

En aquel tiempo: dijo Jesús á un concurso de judíos: Mi carne verdaderamente es comida; y mi sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi carne, y bebe mi sangre, en mi mora, y yo en él. Así como el Padre que me ha enviado, vive, y yo vivo para el Padre; así quien me come, también él vivirá para mí, y de mi propia vida. Este es el pan que ha bajado del cielo. No sucederá como á vuestros padres que comieron el maná, y no obstante murieron. Quien come este pan vivirá eternamente.

No ignoráis, queridos míos, que Jesucristo celebró la cena con sus discípulos la noche misma en que

había de verse privado de su libertad, y en que había de tener principio su amarguísima pasión. Su alma estaba triste, como se dignó decir el mismo adorable Redentor, pero en su corazón de hombre, prescindiendo de su divinidad, en su corazón, repito, en el cual cabía la tristeza y la amargura, por las penas y tormentos que le esperaban, no menos que por la ingratitud de los hombres. no había lugar para un sentimiento de odio, ni siquiera de desprecio. Miraba á la humanidad entera con aquella mirada triste y cariñosa que el padre desde su lecho de muerte fija en sus pobres hijos, que van á quedar pronto huérfanos en el mundo y faltos de su apoyo y protección; y así como aquel padre piensa más que en sí mismo y en sus propias dolencias en dictar el testamento, para dejar asegurada para el porvenir la suerte de unos objetos tan caros, así Jesús piensa más que en los sufrimientos físicos y morales, que tan pronto van á empezar para él, en dejarnos un legado con el cual asegura el porvenir de la generación presente y las venideras.

Un hombre opulento deja ricos á sus herederos: Jesús, á quien pertenece cuanto encierran los cielos y la tierra, nos deja en legado su propio cuerpo y sangre, que es lo más precioso que hay en el cielo y en el universo. Cenando, como os dije en otra ocasión, tomó el pan, bendíjole, y no tan sólo le convirtió ó transubstanció en su cuerpo sacratísimo, sino que transmitió poder á sus apóstoles y á los sacerdotes que son sus sucesores, para convertirle del mismo modo, y tomando la copa con vino mudóle en su sangre, comunicando el mismo poder á los sacerdotes.

He aquí, pues, por qué dice: Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. Alude el Señor en el presente Evangelio al maná que, como sabéis, comieron los israelitas en el desierto, pues siendo aquél el pueblo escogido, como lo somos en el día los cristianos, y caminando por áridas llanuras en las cuales no había caza, pesca ni árboles frutales, hubiesen perecido si la divina Providencia no hubiese velado por ellos, proporcionándoles un alimento abundante, nutritivo y del más agradable sabor, que descendía todos los días antes de salir el sol para que pudiesen satisfacer su apetito hasta la siguiente aurora. Y es de advertir que tenía prohibido el Señor recoger para dos días, y á los que llevaban á tanto su codicia, no les aprovechaba, pues se les corrompía antes de las veinte y cuatro horas: solamente la víspera del sábado permitía que se hiciese acopio para el día siguiente, y que se conservase en buen estado.

Sin embargo, todos los que participaron de esta milagrosa y exquisita comida murieron materialmente, y algunos ¡ay! fueron condenados á la muerte eterna; mas los que comen el *pan que bajó del cielo;* los que tienen la dicha de recibir á Jesucristo en su seno y de alimentarse con Él, si le reciben con fe y con las debidas disposiciones, no morirán eternamente.

Los que de vosotros habéis tenido ya la incomparable felicidad de comulgar alguna vez, ¿habéis meditado en la inmensa gloria, en la dicha inefable que os ha cabido?..... Cuando salisteis del templo recién bautizados erais semejantes á los ángeles, pues esta-

bais purificados de la mancha del pecado original, y dignos por vuestra pureza de entrar eu el cielo, si entonces Dios se hubiese dignado llamaros. Mas aquella gracia bautismal se va perdiendo con el contacto del mundo, como se empaña una joya con el uso, el aliento y el contacto de las manos.

Un padre solícito, una madre ó un preceptor que os ama os lleva á los pies de un sacerdote, donde, purificados otra vez, y recobrada la gracia primitiva, os encontráis en estado de recibir al Señor de cielos y tierra en vuestro pecho, del cual quiere hacer su morada y enriqueceros con sus dones.

Si con la vista material nos fuese permitido ver al Señor en el tabernáculo con aquella majestad que despliega en los cielos, si viésemos la multitud de ángeles que cantan himnos á su nombre y se inclinan en su presencia, y los que nos rodean á nosotros mismos cuando, por un efecto de su infinita caridad, viene á unirse con nosotros y á identificarnos con él, ciertamente nuestra gratitud sería tan grande, que por una sola comunión le bendeciríamos eternamente, y no cesaríamos de darle gracias todos los días de nuestra vida. Pero no lo ha querido, permite sólo que le contemplemos también en este misterio á través del velo de la fe, y os diré, insistiendo en la comparación del capítulo precedente, que así como no podemos mirar al sol sin quedar deslumbrados y nos es lícito contemplar sus reflejos, que hieren la luna, la cual nos transmite su suave claridad, así también no podemos ver á Dios en toda su grandeza, pero nos es lícito, y nos manda y se complace en ello, que le tributemos nuestro amor y nuestra adoración

en el Santísimo Sacramento del altar. La suave claridad que de allí se desprende y que conforta nuestras almas, es el consuelo, tranquilidad y dulce paz interior que experimenta quien recibe dignamente el cuerpo del divino Redentor.

DOMINGO INFRAOCTAVA DEL CORPUS.

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas.

(CAPÍTULO 14.)

En aquel tiempo: propuso Jesús á los fariseos esta parábola: Cierto hombre dispuso una gran cena, y convidó á mucha gente. Á la hora de cenar envió un criado á decir á los convidados que viniesen, pues ya todo estaba dispuesto. Y empezaron todos como de concierto á excusarse. El primero dijo: he comprado una granja, y necesito ir á verla; ruégote que me des por excusado. El segundo dijo: he comprado cinco yuntas de bueyes, y voy á probarlos; dame te ruego por excusado. Un otro dijo: acabo de casarme, y así no puedo ir allá. Habiendo vuelto el criado, refirió todo esto á su amo Irritado entonces el padre de familias dijo á su criado: Sal luego á las plazas y barrios de la ciudad y tráeme á cuantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares. Dijo después el criado: Señor, se

ha hecho todo como mandaste, y aun sobra lugar. Respendióle el amo: Sal á los caminos y cercados, é impele á los que halles á que vengan para que se llene mi casa. Pues ós protesto en verdad, que ninguno de los que antes fueron convidados ha de probar la cena.

Nos hallamos, hijos míos, en la octava del Corpus, época la más bella del año, tan rica en abundancia material como en bienes espirituales. Cuando la tierra prodiga al hombre los tesoros que en su seno ha depositado la mano del Señor, cuando todavía se ostentan las flores de la primavera y contemplamos ya las riquezas del verano, es cuando Dios, para complemento de nuestra dicha, quiere que celebremos el misterio que nos hace espiritualmente opulentos y venturosos.

Vosotros habéis visto al Dios de bondad sentado en su modesto trono de metal, labrado por las manos de los hombres, y le habéis adorado en medio de lo que nosotros en nuestra pequeñez podemos tributarle, esto es, flores, luces, incienso y armonía. Habéis visto también cual se ha dignado pasear nuestras calles colocado en ese mismo trono, precedido de inocentes niños que sembraban de rosas su camino, y de venerables sacerdotes que entonaban el himno de su gloria, y os habréis apresurado á salirle al paso y á postraros humildemente en su presencia; para que se sirviese dirigiros una mirada de miseri-

cordia y bendecir vuestra casa y vuestra familia, exponiéndole todas sus necesidades, bien así como al hacer su visita un médico sabio y bondadoso se le refieren todas las dolencias para que aplique el conveniente remedio.

En estos días de gracia y misericordia, la Iglesia nos refiere la parábola con la cual Jesús afea la desidia de aquellos que, engolfados en los negocios del mundo, ó por otros motivos más dignos de reprobación, no se aprovechan del convite sacrosanto que nos ofrece, y se acercan tarde y de mala gana á la mesa en que se sirve el pan de los ángeles. Se compara á sí mismo á un padre de familias que, queriendo celebrar un gran convite para obsequiar á sus amigos, y habiéndolos invitado anticipadamente, cuando llegó la hora se excusaron con diversos pretextos, por cuya causa, resentido de su ingratitud, llamó á personas extrañas, y particularmente á los pobres, protestando con energía, que ninguno de los primeramente convidados, aun cuando quisiesen asistir, participaría de su liberalidad.

Jesús nos llama, la mesa está dispuesta todo el año; ningún árbol, ni aun entre los mismos del paraíso, ha producido fruto tan exquisito como aquel con el cual se nos convida, y si alguno de nosotros, negligente, se excusa con sus ocupaciones ú otros pretextos y no se aprovecha de la generosidad de este cariñoso y fino amigo, no le faltarán pobres que sentar á su mesa, y cuando nos presentemos en el reino de los cielos á pedirle que nos haga partícipes de sus dones, fácil será que nos eche en cara nuestra ingratitud y se niegue á admitirnos.

Así pues la pereza, que tan perniciosa es aun para las cosas de menos importancia, que no halle cabida en vosotros cuando se trate de un asunto del cual pende quizá vuestra salvación. Metodizad vuestra vida, estableced épocas fijas para acercaros á la sagrada mesa, después de purificar vuestra alma por medio de la penitencia, y que este orden no se altere sino por motivos muy graves. Teniendo tranquila la conciencia, estableced también una regla rigurosa en todo lo que os toque hacer, empezando por la distribución material del tiempo, teniendo horas fijas para vuestras oraciones, para el trabajo, el aseo de vuestra persona, las obras de caridad y, finalmente, para aquellos recreos inocentes con que acostumbréis dilatar vuestro espíritu después de llenar vuestros deberes. Tened horas y días destinados para todo, sin que una vergonzosa desidia sea obstáculo á la regularidad establecida, y cuando hayáis adquirido el hábito del orden y de una actividad que tenga en ejercicio vuestras fuerzas, sin abusar de ellas, cumpliréis con los deberes religiosos á la par que con los domésticos y sociales con tranquilidad, alegría y satisfacción, y os gozaréis en ver el cuadro de vuestra dicha y del orden de vuestra casa, sirviéndoos esto de compensación al trabajo, como compensa al labrador de las fatigas y sudores con que labró los surcos el sentarse á contemplar lo verde y frondoso de su sembrado.

DOMINGO 3.° DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas.

(CAPÍTULO 15.)

En aquel tiempo: solían los publicanos y pecadores acercarse á Jesús para oirle. Y los fariseos y escribas murmuraban de esto diciendo: Mirad como se familiariza con los pecadores y come con ellos. Entonces les propuso esta parábola: ¿Quién hay de vosotros que teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve en la dehesa y no vaya en busca de la que perdió para encontrarla? En hallándola se la pone sobre los hombros muy gozoso; y llegando á casa convoca á sus amigos y vecinos, diciéndoles: regocijaos conmigo, porque he hallado la oveja mía que había perdido. Os digo, que á este modo habrá más fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia. ¿O qué mujer, teniendo diez dracmas, si pierde una, no enciende la luz, barre bien la casa, y lo registra todo hasta dar con ella? Y en hallándola convoca á sus amigas y vecinas diciendo: alegraos conmigo, ya he hallado la dracma que había perdido. Así os digo

yo, que harán fiesta los ángeles de Dios por un solo pecador que, convertido, haga penitencia.

El que camina por una senda muy resbaladiza, no es difícil que se le deslice un pie, y caiga. El que vive en una ciudad en la cual reina una epidemia, fácil es que, respirando una atmósfera viciada y tratando con los atacados, contraiga la enfermedad reinante. El que cae, empero, puede levantarse, y el que enferma puede curar.

Ya comprenderéis que las caídas de que hablo son las faltas que cometéis con frecuencia, y la enfermedad, el pecado; pero por la misma indulgencia con que son tratados los delincuentes siempre que los superiores notamos en ellos señales de arrepentimiento, podéis conocer que nuestro objeto no es que se desanimen ó acobarden, ó que la vergüenza de su culpa los impela á permanecer aislados, evitando la presencia, no sólo de sus jueces, sino de sus mismos compañeros.

Si reprendemos las faltas cometidas, si insistimos sobre su gravedad, no es porque no amemos al pobre extraviado, sino que, al contrario, por un defecto de nuestro cariño, queremos hacerle ver la profundidad del abismo en que ha caído, al paso que le alargamos la mano para levantarse, ó bien le advertimos lo peligroso de su enfermedad, presentándole, al mismo tiempo, la medicina, siquiera sea amarga algunas veces, para curarle. Mas desde luego que

el arrepentimiento se insinúa en el corazón de un niño y, reconociendo su falta, propone sinceramente enmendarse, y se reconcilia con Dios por medio de la penitencia, Dios le perdona, los ángeles *hacen fiesta*, como dice el Salvador, y sus padres y maestro le abrazan cariñosamente; porque ¿cómo dejarían de perdonar á la persona á quien Dios ha concedido ya su gracia? Entonces los que amamos de veras á aquel niño que vemos rehabilitado, y purificado por el arrepentimiento y la penitencia, decimos: Regocijaos conmigo porque he hallado ya la oveja mía que había perdido.

Otro de los pasajes del Evangelio nos refiere la historia de cierto hijo ingrato que abandonó la casa de sus padres, haciéndose entregar la parte de la herencia que le correspondía, y después de disiparla en placeres y vicios, se vió en la miseria, abandonado de sus falsos amigos, y reducido al estado más deplorable. Dios se sirvió por fin iluminarle con su gracia, y entonces, llorando sus extravíos, formó la resolución de regresar al hogar paterno á suplicar al autor de sus días que le admitiese, no ya en clase de hijo, sino como al más humilde de sus criados, con tal que le cobijase aquel techo hospitalario. ¿Sabéis, hijos míos, cómo recibió el padre al hijo pródigo é ingrato, arrepentido? No le permitió arrojarse á sus pies, sino que le abrió sus brazos, mandó disponer un convite y ordenó que todos los criados se vistiesen con sus mejores ropas, y que la casa se adornase para celebrar una verdadera fiesta. Pero otro hijo, que había permanecido fiel á sus deberes, se quejaba de la recepción que se hacía á su herma-

no. Á ti, hijo mío, le respondió el padre, siempre te he tenido á mi lado, pero á él, que tanto tiempo he llorado por perdido, con razón me regocijo de volverle á encontrar.

Os he referido, queridos míos, este suceso, para que el que haya sido ingrato á Dios, á sus padres, á su maestro, ó malo para sus compañeros, que no desmaye, y sepa que el arrepentimiento borra toda clase de faltas, que Jesús le espera con los brazos abiertos, como el padre del Evangelio al hijo pródigo, y que los *ángeles harán fiesta en el cielo si arrepentido hace penitencia.*

No creáis, sin embargo, que es mi ánimo disculpar las faltas y ocultar á los niños, que aun no han delinquido y que son dóciles, inocentes y buenos, el peligro que hay en seguir los malos ejemplos: así los que están en pie procuren evitar una caída, porque no saben si tendrían suficiente fuerza para levantarse; y los que han caído, miren al cielo, hagan un esfuerzo y, arrepentidos, arrójense á los pies del Padre de las misericordias.

DOMINGO 2.° DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas.

(CAPÍTULO 5.°)

En aquel tiempo: hallándose Jesús junto al lago de Genezaret, las gentes se agolpaban alrededor de Él ansiosas de oir la palabra de Dios.

En esto vió dos barcas á la orilla del lago, cuyos pescadores habían bajado y estaban lavando las redes. Subiendo pues en una de ellas, la cuál era de Simón, pidióle que le desviase un poco de tierra, y sentándose dentro, predicaba desde la barca al numeroso concurso. Acabada la plática dijo á Simón: Guía mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. Replicóle Simón: Maestro, toda la noche hemos estado fatigándonos y nada hemos cogido; no obstante, sobre vuestra palabra echaré la red. Y habiéndolo hecho, recogieron tanta cantidad de peces que la red se rompía. Por lo que hicieron señas á los compañeros de la otra barca que viniesen y los ayudasen. Vinieron luego y llenaron tanto de peces las dos barcas, que faltó poco para que se hundiesen. Lo que viendo Simón Pedro, se arrojó á los pies de Jesús diciendo: Apartaos de mí, Señor, que soy un hombre pecador. Y es que el asombro se había apoderado así de él como de todos los demás que con él estaban á la vista de la pesca que acababan de hacer: lo mismo sucedió á Santiago y á Juan, hijos del Zebedeo, compañeros de Simón. Entonces Jesús dijo á Simón: No temas; de hoy en adelante serán hombres los que has de pescar para darles la vida. Y ellos, sacando las barcas á tierra, dejadas todas las cosas, le siguieron.

Acabamos de ver el modo prodigioso con que Pedro y Andrés su hermano, Santiago y Juan hijos del Zebedeo empezaron su carrera apostólica. Dos virtudes podéis adquirir vosotros imitando su conducta, que son la constancia y la docilidad para con los avisos del cielo ó sea la vocación.

Los niños naturalmente son inconstantes como las mariposas, no sólo en el trabajo y en aquellas cosas para las cuales tienen que hacerse alguna violencia, sino hasta para sus mismos juegos; así es que no me negaréis á mí, que he estudiado vuestras inclinaciones, que os cansa la permanencia en la escuela, por más que en ella seáis tratados con dulzura y se trabaje sólo en vuestro bien, al paso que yo mismo he oído decir á niños que concurren á las escuelas que les cansan las vacaciones, si son muy largas, que no saben qué hacer durante ellas y desean que vuelvan á abrirse las clases. Os cansa escribir, por ejemplo, y deseáis que empiece la clase de dibujo ó geografía, y cuando en esto os ocupáis, os cansa también la mayor atención que requiere y quisierais variar continuamente. No está en vosotros el arrancar esta inclinación tan propia del corazón humano, en vuestra edad; pero podéis venceros, dominando vuestra impaciencia, y cuando emprendáis una obra, por trabajosa, por molesta que sea, por más dificultades que halléis, con tal que la hayáis premeditado bien y que el objeto que os propongáis sea bueno, llevadla adelante con constancia.

Desde la más pequeña obrita y más natural que empecéis en la escuela, hasta un proyecto grandioso que concibáis cuando seáis dueños de vuestra casa,

y aun en el mismo negocio de vuestra salvación, el más importante de todos, nada efectuaréis que os salga á medida de vuestro deseo, y siempre tendréis que luchar con los obstáculos que halléis en el orden moral ó material ó en uno y otro. En este caso, acordaos de los héroes del Evangelio de mañana, que siendo pobres, sin otro patrimonio que su barquilla y sus redes, sin más esperanza que la pesca que sacan á fuerza de trabajo, han pasado la noche entera fatigándose inútilmente, y sin embargo con una insinuación del Salvador, de cuya ciencia y poder no les es lícito dudar después que le han oído arengar al pueblo desde una de sus mismas barcas, vuelven animosos á arrojar las redes, confiados en su palabra, con tanta esperanza de buen éxito como si fuese la primera vez. Acordaos, digo, de este hecho, y cuando vuestro trabajo no produzca el fruto deseado, cuando una desgracia inopinada inutilice vuestros esfuerzos, tened confianza en Dios, que está á vuestro lado como en la barca de Simón, y trabajad sin desmayar hasta haber logrado vuestro objeto, si éste es justo y honesto. En cuanto á la vocación habéis visto cuán dóciles fueron á la suya los citados apóstoles, y que cuando el Señor les manifestó su voluntad, *dejadas todas las cosas, le siguieron.*

Es regular que no tengáis vosotros la dicha de que Jesús se digne hablaros claramente, pero sin duda experimentaréis, cuando seáis mayores, aquellos interiores llamamientos de su gracia con que se sirve hablar, no digo á vosotros, que confío caminaréis siempre por la senda del deber, sino aun á los corazones más duros y á las almas más extraviadas.

Aquella melancolía que se experimenta á veces en medio de lo que el mundo llama felicidad, sin que haya un motivo ostensible para estar triste, ó que al menos no pueden descubrirlo nuestros sentidos, es un aviso del cielo que advierte á aquel hombre ó aquel niño que sus obras podían ser más conformes con la voluntad de su Criador. Aquellos presentimientos que se apoderan del corazón cuando vamos á emprender un negocio, que no es malo en sí, pero que tampoco tiene por objeto la gloria de Dios y el bien de nuestra alma, aunque nosotros por medios capciosos queramos persuadirnos de lo contrario, son avisos de Jesús que nos ama, que quiere que le sigamos, y que abandonemos aquel proyecto, aquel negocio ó lo que fuere, como quiso que Pedro, Andrés y sus compañeros dejasen la barca y las redes porque así convenía á la salud de sus almas.

En consecuencia, yo os quiero constantes y sufridos, como puede serlo cualquier hombre, para luchar con lo que se opone á las resoluciones buenas; dóciles y sencillos, como lo sois en la más tierna infancia á la voz de vuestra madre, para ceder á las inspiraciones del cielo.

DOMINGO 5.° DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo.

(CAPÍTULO 5.°)

En aquel tiempo: dijo Jesús á sus discípulos: Si vuestra justicia no es más cumplida y mayor

que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Tened entendido, que se dijo á vuestros mayores: no matarás; y que quien matare será condenado á muerte en juicio; yo empero os digo más: quien quiera que tenga ojeriza contra su hermano, merecerá que el juez lo condene, y el que le llamare raca (1) merecerá que lo condene el concilio: mas el que le llamare fatuo (2) será reo del infierno. Por tanto, si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar, y ve primero á reconciliarte con tu hermano, y después volverás á presentar la ofrenda.

Si el mandamiento quinto de la ley de Dios se redujese precisamente á *no matar* en la verdadera acepción de la palabra, vosotros, y todos los niños, y la generalidad de los hombres podían estar tranquilos con respecto á la exactitud de su observancia, puesto que los instintos de humanidad se rebelan contra tan horrendo crimen y retraen de cometerlo. Pero sin privar de la vida á nuestro hermano podemos acibarar su existencia por medio de la calum-

---

(1) Raca, según san Jerónimo, es un término de desprecio é injurioso.

(2) Esta palabra era aún más injuriosa que la anterior.

nia, podemos destruir su honor, que es como si dijésemos la vida moral de los individuos, podemos irritarlo con nuestras palabras y ofenderle en términos que preferiría tal vez una estocada al agravio que le hemos inferido; y este vicio de la calumnia y la murmuración se abriga en el alma de muchas personas que se tienen por cristianas y honradas, y cuya ligereza é impremeditación causa, á veces, por medio de una conversación imprudente, más daño del que se cree y del que ellas mismas hubiesen deseado.

¡Ay! ¡cuántas veces un hombre ó un niño de un exterior modesto se presentará delante del altar, llevando la ofrenda de los cristianos, que es la oración, y sus palabras no llegarán al cielo, ó si llegan, volverán á caer como una maldición sobre aquella frente, al parecer tan pura!

Si asistís á la misa estáis contemplando un sacrificio en el cual Jesús se inmoló hasta por sus mismos enemigos, y rogó por ellos. Si rezáis el Padre nuestro, reparad bien que en la quinta petición le rogáis al Señor que os perdone vuestras faltas, poniendo por condición precisa perdonar también á vuestros hermanos, de modo que si conserváis rencor en vuestro pecho le suplicáis á Dios que no os perdone. Y si vais á recibir el Santísimo Sacramento sin estar en paz con todos vuestros hermanos, ¡oh! entonces me estremezco sólo al pensar el horrible sacrilegio que cometeríais, introduciendo á un Dios de paz y de amor en un pecho en que el odio y el rencor alteran la tranquilidad de la conciencia.

Así pues, hijos míos, cuando fuereis al templo, si

estando ya al pie del altar recordáis que tenéis agraviado á un hermanito vuestro, á un compañero ó amigo, ó cualquier otra persona, si no os volvéis inmediatamente, formad allí la resolución de ir á su encuentro. Si vosotros sois los que le habéis ofendido con alguna palabra imprudente ó un desaire, pedidle perdón con humildad, y suplicadle que os devuelva su amistad y su cariño, porque queréis vivir en paz con él y con todo el mundo, para que admita Dios vuestras ofrendas y plegarias. Si fueseis vosotros los agraviados, id á buscar al ofensor y decidle: yo te amo y te perdono, porque profeso una religión que me manda amar y perdonar, porque quiero ser discípulo é imitador del Mártir del Gólgota, que murió rogando á su Padre celestial por los mismos que le habían crucificado; ámame tú también y nuestros corazones quedarán tranquilos.

Haced lo que os propongo, queridos niños, y que no os detenga un falso orgullo; mirad que el orgullo es el peor consejero y que este nombre se le da por no pronunciar el verdadero que tiene, que es muy feo, pues se llama también *soberbia*. Soberbia y orgullo viene á ser una misma cosa, y ya sabéis que la primera perdió á Lucifer y le convirtió de un ángel de luz hermoso y puro en un príncipe de tinieblas, en el que ahora tienen cabida todos los vicios más abominables.

En la escuela de la humildad evangélica, en los principios que hoy os prescribo se han educado esas personas á quienes todo el mundo ama y respeta, de simpático carácter, de urbanidad tolerante, de caridad ardiente, personas que, por desgracia, no abun-

dan tanto como debieran; pero que quizá habréis conocido y admirado ú oído hablar de ellas con el respeto y la estimación que se merecen, porque la verdadera moralidad es conocida y apreciada aun de aquellos que tienen la desgracia de carecer de ella.

DOMINGO 6.° DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según san Marcos.

(CAPÍTULO 8.°)

En aquel tiempo: como el pueblo hubiese concurrido en gran número á seguir á Jesús, y no tuviesen qué comer, llamando el Señor á sus discípulos, les dijo: Compasión tengo de estas gentes: porque tres días ha que están conmigo, y no tienen qué comer. Y si los enviare en ayunas á sus casas, desfallecerían en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos. Respondiéronle sus discípulos: Y ¿cómo podrá nadie en esta soledad procurarles pan en abundancia? Él les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Siete, respondiéronle ellos. Entonces mandó Jesús á la gente que se sentara en tierra. Y tomando los siete panes, dando gracias, los partió, y dábaselos á sus discípulos para que los distribuyesen entre la gente: y se los repartieron. Tenían

además algunos pocos pececillos: bendíjolos también y mandó distribuírselos. Y comieron todos hasta quedar satisfechos, y de las sobras recogieron siete espuertas, siendo al pie de cuatro mil los que habían comido. En seguida Jesús los despidió.

Un pasaje semejante al que acabamos de referir se lee también en el Evangelio de san Juan, capítulo seis, que tuve el gusto de referiros y explicaros la víspera de la cuarta dominica de Cuaresma. Entonces os exhorté á que con el ejemplo de aquella buena gente, que tan confiada seguía al Salvador sin provisiones de ninguna clase, esperándolo todo de la providencia divina, pongáis también vuestra confianza en el cielo, del cual lo recibimos todo, y seáis agradecidos á sus continuos favores. Os dije también que reparaseis que, á pesar de que Jesús veía multiplicarse el pan en sus divinas manos, á proporción de las personas que quería alimentar con él, á pesar, digo, de lo poco que le costaba el adquirirlo, quiso que se guardase lo que había sobrado, y os dí, á propósito de ello, una lección de economía.

Hoy nos detendremos á reflexionar sobre la hospitalidad, contemplando á Jesús como un amo de casa, puesto que el desierto en que se hallaba, como toda la tierra, le pertenece, y veremos con cuánta solicitud atiende á que sus huéspedes no se vuelvan hambrientos y desconsolados. Para probar á sus discípulos y ver si su corazón es duro ó sensible á los

sufrimientos de sus hermanos, les manifiesta la compasión que le inspiran las turbas que le han seguido, y á las que no puede ofrecer un escaso refrigerio. Los apóstoles se desconsuelan al tender la vista por aquella árida é inculta soledad que no les proporciona ninguna clase de recursos, aunque tuvieran una riqueza de que carecen para emplearla en comestibles; pero caritativos, ó dóciles á la voz de su Maestro, ceden gustosos lo único que poseen que son algunos panes y unos pececillos.

Nada costó al Señor aumentar, como hemos visto, prodigiosísimamente aquellas provisiones; mas puedo aseguraros sin temor de errar, que aun cuando para ello hubiese tenido que hacer algún sacrificio no hubiese titubeado: tanta era su caridad y el amor á los hombres.

La hospitalidad con los viajeros, con las personas desamparadas que carecen de asilo y de familia, es un modo de ejercer la caridad tan agradable á nuestro Padre celestial, que se puso entre las obras de misericordia. En otro pasaje del Evangelio dice el Salvador: «El Rey dirá á los que estén á su derecha: Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesión del sitio que os está destinado, porque yo tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era peregrino y me hospedasteis. Y las personas caritativas responderán: Señor, ¿nosotros te vimos hambriento y te dimos de comer, sediento y te dimos de beber? ¿Tú eras peregrino, y nosotros te hospedamos? en verdad no podemos recordar haber tenido tanta dicha. Y el Rey en respuesta les dirá: Siempre que lo hicisteis con alguno de mis hermanos, aun los

más pequeñuelos, esto es con los pobres, conmigo lo efectuasteis.»

Nada más hermoso que un amo de casa que sin ser pródigo, se muestra generoso con sus huéspedes, tratándolos con el respeto, atención y cordialidad con que él querría ser tratado, si fuese viajero y hubiese tenido que aceptar la hospitalidad de algunos amigos, parientes ó conocidos, ó de personas extrañas que, sólo por caridad, se la concedieran. En los tiempos venales y positivos en que vivimos, en los que todo se encuentra con dinero, y nada se da sin él, no es tan fácil que tengáis ocasión de ejercer la hospitalidad; pero tened entendido que un vaso de agua solo que tengáis proporción de ofrecer, dado con verdadero afecto y cordialidad, será una acción meritoria y os granjeará tal vez un amigo, y si lo hacéis por fuerza y de mal grado ofenderéis al Señor, y dejaréis un peso y una impresión desagradable en el corazón de la persona cuya gratitud podíais haberos captado á tan poco precio.

La generosa acogida que hicieron Abrahán y su mujer Sara á tres ángeles en traje de peregrinos fué recompensada con la nueva más feliz, anunciándoles que á pesar de sus muchos años tendrían un hijo, lo cual se efectuó como lo habían predicho.

No le fué menos útil á la mujer de Lot la recepción de los mismos viajeros, pues le avisaron que con su familia dejase á Sodoma al día siguiente, y apenas hubieron salido, el fuego del cielo redujo á cenizas aquella ciudad, foco de vicios y de abominación. Ya veis cómo recompensa el Señor á las personas hospitalarias.

DOMINGO 7.° DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo.

(CAPÍTULO 7.°)

En aquel tiempo: dijo Jesús á sus discípulos: Guardaos de los falsos profetas, que vienen á vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos voraces; por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se cogen uvas de los espinos, é higos de las zarzas? Así es que todo árbol bueno produce buenos frutos, y todo árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo darlos buenos. Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego. Por sus frutos, pues, los podréis conocer. No todo aquel que dice: ¡Oh! Señor! Señor! entrará por eso en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ese es el que entrará en el reino de los cielos.

El mismo Salvador os advierte lo que tantas veces os habrán avisado vuestros padres, solícitos por vuestro bien, y lo que yo mismo os aconsejo continuamente, esto es, que evitéis las malas compañías; no

sólo aquellas que ya se conoce que han de escandalizaros, sino muchas de las que parecen buenas y que no ofrecen á la simple vista ningún motivo de temor.

Nadie se ahoga por lo regular en una ruidosa cascada, porque su estrépito anuncia el peligro, y á menos de haber perdido la razón, ninguno se precipitaría en ella; pero habréis oído contar que muchos han perecido en las aguas de un manso río, engañados por la poca velocidad de su corriente y la no mucha profundidad de su cauce, viéndose arrastrados sin poder alcanzar la orilla.

Este símil os probará que no temo yo que en vuestra juventud contraigáis amistad íntima con personas de mal proceder y de costumbres inmorales, sino, más bien, que vuestro mismo candor é inocencia sea causa de que os dejéis seducir por otras que, aparentando modestia, devoción y muchas cualidades buenas que están lejos de poseer, lleguen á inspiraros confianza, y adoptéis, por fin, sus máximas perniciosas, los errores de su juicio, ó las inclinaciones viciosas de su corazón. Estos tales son los *lobos disfrazados* de ovejas de que nos habla Jesucristo, añadiendo que *por sus frutos se conocerán.*

No os fiéis pues de las apariencias, ni creáis de pronto en los que continuamente tienen en sus labios los nombres de religión, piedad y temor de Dios, pues tales nombres profanan, si sus obras no son conformes al espíritu del cristianismo.

Contra nadie predicaba el Señor más justamente indignado, y más lleno de santo celo, que contra los escribas y fariseos, que eran los más hipócritas de entre el pueblo judío. Y es que su divina ciencia, á

la cual no están ocultos los senos del corazón humano, veía que causaban más daño ellos con sus falsas doctrinas, que los escandalosos de quienes se apartan desde luego los que temen contagiarse con su mal ejemplo.

Lejos de mí la idea de haceros desconfiados y mal pensados, pero quiero, sí, que antes de entregaros al afecto de simpatía ó amistad que en vosotros despierte otra persona, examinéis, no sus conversaciones, porque á veces se dice lo contrario de lo que se siente, no sus pensamientos, porque éstos sólo á Dios le es posible penetrarlos: pero sí sus obras. No basta que la veáis al parecer conmovida y enjugándose los ojos cuando se refiera una desgracia, para que digáis que tiene un corazón sensible y una caridad ardiente: cuando sepáis, no por ella, que socorre á los necesitados, entonces decidlo. No basta tampoco que os refiera que es muy puntual en asistir á las funciones religiosas, que el templo de Dios es su morada favorita y los sacerdotes sus únicos consejeros. Cuando veáis que es buen hijo, buen hermano y buen esposo, si es que Dios le llama á este estado, que sacrifica sus gustos y comodidades al bien de sus semejantes, que llena estrictamente todos los debe-res que le están encomendados, siendo tan indulgente y dulce con los demás como severo consigo mismo, entonces decid que es virtuoso, decidlo á boca llena, escuchad sus consejos, é imitadle en cuanto os sea posible.

«No todos los que dicen: ¡Señor! ¡Señor! dice Jesucristo, entrarán en el reino de los cielos, sino los que hacen la voluntad de mi Padre celestial.» Ahora

bien, como esta voluntad la manifestó Dios de un modo tan terminante, es una ilusión creer que con continuas oraciones, rezadas con más ó menos devoción, se ha de ganar la bienaventuranza eterna, cuando no hay otro medio que la observancia del código sencillo y sublime que todos aprendéis en vuestra tierna infancia; ya conoceréis que hablo de los Mandamientos de la ley de Dios.

DOMINGO 8.° DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas.

(CAPÍTULO 16.)

En aquel tiempo, propuso Jesús esta parábola á sus discípulos: Érase un hombre rico, que tenía un mayordomo, del cual por la voz común vino á entender que le había disipado sus bienes. Llamóle, pues, y díjole: ¿Qué es esto que oigo de ti? Dame cuenta de tu administración; porque no quiero que en adelante cuides de mi hacienda. Entonces el mayordomo dijo entre sí: ¿Qué haré, pues mi amo me quita la administración de sus bienes? Yo no soy bueno para cavar, y para mendigar no tengo cara. Pero ya sé lo que he de hacer, para que cuando sea removido de mi mayordomía, halle yo personas que me reciban en sus casas. Llamando, pues, á los deu-

dores de su amo á cada uno de por si, dijo al primero: ¿Cuánto debes á mi amo? Respondió: Cien barriles de aceite. Díjole: Toma tu obligación, siéntate, y haz al instante otra de cincuenta. Dijo después al otro: Y tú ¿cuánto debes? Respondió: Cien coros (1) de trigo. Díjole: Toma tu obligación y escribe otra de ochenta. Habiéndolo sabido el amo alabó á este mayordomo infiel, no por su infidelidad, sino de que hubiese sabido portarse sagazmente: porque los hijos de este siglo, ó los amadores del mundo, son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz en el negocio de su eterna salud. Así os digo yo á vosotros: granjeaos amigos con las riquezas manantial de iniquidad, para que cuando falleciereis, seáis recibidos en las moradas eternas.

El Evangelio de que acabamos de ocuparnos no ofrece ciertamente un modelo digno de imitación, antes por el contrario. Jesús para enseñarnos la limosna, refirió la parábola del mayordomo, parábola que no es otra cosa que una triste pintura de lo que muchos hacen y han hecho en todo tiempo, enriqueciéndose con especulaciones de mala ley, como si la adquisición del oro fuese la única felicidad á que debe aspirarse.

En otras ocasiones os he hablado de la continua

(1) Cargas de trigo.

zozobra que acompaña á los que no obran con rectitud y probidad: la justicia humana los persigue, logrando muchas veces su captura y castigo; y aun cuando puedan substraerse á ella, no les será posible escapar de la justicia infalible del Legislador eterno. Así, pues, no me detendré en afear la conducta del mayordomo, que, viéndose perdido moral y materialmente, aguzó su ingenio y discurrió una criminal estratagema para retirarse con un capital que, junto con lo que anteriormente había ido defraudando á su amo, le aseguraba su bienestar, si bienestar puede llamarse la abundancia de un metal á que los hombres han atribuído más valor del que tiene, poseyendo en cambio una conciencia intranquila y un corazón destrozado por los remordimientos. Jesucristo nos dice que la sagacidad del mayordomo, digna de mejor causa, era tal que mereció ser alabada por el mismo á cuyos intereses perjudicó de un modo tan directo, y exhorta á sus seguidores á quienes da el nombre de *hijos de la luz*, á que discurran tanto para hacer buenas obras que han de ponerlos en el camino de la salvación, como discurren los seguidores de las riquezas para labrarse una fortuna, que será tal vez la perdición eterna de sus almas. Muchas veces presenciaréis escenas en que una ó muchas personas discutirán acaloradamente sobre los medios de llevar á cabo un negocio que ha de producirles ganancias materiales; pero ¡cuán rara vez veréis á los ricos afanarse para descubrir la morada de los pobres, á fin de presentarse en ella para enjugar sus lágrimas y aliviar su miseria! Se cavila mucho para sorprender la confianza de un poderoso

ó para asegurarse su amistad, que puede poner á sus secuaces en camino de medrar y enriquecerse; pero no se sutiliza tanto para ver cómo se granjearán la confianza de una persona que, hallándose necesitada, tenga sobrada dignidad para no aceptar socorros de un desconocido.

La adquisición de las riquezas, á mi modo de ver, no es lo que más debe preocupar al cristiano; y la distribución de ellas, cuando se han heredado ó adquirido por medios legítimos, es un asunto delicado y digno de meditación. El lujo excesivo en los vestidos, alhajas, muebles, etc., ningún bien positivo puede reportaros, y tal vez, con el tiempo, llegaría á ser causa de un estéril remordimiento; por el contrario, las limosnas y la distribución prudente de vuestros bienes de fortuna, puede acarrearos una tranquilidad de espíritu, una dulce satisfacción que no conocen los avaros, y las bendiciones y amistad de los pobres que, según la bella frase de un orador sagrado, son la aristocracia de Jesús. Si quisieseis, pues, vivir en un reino, procuraríais haceros amigos de los aristócratas que rodean al príncipe, y según esta táctica debéis desear la amistad de los pobres virtuosos.

«El que socorre al pobre, dice el proverbio, da prestado al Señor, que se lo recompensará con grandes ganancias.»



DOMINGO 9.° DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas.

(CAPÍTULO 19.)

En aquel tiempo: al llegar Jesús cerca de Jerusalén, poniéndose á mirarla derramó lágrimas sobre ella, diciendo: ¡Ah! si conocieses también tú, por lo menos en este día que se te ha dado, lo que puede traerte la paz ó felicidad; mas ahora está todo oculto á tus ojos: la lástima es que vendrán unos días sobre ti, en que tus enemigos te circunvalarán, y te rodearán de contramuro, y te estrecharán por todas partes, y te arrasarán con los hijos tuyos, que tendrás encerrados dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado. Y habiendo entrado en el templo comenzó á echar fuera á los que vendían y compraban en él, diciéndoles: Mi casa es casa de oración, mas vosotros la tenéis hecha una cueva de ladrones. Y enseñaba todos los días en el templo.

Tristes pensamientos excita el principio de la lectura del Evangelio de la domínica presente. El Hijo

del Altísimo vierte lágrimas al mirar la ciudad de Jerusalén, y no las vierte á la idea de que ha de ser aquel el teatro de su amarga Pasión, sino que llora por la suerte de los desgraciados habitantes de aquella ciudad, que no conocían que su Dios los visitaba, y estaban próximos á consumar el más horrible de los crímenes, el deicidio!

Semejante á este pasaje debe ser la escena que tiene lugar cuando el Salvador examina el estado de un alma que, olvidada del norte principal á que deben dirigirse todas nuestras miras, se separa del camino de la virtud y corre tras los vicios que han de conducirla á un fin funesto. ¡Ah! si conocieses, pobre niño, pobre joven, ahora que aun tienes tiempo de arrepentirte, el precipicio á que caminas tan ciegamente impulsado por tus pasiones! Esto dirá el Señor, como dijo á la vista de Jerusalén; y feliz el cristiano para quien no se pierdan estas voces como se pierde el murmullo de un arroyo entre los pliegues invisibles del viento. Feliz aquel que escuchando esta lectura dirija una mirada al interior de su alma y examine su conducta para ver si ésta pueda causar una triste impresión en Jesucristo, semejante á la que le produjo la vista de la ciudad de Sion!

Yo no creo que en mi sencillo auditorio haya nadie que se encuentre en tan triste estado; pasemos, pues, á meditar sobre lo restante de este pasaje: después de proferir el Señor con tono profético las tristes palabras que hemos leído, entrando en la ciudad, se dirige al templo y pronuncia estas notables frases: Mi casa es casa de oración.

Voy á enteraros de los objetos que se vendían en

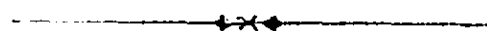
el templo, porque no creáis que se comerciaba en toda clase de mercaderías. Eran aquéllos palomas y otras víctimas para los sacrificios; pero como de esto se hacía un tráfico, y daba lugar á la conversación y regateo que es consiguiente, Jesús justamente indignado arroja á los que profanaban la santidad de su templo, y después de asegurar que le tenía destinado á la oración se ocupa en él en otro misterio tan digno como aquél, que es la enseñanza de su doctrina.

En aquel templo estaban las tablas de la Ley, escritas por Dios, pero no estaba Dios mismo, cual tenemos la dicha de que exista en los nuestros. De consiguiente, ¿cuánto mayor no debe ser el respeto y recogimiento que ha de reinar en los templos del cristianismo?

Nada hay más grande que ver un pueblo postrado ante su Hacedor, y contemplar confundidas todas las clases de la sociedad y todas las edades del individuo, unidos todos por un solo sentimiento, levantando los ojos al santuario y murmurando plegarias llenas de amor y caridad. Esto os confieso que me extasía, pero no puedo negaros que me irrita el ver hombres, mujeres y niños sentados con cierto desenfado observando los trajes y semblantes de los que tienen alrededor, cual pudieran en un teatro ó en una tertulia. Si se arrodillan es con mucha parsimonia, permanecen en aquella postura el menos tiempo posible; las señoras abren su devocionario, pasean por él una mirada distraída, cual pudieran hacer con un álbum, y vuelven á cerrarlo para juguetear con el abanico: los hombres dirigen sus miradas á cual-

quier parte menos al altar..... No me negaréis que habéis visto todo esto más de una vez, pero ¡quiera Dios que al menos no seáis actores de esta ridícula farsa, ya que el ser espectadores no puede evitarse! También habréis oído decir á muchos que van á la iglesia por pasar un rato, ó bien por oir la música, por ver cómo se explica un predicador nuevo, ó si han tenido gusto en la decoración y adorno de los altares. Compadeced á los que tales cosas dicen, porque es señal de que no han tenido una educación verdaderamente cristiana, y vosotros, cuando seáis dueños de vuestras acciones, si tenéis ganas de divertiros, prefiero que vayáis á paseo ó á otra inocente recreación.

Á la casa de Dios, *que es casa de oración*, no vayáis más que á ofrecer al Altísimo el tributo de vuestras devociones; olvidaos allí de cuanto os rodea y aun de vosotros mismos, no cuidando más que de conservar una actitud humilde y modesta. Acordaos que estáis en la presencia de un Rey, que lo es de cielos y tierra, exponedle vuestras necesidades, dadle gracias por los favores que os haya dispensado, y suplicadle que ilumine á los que no conocen la santidad de sus misterios y el respeto que se debe á Su Majestad Soberana.



DOMINGO 10 DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas

(CAPÍTULO 18.)

En aquel tiempo: dijo Jesús á ciertas gentes que se tenían como justas, viviendo muy satisfechas de sí mismas, y que al propio tiempo despreciaban á los demás, esta parábola: Dos hombres subieron al templo á orar, el uno fariseo y el otro publicano. El fariseo estando en pie oraba en su interior diciendo de este modo: ¡Oh Dios! gracias te doy, porque no soy como los otros hombres, robadores, injustos, adúlteros, ni como este publicano. Ayuno dos veces á la semana: doy diezmos de todo lo que poseo. Mas el publicano estando lejos no osaba ni aun alzar los ojos al cielo, sino que hería su pecho diciendo: Dios mío, muéstrate propicio á mí que soy pecador. Os digo, pues, que éste y no aquél descendió justificado á su casa: porque todo hombre que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado.

Tanto más huye la vanagloria cuanto más adelantares en la virtud (dice un elocuente escritor), por-

que todos los demás vicios se fomentan con otros vicios, y solamente la soberbia se cría con buenas obras.

En la parábola del fariseo y el publicano nos muestra el Señor la fijeza y la veracidad de la sentencia que os he citado, inspirada tal vez al que la escribió, por la lectura del presente Evangelio.

El hombre, hijos míos, salió de las manos del Divino Artífice con un cuerpo dotado de perfecta hermosura, robusto y fuerte, y un alma destello de la divinidad y por consiguiente perfecta también; pero desde el momento en que la fatal caída de nuestros padres los privó de aquella gracia innata, de aquella ciencia infusa y aquella fortaleza invulnerable, nuestra vida no es más que un tejido de calamidades y miserias, nuestra debilidad física y moral es extremada, y, conforme nuestra existencia material está amenazada siempre, también nuestra virtud está expuesta á relajarse y tal vez á sufrir una irreparable caída.

Así como apenas hay individuo alguno que pueda alabarse de gozar una salud nunca alterada por la más leve indisposición, y aun el que vive más robusto, puede levantarse sano, y sentirse antes de la noche invadido de una enfermedad, también el que está satisfecho de que su conducta es intachable puede contraer un vicio ó caer en una culpa, pues es grande la fragilidad de nuestro ser.

Desde luego el que se cree superior á los demás por algunas prácticas de virtud, que tal vez ejerce por costumbre ó son efecto de la buena educación que ha recibido (en lo cual no ha habido mérito de

su parte), abriga uno de los pecados capitales, y el primero de todos, que es la soberbia; al paso que el que vive convencido de su debilidad y su miseria, con ser humilde, ya tiene una cualidad muy agradable á los ojos de Dios.

Si alguna vez os ocurriese la idea de compararos con otros niños que tienen la desgracia de ser peores que vosotros, de abrigar algún vicio ó aun cuando sea con los infelices que se arrastran en el fango y en la corrupción, y á quienes el mundo da el nombre de criminales, comparad también, si es factible y podéis reunir datos para ello, la educación de aquéllos, los ejemplos que han recibido y las circunstancias todas que al mal los impelieran, con la educación, el ejemplo y las demás circunstancias vuestras. Y entonces, si fueseis justos, hallaríais que acaso vuestro corazón hubiera sucumbido también en aquella lucha, y que quizá ellos en vuestra situación serían mejores de lo que sois vosotros.

Además, el convencimiento de nuestra propia miseria nos hace compasivos para con los demás y nos da un carácter dulce y afable, impulsándonos también á trabajar en nuestro perfeccionamiento para llegar á ser cada día mejores; y por el contrario, si, como el fariseo, nos creemos en la cima de la perfección, nos dormiremos tranquilos al borde del precipicio que la soberbia abre á nuestros pies.

Luzbel era un ángel, y el sentimiento de su grandeza le perdió: Dimas era un ladrón, y la confesión de sus culpas le valió alcanzar el Paraíso.

DOMINGO 11 DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según san Marcos.

(CAPÍTULO 7.º)

En aquel tiempo: dejando Jesús los confines de Tiro, se fué por los de Sidón hacia el mar de Galilea, atravesando el territorio de Decápoli, y presentáronle un hombre sordo y mudo suplicándole que pusiese sobre él su mano para curarle: y apartándole Jesús del bullicio de la gente, le metió los dedos en las orejas, y con la saliva le tocó la lengua, y alzando los ojos al cielo arrojó un suspiro, y díjole: Ephpheta; que quiere decir: Abríos. Y al momento se le abrieron los oídos, y se le soltó el impedimento de la lengua, y hablaba claramente. Y mandó á los presentes que no lo dijeran á nadie. Pero cuanto más lo mandaba, con tanto mayor empeño lo publicaban y tanto más crecía su admiración, y decían: Todo lo ha hecho bien. Él ha hecho oir á los sordos, y hablar á los mudos.

Otro prodigio, hijos míos, otro milagro nos refiere el Evangelio de mañana que debemos agregar á los que llevamos leídos; pero ¿qué mucho? Nosotros

que somos cristianos, no podemos admirarnos de que á la voz omnipotente de Jesucristo, que dice *abríos*, quedaran expeditos los oídos del que hasta entonces había sido sordo, que el aire, vehículo del sonido, penetrase en ellos hasta llegar á los nervios que están en comunicación con el cerebro, y, en una palabra, que oyese. Tampoco es de extrañar que comunicase á su lengua un movimiento ó facilidad de pronunciar, de que hasta entonces había carecido, y que pudiese desde luego usar el precioso don de la palabra, que empleó tan bien que, á pesar de la prohibición del mismo Jesucristo, comenzó, en cuanto pudo hablar, á glorificarle por el doble beneficio que le debía. Nosotros, repito, no debemos maravillarnos. ¿Acaso no sabemos que Jesucristo es el Hijo del Altísimo, que es la segunda persona de la Trinidad y, por consiguiente, árbitro de nuestros destinos?

Lo que hemos de hacer es publicar sus alabanzas, nosotros que todo se lo debemos, y lo haremos con tanto mayor motivo cuanto que no nos ha mandado que reservemos sus favores, al contrario, desea ser glorificado por sus criaturas.

Tal vez alguno de vosotros pensará en su interior: á mí no me ha devuelto el oído ni el uso de la palabra, puesto que nunca he estado sordo ni mudo. Y sin embargo, queridos, por haber recibido más completamente sus dones, y haber sido esto desde el principio de vuestra existencia, ¿os creeréis dispensados de agradecérselos? ¿No será, por el contrario, mayor motivo de reconocimiento?

Tal vez no habréis fijado nunca vuestra atención en el conjunto de maravillas que hay en vosotros mis-

mos y en cualquier individuo de la especie humana. Esto no sería de extrañar, porque sois muy niños todavía para reflexionar sobre estas cosas, si otra persona no procura fijar en ello vuestra atención. Los sentidos que usáis sin apercibiros de ello, son otras tantas maravillas. ¡Veis! He aquí una facultad física bien hermosa: vuestros ojos son dos globos casi redondos cubiertos de unas membranas ó túnicas sutilísimas, á través de las cuales puede penetrar la luz; en la más interior hay una abertura redonda, y en el centro de ella está la *retina* que es un miembro en el cual se reunen los rayos lumínicos, reflejándose allí como en un espejo los objetos que miráis. Por eso podéis ver el semblante querido de vuestros padres, y distinguir sus facciones de las de un extraño. Podéis contemplar la hermosura de los astros, la belleza del cielo, admirar los colores de las flores, y todo esto sin que tengáis la molestia de volver la cabeza á uno y otro lado, pues la sabia providencia de Dios ha dotado á nuestros ojos de una preciosa movilidad, pudiendo, á favor de unos diminutos músculos que hay á los lados, girarlos á todas partes con la mayor facilidad. Cuando nos molesta la luz, sin que nosotros mismos lo advirtamos, cae sobre los ojos una capa sutil y transparente, que son los párpados, y aun cuando estamos trabajando y mirando fijamente un objeto pestañeamos á menudo, con lo cual proporcionamos instantes de descanso á un sentido tan delicado como es el de la vista.

Yo no me detendré, por temor de molestaros, á hacer la descripción del mecanismo de los demás sen-

tidos, pero sí os haré ver las ventajas que proporcionan. Oís los consejos de vuestros padres, oís las lecciones que se os dan, y entre lo que encontráis escrito y recorréis, gracias al sentido de la vista, y lo que escucháis, podéis formar un caudal de conocimientos útiles. Oís además las melodías de la música, lo cual no solamente proporciona un goce puro, sino que predispone al alma para la sensibilidad y contribuye á desarrollar el sentimiento de lo bello; pudiendo, además, oir esas mil armonías de la naturaleza, que son como un himno que cantan al Señor todas las criaturas, desde el murmullo del insecto hasta el rugido cadencioso y á veces terrible de los mares.

Podéis aspirar los perfumes de las flores, podéis conocer también, aunque esto no sea tan agradable, cuando una cosa está en estado de putrefacción ó próxima á él, para no llevarla á vuestros labios ni proporcionarla á vuestra familia. Para esto nos sirve el sentido del olfato.

No me negaréis que el sentido del paladar os proporciona momentos muy deliciosos. Dios en su infinita bondad ha querido que las cosas indispensables á la conservación de nuestra vida, nos fuesen al propio tiempo agradables y placenteras, y así cuando satisfacéis á la ley de la naturaleza, tomando alimento para reparar vuestras fuerzas, experimentáis en ello una dulce satisfacción, y al paso que tomáis la bebida más saludable para los niños, que es el agua, recreáis vuestro paladar con su grata frescura. Las manos, dotadas del delicado sentido del tacto, ¡cuántos trabajos preciosos y útiles no con-

feccionarán, si os acostumbráis á emplearlas debidamente!

Ahora bien, ¿á quién debéis tan preciosos dones? Al mismo que abrió los oídos al sordo y soltó el impedimento de la lengua al mudo. Decid, pues, como aquellas gentes reconocidas: *todo lo ha hecho bien.* Sí, todo lo ha hecho bien, porque nos ha dado ojos. oídos, olfato, gusto y tacto, y ha hecho que todo sirviese para nuestra felicidad.

DOMINGO 12 DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas.

(CAPÍTULO 10.)

En aquel tiempo, dijo Jesús á sus discípulos: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros estáis viendo. Pues os aseguro que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron: como también oir las cosas que vosotros oís, y no las oyeron. Levantóse entonces un doctor de la ley, y díjole con el fin de tentarle: Maestro, ¿qué debo yo hacer para conseguir la vida eterna? Contestóle Jesús: ¿Qué es lo que se halla escrito en la ley? ¿Qué es lo que en ella lees? Respondió él: Amarás al Señor Dios tuyo de todo corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con toda tu mente, y al prójimo como á ti mismo. Replicóle Jesús: Bien

has respondido: haz eso y vivirás. Mas el doctor de la ley, queriendo dar á entender que era justo, preguntó á Jesús: Y ¿quién es mi prójimo? Entonces tomó Jesús la palabra y dijo: Bajaba un hombre de Jerusalén á Jericó, y cayó en manos de ladrones que le despojaron de todo, le cubrieron de heridas, y se fueron dejándole medio muerto. Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote; y aunque lo vió tan maltratado, no le hizo caso y pasó de largo. Igualmente un levita, á pesar de que se halló vecino al sitio y miró, tiró adelante. Pero un pasajero, que era samaritano de nación, llegóse adonde estaba; y viéndole movióse á compasión. Y arrimándose, vendó sus heridas, bañándolas con aceite y vino; y subiéndole en su cabalgadura, le condujo al mesón, y cuidó de él en un todo. Al día siguiente sacó dos denarios de plata, y dióselos al mesonero, diciéndole: Cúidame este hombre, y todo lo que gastares de más yo te lo abonaré á mi vuelta. ¿Quién de estos tres te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Aquel que usó con él de misericordia, respondió el doctor. Pues anda, le repuso Jesús, y haz tú otro tanto.

No puede estar más explícito nuestro Salvador, queridos niños, de lo que lo está en la parábola del

viajero y el samaritano. Aquel doctor hipócrita, como lo eran la mayor parte de los que interpretaban la ley en tiempo de los judíos, manifiesta ignorancia acerca de lo que debe practicar para salvarse, y Jesucristo le explica la ley de amor y caridad, que es la misma llamada natural, aquella en la cual resumió todo el decálogo, y la que Él mismo predicó con sus divinos labios y sancionó con su ejemplo.

Yo creo que vosotros no me preguntaréis como el doctor al Maestro santo: ¿cuál es mi prójimo? El catecismo contesta á esta pregunta: *Todos aquellos que están ó pueden estar en el cielo.* Y como la misericordia de Dios, que es infinita, á todos alcanza y á nadie excluye, de aquí se deduce que nuestros prójimos son los parientes y los extraños, los compatricios y los extranjeros, los cristianos y los judíos, moros ó gentiles, porque si éstos no saben lo necesario para salvarse, pueden aprenderlo. Nuestro prójimo es todo aquel que sufre, todo aquel que llora, aun cuando antes ó en aquel mismo momento nos infiriere los mayores agravios. Si una hermanita vuestra padeciese, ¿no es verdad que aun cuando acabareis de tener una reyerta con ella volaríais á su socorro? Pues haceos cuenta que cualquiera que padece es vuestro hermano por la naturaleza como hijo de Adán, y por la gracia como redimido con la sangre de Jesucristo.

Para hacer un favor ó dejar de hacerle, para causar un daño ó retraeros de ello, hay en vuestra conducta un regulador infalible: poneos en lugar del otro y suponed que él está en el vuestro, y entonces, obrad como quisierais que él obrase. No hagáis lo que hacen con vosotros, sino precisamente lo que,

llevados del amor natural á vosotros mismos, desearíais que hiciesen.

Os suplico encarecidamente que no hagáis caso de las palabras imprudentes que acerca de eso oigáis. El uno os dirá: «yo obro como han obrado conmigo, la sociedad me ha hecho malo.» Otros dicen: *hacer como hacen no es pecado; donde las dan las toman*, y otras vulgaridades por este estilo; mas vosotros haceos cargo de que si la venganza está prohibida, recayendo, por supuesto, en el ofensor, ¿cuánto más no ha de irritar al Cielo cuando un inocente pague los daños que nos han causado personas que tal vez ni siquiera ha conocido?

Sed, pues, para todo el mundo tan buenos como el samaritano para el herido del camino de Jericó, dejad á Dios el castigo de los culpables, y observad la línea de conducta que Jesús nos ha trazado, seguros de que si no obtenéis la recompensa en esta vida, la alcanzaréis en el cielo.

DOMINGO 13 DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas.

(CAPÍTULO 17.)

En aquel tiempo: caminando Jesús hacia Jerusalén atravesaba las provincias de Samaria y de Galilea. Y estando para entrar en una población le salieron al encuentro diez leprosos, los

cuales se pararon á lo lejos, y levantaron la voz diciendo: Jesús, nuestro maestro, tened lástima de nosotros. Luego que Jesús los vió, les dijo: Id, mostraos á los sacerdotes. Y cuando iban quedaron curados. Uno de ellos, apenas vió que estaba limpio, volvió atrás, glorificando á Dios á grandes voces, y postróse á los pies de Jesús, pecho por tierra, dándole gracias; y éste era un samaritano. Jesús dijo entonces: Pues que, ¿no son diez los curados? Y los nueve, ¿dónde están? No ha habido quien volviese á dar á Dios la gloria, sino este extranjero. Después le dijo Jesús: Levántate, vete; que tu fe te ha salvado.

Repetidas veces, amados niños, me habéis oido exhortaros á practicar la caridad de hecho, y á derramar vuestros favores hasta donde os fuese posible, aun cuando tuvieseis la certeza de ser pagados con la más negra ingratitud. Mas no creáis que por esto trate yo de defender, ni mucho menos autorizar, un vicio que tengo por el más vil y repugnante.

Si Luzbel no hubiese sido ingrato, su misma soberbia hubiera encontrado un dique en el reconocimiento debido á Dios por la altura á que le había elevado. Si Adán y Eva no hubiesen olvidado las finezas de que los colmaba el Criador, no hubieran tenido la osadía de transgredir su precepto. Si el pueblo judío hubiese guardado una tierna gratitud al Dios que le colmaba de favores, no le hubiese puesto

repetidas veces en la triste precisión de castigar sus rebeldías.

Jesucristo, que derramaba sus beneficios impulsado solamente por su infinita misericordia, se lamenta de la ingratitud de los nueve leprosos ¡que no han vuelto á darle gracias por su cura maravillosa. Reparadlo bien: nada les exige cuando claman «tened piedad de nosotros,» y espontáneamente les manda ir á los sacerdotes, con intención de que se viesen curados en el camino, y sabiendo que aquellos sacerdotes eran los más encarnizados enemigos de Jesús, quiere darles una prueba incontestable de su divinidad.

Uno de aquellos hombres, que hace poco eran víctimas de una enfermedad tan cruel como repugnante, apenas se ve libre de ella vuelve agradecido á los pies de su bienhechor, que admite su tributo de reconocimiento, echando menos á los que habían faltado á tan legítimo deber. Claro está, hijos míos, que el Señor no siente por sí mismo la falta de gratitud de sus favorecidos y la siente por ellos, pues que el Hijo de Dios, que hace pocos años ha dejado su trono de gloria, al que volverá en breve, está acostumbrado á oir cantar á los serafines un cántico siempre nuevo, en que le tributan eternos loores.

Vosotros, hijos míos, no seáis jamás ingratos á ninguna clase de beneficios por pequeños que fueren, pues me aflige la sola idea de que algún día pudieran decir vuestros padres: ¿No eran muchos los hijos á quienes yo había dado el ser, á quienes había educado á costa de tantos desvelos, á los que había alimentado con el sudor de mi frente? ¿Por qué es

uno solo el que tributa gloria á Dios y rinde un homenaje de respeto á mis canas? También puede haber un maestro que diga: Eran ciento ó más los niños que yo educaba; ¿por qué son tan pocos los que rinden gloria á Dios y los que tienen un corazón reconocido, en el que han echado profundas raíces los consejos que yo les dí?

Yo tengo la convicción de que vosotros abrigáis un corazón demasiado noble para ser ingratos, y confío que seréis buenos cristianos, y como esta palabra lo abraza todo, creo inútil añadir que contemplo en vosotros unos hijos cariñosos, unos discípulos dóciles, unos compañeros leales y unos amigos agradecidos.

DOMINGO 14 DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo.

(CAPÍTULO 6.º)

En aquel tiempo, dijo Jesús á sus discípulos: Ninguno puede servir á dos señores; porque ó tendrá aversión al uno, y amor al otro; ó si se sujeta al primero, mirará con desdén al segundo. No podéis servir á Dios y á las riquezas. En razón de esto os digo, que no os acongojéis por el cuidado de hallar qué comer para sustentar vuestra vida, ó de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. Que, ¿no vale más la vida, ó el alma, que el alimento y el cuerpo que

el vestido? Mirad las aves del cielo, como no siembran, ni siegan, ni tienen graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. Pues ¿no valéis vosotros mucho más sin comparación de ellas? Y ¿quién de vosotros á fuerza de discursos, puede añadir un codo á su estatura? Y acerca del vestido, ¿á qué propósito inquietaros? Contemplad los lirios del campo como crecen y florecen; ellos no labran ni tampoco hilan. Sin embargo yo os digo, que ni Salomón en medio de toda su gloria se vistió con tanto primor como uno de estos lirios. Pues si una hierba del campo, que hoy es ó florece y mañana se echa en el horno, Dios así la viste, ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fe? Así que no vayáis diciendo, ¿dónde hallaremos de comer y beber? ¿Dónde hallaremos con qué vestirnos? como hacen los paganos, los cuales andan ansiosos tras todas estas cosas; que bien sabe vuestro Padre la necesidad que de ellas tenéis. Asi que buscad lo primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura.

Nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio que antecede nos anima á tener una ilimitada confianza en la divina providencia, y para ello hablaba á sus oyentes con la más íntima persuasión y se valía de

bellas comparaciones. En efecto, esos pajaritos inocentes entonan á su manera un cántico de acción de gracias á la salida del sol, pero no tienen prevenido el almuerzo ni la comida para el resto del día. Mas ¿qué digo? La próvida mano del Señor se la tiene guardada: ellos encontrarán semillitas ó insectos, según la clase á que pertenezcan, y no tengáis cuidado que ninguno perezca por falta de alimento.

No es, empero, el hacer provisiones, para no carecer de nada ellos y su familia, lo que más preocupa á los niños y á los jóvenes. y muchas veces aun á los hombres de edad más avanzada. El hombre corre frecuentemente en pos de los honores que su desatentada ambición anhela, ó tras las riquezas que codicia; la mujer se desvela por realzar su natural belleza con vistosos trajes ó frívolos adornos.

Y sin embargo, ¡cuán equivocados están los que cifran en estas vanidades su verdadero mérito! ¿Sabéis cuáles son los mejores adornos? En el hombre, la dignidad y el valor; en la mujer la sencillez y el decoro.

La persona que tiene un alma inocente y pura, revela aquella inocencia en sus miradas y en el candor de su frente; la que por efecto de su sencillez de costumbres goza buena salud, come bien y duerme tranquilamente, en sus frescos colores y en su mórbida tez muestra mayor adorno que el que le pudieran proporcionar las gasas y los diamantes. Las flores del campo no van á las tiendas ni á las joyerías á buscar sus colores ni su hermosura; la deben al Señor, que es el que dispensa á su arbitrio este y todos los dones. Si no la tenéis, en vano será que caviléis

por buscar adornos y trajes que os comuniquen una cualidad que el cielo os ha negado, y vale más que procuréis conservar la del alma, que es la mejor belleza, y en todo caso presentaos sencillamente vestidos, pero que vuestro traje sea esmeradamente limpio, lavad vuestro rostro y cuerpo y peinad con cuidado vuestros cabellos, este adorno natural con que Dios quiso coronar la figura del ser humano.

No os aflijáis por veros pobres de bienes de fortuna, y procurad ser ricos en virtudes, buscando, como dice Jesucristo, el reino de Dios y su justicia, y esperando que los demás bienes, si os son convenientes, se os darán por añadidura.

De las personas de quienes hace mención la sagrada Escritura por haber buscado la gloria de Dios y su justicia, no la hace por la elegancia de sus trajes ni por lo costoso de sus joyas. La Reina de los cielos vistió cual correspondía á la esposa de un artesano; San Pedro lleva la tosca túnica de los pescadores de Galilea; la sencilla y amable Rebeca, la valerosa Judith, la compasiva Esther, no se han hecho célebres por la riqueza de sus trajes, que si existía no ha pasado á la posteridad. Ninguno de los santos de la ley nueva ha sido idólatra del lujo y los adornos, y la primera de las santas, María Magdalena, de quien dijo Jesucristo que se hablaría en todas partes donde se predicase el Evangelio, empezó á recibir elogios en el momento en que abjuró toda vanidad, arrojó lejos sus adornos, rompió á los pies del Salvador el bote de suaves esencias que guardara sin duda para su tocador, y dejó suelta su rica cabellera en señal de penitencia. Hasta entonces había sido

célebre, sí, pero; cuán funesta, cuán triste era su celebridad!

Los personajes que se llaman de gran tono, cuyo capricho es la ley de la moda y de la elegancia, después de malgastar una parte de su patrimonio, de lo cual darán á Dios estrecha cuenta, á la más leve indisposición quedarán en su lecho desnudos como cualquiera de vosotros. Mueren, y nada pueden llevar consigo de aquellas galas, sino el torcedor que acompañará á su alma inmortal desengañada de las vanidades de la vida.

Quiero concluir esta exhortación hablándoos de flores, ya que de flores se dignó hablar el Salvador en el Evangelio que hemos leído. La modesta violeta crece al pie del esbelto rosal, sin que la envidia de las ricas flores que han de mecerse sobre su cabeza le impida desplegar sus sencillos y morados pétalos ni verter en su derredor su exquisito perfume.

El Padre celestial las viste á todas, y ellas viven contentas y agradecen á su modo los dones de la Providencia.

DOMINGO 15 DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según san Lucas.

(CAPÍTULO 7.º)

En aquel tiempo: iba Jesús camino de Naím, y con él sus discípulos y mucho gentío. Cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, he aquí

que sacaban á enterrar á un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda, é iba con ella gran acompañamiento de personas de la ciudad. Así que la vió el Señor, movido de compasión, le dijo: No llores. Y arrimóse y tocó el féretro. Y los que le llevaban se pararon. Dijo entonces: Mancebo, yo te lo mando: levántate. Y luego se incorporó el difunto, y comenzó á hablar, y Jesús le entregó á su madre. Con esto quedaron todos penetrados de un santo temor; y glorificaban á Dios diciendo: Un gran Profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.

Los que habéis estudiado el catecismo con alguna reflexión habréis observado que la Iglesia tiene sacramentos de vivos y sacramentos de muertos, y como no es de suponer, á pesar de vuestra candidez, que creáis que la Iglesia nuestra madre administra los tesoros de la gracia que se comunican por medio de los sacramentos á un cadáver inerte y corrupto, ó próximo á la corrupción, debéis suponer que se habla en sentido metafórico y que es á otra clase de muertos á los que pueden alcanzar los efectos del bautismo y de la penitencia.

Vivos, espiritualmente hablando, son aquellos que poseen la gracia de Dios, que no tan sólo es la existencia, sino la salud y la hermosura de las almas; y en este mismo sentido se llaman muertos los que

están privados de aquélla gracia y sumidos en la horrible obscuridad, en la inercia y en la corrupción por el pecado mortal. Insiguiendo esta misma comparación podemos llamar enfermos de más ó menos gravedad á los que están dominados por algún vicio ó inclinados á algún defecto.

Si vosotros tenéis un amigo, por muy querido, por muy amable que sea, por más que estéis acostumbrados á enlazar vuestras manos, á besar su frente, á sonreir ó llorar juntos, y le miréis como un hermano, ¿qué digo? aun cuando fuese vuestro hermano, si el ángel de la muerte bate sobre él sus negras alas, si le toca con su mano yerta, desde el momento en que le veáis pálido é inmóvil acostado en su lecho mortuorio, no os acercaréis á él sin cierta repugnancia, no tocaréis sus manos, y si imprimís en su frente el ósculo de despedida, tendréis que hacer para ello un violento esfuerzo. Es que la vida instintivamente se siente rechazada por el aspecto de la muerte. Es que entre el ser y el no ser hay un inmenso vacío.

El niño que está en gracia de Dios es su amigo, porque Jesucristo reprendía á los que no permitían que los niños se le acercasen, y se colocaba entre ellos sentándolos á su lado y sobre sus rodillas, y permitía al joven é inocente discípulo Juan que se reclinase en su seno. Mas desde el momento en que el ángel tentador bate sobre el niño sus asquerosas alas, murmura á su oído palabras de muerte y le toca con su mano impura, y de él se apodera, el Señor se aparta de él, como vosotros del cadáver de vuestro hermano ó compañero, porque entre la gracia y la culpa, entre la santidad y el crimen media un vacío

tan grande como entre la muerte y la vida, entre el ser y el no ser.

Sentados estos precedentes, supongamos que un niño tiene la desgracia de haber muerto espiritualmente; su pobre madre llora sobre él, y no tiene siquiera el consuelo de la viuda de Naím, puesto que no haciendo pública su muerte y su desgracia, no tiene un acompañamiento de amigos que lloren sobre el féretro del hijo y consuelen á la triste madre. Supongamos, empero, que el amigo fiel viene á depositar el ósculo de despedida sobre aquella frente tan cándida y risueña en otro tiempo; pero este amigo, que es Dios, es todopoderoso y se conmueve á la vista de la desconsolada madre, como sucedió en el pasaje que acabamos de leer; entonces, en lugar de alejarse con repugnancia del cadáver, le dice: niño, yo te lo mando: levántate.

El difunto que conducían á su última morada, y que tan oportuna y dichosamente encontró al Salvador, fué tan dócil á su voz omnipotente que, desenvolviéndose del sudario, levantóse y dirigió la palabra á los que le acompañaban. Falta, pues, que el niño que está muerto á la gracia, y ha sido víctima de la enfermedad de la culpa, obedezca al acento que en nombre de Dios le dirigen los que le aman y los que tienen sobre él el imperio que dan la autoridad, los años, la experiencia y la virtud.

Hijo mío, le decimos, yo te lo mando; levántate: deja tus culpas, deja los vicios que te conducirían al abismo de la muerte eterna; ya que Dios ha sido para ti tan misericordioso como para el mancebo de Naím, desenvuélvete del sudario de las malas costumbres,

habla para hacer una confesión sincera de tus faltas, y corre á los brazos de tu buena madre á consolarla y llenarla de regocijo. Ella enjugará al momento sus lágrimas y clamará como aquella pobre viuda: *Dios ha aparecido entre nosotros, Dios ha visitado mi casa y me ha devuelto mi hijo.*

DOMINGO 16 DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas.

(CAPÍTULO 14.)

En aquel tiempo: habiendo entrado Jesús en casa de uno de los principales de entre los fariseos á comer en un día de sábado, le estaban éstos observando, como en acecho. Y he aquí que se presentó delante de él un hombre hidrópico. Jesús vuelto á los doctores de la ley y á los fariseos, les preguntó: ¿Es lícito curar en día de sábado? Mas ellos callaron: y Jesús habiendo tocado al hidrópico lo curó, y lo despachó. Dirigiéndose después á ellos les dijo: ¿Quién de vosotros, si su asno ó su buey cae en algún pozo ó en un atascadero, no le sacará luego aunque sea día de sábado? Y no sabían qué responder á esto. Notando entonces que los convidados iban escogiendo los primeros puestos en la mesa, les propuso una parábola diciendo:

Cuando fueres convidado á bodas, no te pongas en el primer puesto, porque no haya otro convidado de más distinción que tú, y sobreviniendo el que á ti y á él convidó te diga: haz lugar á este; y entonces con sonrojo te veas precisado á ponerte el último. Antes bien, cuando fueres convidado, vete á poner en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: amigo, sube más arriba. Lo que te acarreará honor á la vista de los demás convidados. Así es que cualquiera que se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado.

Jesucristo mismo lo había dicho; ¡dichosos los ojos quē vieron al Hijo de Dios! ¡Dichosos los humanos que oyeron su divina palabra! En un día de sábado se presenta en casa de uno de los fariseos, le honra sentándose con él á la mesa, y allí tiene lugar un milagro y la aclaración de un precepto del cual los judíos hacían un abuso que nada tenía de justo ni puesto en razón; allí propone el Señor una parábola, y, finalmente, pronuncia una sentencia que, como suya, encerraba todo un tratado de moral, todo un curso de filosofía cristiana.

Sucedía con el anfitrión de aquel convite y con los demás comensales lo que sucede con frecuencia en algunos banquetes y reuniones de nuestra sociedad, que la persona á quien parece se trata de obsequiar está sufriendo una inspección profunda por

sujetos dispuestos á criticar sus más inocentes acciones.

Preséntase un infeliz apenado por una enfermedad que le hace sufrir cruelmente; Jesús posee un manantial inagotable de misericordia y de salud, de vida y de consuelos. Esto no obstante, y con ser el legislador eterno, consulta á los intérpretes de la ley para saber su opinión acerca del tercer mandamiento del decálogo; resuelto empero, sea cual fuere la respuesta, á atender á las súplicas del que imploraba su clemencia, nunca en vano solicitada, y á curarle.

El tercer mandamiento, hijos míos, nos impone el deber de descansar el séptimo día, después de trabajar seis, en memoria de aquellos seis días que empleó el Señor en crear el universo, y su reposo del séptimo. El sábado era el día de la fiesta y descanso para los judíos, y observaban y aun observan hoy este precepto escrupulosísimamente. Mas los cristianos, en memoria de la resurrección del Señor, hemos trasladado al domingo nuestra fiesta, y muchos de entre nosotros la han abolido de hecho, puesto que, ó trabajan en ella, ó la destinan á una clase de descanso mucho más pecaminoso que el trabajo. Sabido es que la mayor parte de las poblaciones, y muy particularmente en las de primer orden, los sastres, modistas, zapateros, etc., trabajan hasta mediodía, como si no fuera tan festiva la mañana como la tarde, como si se diera mayor gloria á Dios y se observara mejor el tercero de sus mandamientos estrenando un vestido, un pantalón ó unas botas, y consintiendo ú ordenando tal vez que para ello se trabaje la

mayor parte del día. Á vuestro juicio apelo, á pesar de vuestra tierna edad, queridos niños. ¿Os parece que observaréis bien el precepto de que tratamos durmiendo hasta muy tarde, por haber trasnochado la velada anterior, siguiendo la costumbre antihigiénica, antieconómica y antimoral de hacer del día noche y de la noche día, oyendo una misa rezada, llegando para ello al templo cuando la Misa ya está empezada y retirándoos al momento para pasar lo restante del día y toda la noche en diversiones más ó menos inocentes? Si esto se llama santificar la fiesta, no sé lo que será profanarla.

Vosotros, como buenos cristianos, quisiera que siguieseis mis consejos en esta parte, siquiera os separaseis de la moda y de unas costumbres relajadas y perniciosas, en lo cual habrá más mérito del que creéis, pues, además de no dejaros arrastrar por el mal ejemplo, le daríais bueno á vuestra familia y podríais contribuir á una regeneracion moral en la sociedad. El hombre que aspira á llenar sus deberes como cristiano y como prudente, el sábado termina ó suspende todos sus negocios y ocupaciones. Se dispone en cuanto alcanzan las facultades de la familia una comida algo más espléndida para el domingo ó día festivo; en éste se visten con mayor decencia (no importa que no sea con lujo), se encaminan todos lo primero al templo de Dios, oyendo, si sus ocupaciones se lo permiten, una misa solemne, y sino una rezada, pero siempre con devoción y recogimiento; se pasa algún tiempo en la iglesia, dando gracias á Dios por los continuos favores que á todos nos dispensa y pidiéndole su gracia y auxilio

para lo sucesivo. Puede también hacerse la visita al Señor en las Cuarenta Horas, en las poblaciones donde exista tan santa institución. No hay inconveniente en entretenerse en la lectura, escritura ú otros trabajos de esta clase, que se llaman liberales, particularmente los hombres en escribir cartas de amistad ó documentos que no sean de interés y las mujeres en examinar los gastos é ingresos que ha habido en la casa durante la semana anterior para arreglar á ellos sus cuentas en la venidera. Tampoco le hay en que las amas de casa pongan en orden los muebles y demás objetos de la casa, si entre semana no hay tiempo para ello; pero el limpiar las habitaciones, como trabajo largo y penoso, debe hacerse más bien la víspera.

La tarde y velada del día festivo puede consagrarse al descanso, ya que la mañana se haya empleado en la oración; y así no tengo reparo en deciros que un paseo, una merienda en el campo, la asistencia á una reunión de personas honestas y de buena educación y aun el teatro, si en él se ponen en escena piezas moralizadoras, de aquellas que ejercen una saludable influencia en las costumbres, pueden servir de expansión y de recreo al ánimo fatigado de los trabajos físicos é intelectuales de toda la semana. Sin embargo, en la parte de espectáculos rogaría á vuestros padres ahora, y á vosotros cuando estéis en edad de gobernaros por vosotros mismos, que seáis delicadísimos en su elección. Por lo que hace á los bailes os aconsejo que no los frecuentéis, y si en mi mano estuviese os lo prohibiría terminantemente.

Refrescadas, digámoslo así, las fuerzas con un ino-

cente recreo y retirándoos á una hora regular, gozaréis de un sueño tranquilo y os encontraréis dispuestos á trabajar de nuevo al día siguiente; pero vuestra satisfacción será mucho mayor si, imitando á Jesús, hacéis buenas obras para santificar la fiesta, visitando á los pobres, asistiendo á los enfermos, repartiendo limosnas, y enjugando, en fin, las lágrimas de los desgraciados, que es uno de los goces más puros que se pueden disfrutar sobre la tierra.

DOMINGO 17 DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo.

(CAPÍTULO 22.)

En aquel tiempo: se acercaron á Jesús los fariseos, y le preguntó uno de ellos, que era doctor de la ley, por tentarle: Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley? Respondióle Jesús: Amarás al Señor Dios tuyo de todo corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el mayor, y el más principal. El segundo semejante á este, es: Amarás á tu prójimo como á ti mismo. En estos dos mandamientos está cifrada toda la ley de los profetas. Estando en cierta ocasión juntos los fariseos. Jesús les hizo esta pregunta: ¿Qué os parece á vosotros del Mesías? ¿De quién es hijo? Dícenle: De David. Replicóles: Pues, ¿cómo es que David, en espíri-

ta profético le llama su Señor cuando dice: Dijo el Señor á mi Señor: Siéntate á mi diestra, mientras tanto que yo pongo á tus enemigos por peana de tus pies? Pues si David le llama su Señor, ¿cómo cabe que sea su hijo? Á lo cual nadie pudo contestarle una sola palabra: ni hubo ya quien desde aquel dia osase hacerle más preguntas.

Los incrédulos y soberbios fariseos preguntaban siempre á Jesús cosas, en su concepto difíciles de contestar, para cerciorarse de si era efectivamente el Mesías, ó ignoraba los misterios de la ley de Moisés y de la religión que ellos profesaban, como si el autor de un código pudiera ser más ignorante de él que los que han estudiado sus artículos. Nuestro Señor Jesucristo quiso confundirlos de una vez para probar cuán superior era su sabiduría, y que las luces de aquellos hombres, que blasonaban de sabios, eran á las suyas lo que los fuegos fatuos que brillan de noche en los cementerios á la purísima lumbrera que irradia torrentes de luz en la celeste bóveda.

En cierta ocasión les propuso un problema que cualquiera de vosotros, niños humildes, sin más instrucción que la del catecismo, podríais resolver muy fácilmente. Vosotros decís que el Mesías es hijo de David, dice Jesucristo; pues ¿cómo cabe que un padre hablando de su hijo le llame su Señor? Con la luz de la fe era muy fácil contestar acertadamente,

pero los que carecen de esta luz son ciegos de inteligencia. Jesús como Dios era Hijo del Eterno Padre, era la segunda persona de la Santísima Trinidad, Rey de los reyes y Señor de los que dominan; y, en este concepto, David le llamaba su Señor; como hombre, era hijo de la Virgen María, que pertenecía á la tribu de Judá y á la familia de David; y he aquí como sus palabras de eterna verdad y sencillísimas en extremo confundieron á aquellos sabios altivos que ignoraban, en medio de su presunción, lo que les convenía para alcanzar la vida eterna, y por eso el Divino Salvador se lo inculcaba tan frecuentemente, con tanta sencillez que puede resumirse en estas dos palabras: Amar y creer.

De estas dos cosas solamente habéis de hacer alarde: con ellas todo es humildad, ternura y confianza; sin ellas todo es soberbia, ira y obscuridad.

Si aquellos hombres hubiesen blasonado de humildes, el Señor se hubiese complacido en enseñarlos, como hacía con los pequeñuelos é ignorantes, porque en todo tiempo ha escondido los tesoros de su sabiduría á los presuntuosos y los ha manifestado á los modestos; de modo que entonces hacía por sí mismo lo que hace ahora por medio de personas virtuosas y verdaderamente ilustradas: cualquiera se complace en enseñar al que de buena fe confiesa lo poco que sabe y lo mucho que ignora, y el hombre prudente se ríe de los pedantes, que se enorgullecen con sus escasos conocimientos, y los deja sumidos en su estupidez y fatuidad.

Hasta aquí he hablado en general; pero, aplicando en particular á los niños lo que llevo dicho, podéis

calcular cuánta risa causará y cuán ridículo parecerá un niño que presuma de sabio, de instruído y que haga alarde de poseer conocimientos en artes y ciéncias de las cuales no ha aprendido más que el nombre. Á este tal nadie le ayudará con sus consejos, nadie le prestará auxilio con las superiores luces de que Dios le haya dotado; al contrario, se complacerán en descubrir su lado flaco y hablar en su presencia de aquello en que se muestre menos intruído, y haciendo patente su ignorancia, lo dejarán corrido y humillado como Jesús á los fariseos.

En cambio, si os mostráis modestos y sin pretensiones de ningún género, cualquiera se sorprenderá cuando, por acaso, y nunca fuera de propósito, emitáis vuestra opinión acertadamente en algún asunto; se complacerá en descubrir las flores de vuestro ingenio, recatadas por vuestra modestia como las violetas entre el follaje; os iluminará con sus consejos persuadido de que caen en terreno fértil las semillas de instrucción ó de moralidad que sembrare, y nadie se gozará en humillaros, lo cual sería poco noble tratándose de una persona que no quiere traspasar su esfera, que no está orgullosa con sus conocimentos, y que cifra toda su satisfacción en saber lo que os he dicho al principio de este capítulo: Amar y creer.

Sí, hijos míos, amad y creed: amad á Dios, pues que Jesucristo dijo que era el primero y más importante de sus mandamientos; amad á vuestros prójimos en general, y á vuestra familia en particular, siendo para ella una especie de ángel custodio, procurando alejar los disgustos domésticos, la escasez,

la miseria y hasta las enfermedades, y consolando á todos cuando el cielo determine afligiros con alguna de estas calamidades. Creed con fe pura y con fe viva, aprended cuanto se necesita para ser hombre de bien, querido y apreciado de su familia y de la sociedad entera, y desempeñar los deberes de vuestro cargo ó profesión, y nunca quedaréis corridos y avergonzados como los doctores de la ley.

DOMINGO 18 DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según san Marcos.

(CAPÍTULO 9.º)

En aquel tiempo: entrando Jesús en un barco pasó á la otra ribera y fué á su ciudad. Al mismo tiempo le presentaron un paralítico postrado en un lecho. Y viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, ten confianza, que perdonados te son tus pecados. Algunos de los escribas dijeron luego dentro de sí: éste blasfema. Y como penetrase Jesús sus pensamientos, les dijo: ¿Por qué pensáis mal allá en vuestros corazones? ¿Qué cosa es más fácil decir: Perdonados te son tus pecados; ó decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar pecados, levántate, dijo entonces al paralítico, toma tu

lecho y vete á tu casa. Y levantóse, y fuese á su casa. Cuando esto vieron las gentes quedaron poseídas de un santo temor, y dieron gloria á Dios, por haber dado tal poder á los hombres.

En tanto que la multitud acudía presurosa á saludar al Salvador, en tanto que la familia y amigos de un desgraciado paralítico se presentan á él llenos de confianza y fe, creyendo con fundamento, por los milagros y portentos de que tienen noticia, que puede restituirle la salud y el ejercicio de sus miembros, otras personas, alimentando ruines sentimientos de envidia y desconfianza, acusan de blasfemo al Señor, de cuyos puros y benditos labios no pueden salir sino palabras de inmaculada verdad y eterna sabiduría. Ellos, que esperaban un Mesías que había de redimir los pecados de toda la descendencia de Adán, dicen que blasfema porque ha dicho á un solo hombre: Perdonados te son tus pecados! Y es que la soberbia los cegaba hasta el extremo de no querer reconocer por su rey y salvador á un hombre vestido modestamente, y que no caminaba como los antiguos vencedores á la cabeza de un numeroso ejército, y llevando uncidos á su carro triunfal los monarcas y jefes que venciera.

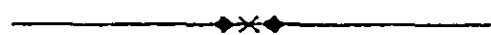
Pero el Señor, hijos míos, penetra los más recónditos pensamientos, y del mismo modo que había comprendido la fe sincera del paralítico y de los que le presentaron, observa la malicia de sus detractores, y les dice en tono de dulce reconvención: ¿Por

qué fraguáis malos pensamientos allá en vuestros corazones? Contemplad la admiración y al mismo tiempo el disgusto que debió apoderarse de aquellos hombres, viendo descubierta su injusta y sacrílega sospecha por el mismo que era objeto de ella. Si cuando vosotros hacéis un juicio temerario, pensando mal de vuestros prójimos por un ligero indicio, y á veces nada más fundados en aquel adagio, inventado sin duda por algún escéptico malintencionado, que dice: «piensa mal y acertarás,» oyeseis á la víctima de vuestras acusaciones echaros en cara vuestra injusta sospecha,¿cuánta sería vuestra confusión? Si el padre de la persona que era blanco de vuestros malos pensamientos viniese á pediros cuenta de ellos, no sería menor vuestro sonrojo que si fuese el mismo interesado; pues bien, haceos cuenta que Dios es padre de todos los hombres, que formuláis juicios temerarios acerca de la conducta de un hijo suyo, más inocente que vosotros y de corazon más recto, y que el Señor os dirige como á los escribas en presencia del paralítico aquellas sentidas palabras: ¿Por qué pensáis mal allá en vuestros corazones?

No podéis figuraros los terribles efectos de la perniciosa costumbre de pensar mal de todo el mundo so pretexto de no querer ser burlados; rara vez se tiene la prudencia de reservarse cada uno para sí el juicio que ha formado, siendo lo más común el confiarlo cuando menos á un amigo, ya por hacer alarde de perspicacia, ya también para que esté sobre aviso y no se deje engañar por personas que piensan en todo menos en engañarle. Insensiblemente va cundiendo la voz, de modo que ni el primero que

empezó á murmurar conoce que sea él el autor de las calumnias que se han esparcido; pero entonces le es tan imposible remediar el mal que ha causado, como imposible os sería, en una tarde de mucho viento, recoger todas las hojas de la flor que hubieseis deshojado en una eminencia, y que la brisa se hubiese encargado de diseminar en todas direcciones y á larga distancia. La calumnia se extiende tan de prisa como una gota de aceite en un pliego de papel; así que para no correr peligro de contribuir á la perdición moral de un individuo, acostumbraos á pensar bien de todo el mundo, porque de los malos pensamientos á la murmuración hay muy poca distancia.

No pretendo con esto haceros confiados hasta la imprudencia; no quiero, por ejemplo, que, porque vosotros sois incapaces de desear ni mucho menos tomar lo ajeno, dejéis abiertas las puertas de vuestra casa, creyendo que todos se os parecen y nadie querrá sino lo que es suyo; tampoco deseo que porque vosotros sepáis guardar un secreto, confiéis los vuestros á cualquiera de los que se llaman amigos y que podría hacer mal uso de ellos. Quiero, sí, que procuréis precaver el mal, que vuestra cabeza lo prevea, pero que vuestro corazón se incline al bien, de modo que el refrán de que he hecho mención al principio, quisiera que se aboliese enteramente entre las personas cristianas y virtuosas, y que, en lugar de decir: *piensa mal y acertarás*, se dijese: *piensa bien y no ofenderás á Dios.*



DOMINGO 19 DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo.

(CAPÍTULO 22.)

En aquel tiempo: hablaba Jesús á los principales de entre los sacerdotes y fariseos en parábolas, y les dijo: En el reino de los cielos acontece lo que á cierto rey que celebró las bodas de su hijo. Y envió á sus criados á llamar á los convidados á las bodas, mas éstos no quisieron venir. Segunda vez despachó nuevos criados, con orden de decir de su parte á los convidados: Tengo dispuesto el banquete, he hecho matar mis terneros y demás animales cebados, y todo está á punto: mas ellos no hicieron caso, antes bien se marcharon, quien á su granja, y quien á su tráfico ordinario: los demás cogieron á los criados, y después de haberlos llenado de ultrajes, los mataron. Lo cual oído por el rey, se enardeció de cólera; y enviando sus tropas, acabó con aquellos homicidas y abrasó su ciudad. Entonces dijo á otros criados: Las prevenciones para las bodas están hechas, mas los convidados no eran dignos de asistir á ellas: id pues á las salidas de los caminos, y todos cuantos encontréis convidadlos á las bodas. Al punto los

criados, saliendo á los caminos, reunieron á cuantos hallaron, malos y buenos; de suerte que la sala de las bodas se llenó de gentes, que se pusieron á la mesa. Entrando después el rey á ver los convidados, reparó allí en un hombre que no iba con vestido de boda. Y díjole: Amigo, ¿cómo es que has tú entrado aquí sin vestido de boda? Á lo que enmudeció el convidado. Entonces dijo el rey á sus ministros de justicia: Atadlo de pies y manos, y arrojadle fuera á las tinieblas, donde no habrá sino llanto, y crujir de dientes. Tan cierto es que muchos son los llamados y pocos los escogidos.

Hermosa cuanto terrible parábola nos refiere el evangelista San Mateo en el Evangelio de mañana.

El Rey eterno de cielos y tierra celebra las bodas de su Hijo el Cordero inmaculado; convida antes que á todos á su pueblo escogido para que vaya á sentarse á su mesa, donde han de servirse manjares dignos de los ángeles, pero su pueblo no hace caso de sus insinuaciones y avisos; manda á sus criados los Profetas y á su mismo Hijo el divino Salvador, y unos y otros son escarnecidos, cubiertos de ultrajes, y reciben la muerte cuando iban á ofrecerles la vida. Indignado el Soberano Monarca del universo envía sus ministros, pues como ministros suyos obraban los romanos al exterminar, de modo tan horroroso que no tiene ejemplo en los anales de las naciones,

la desgraciada ciudad de Jerusalén. Tito escribía que se sentía impulsado de una fuerza superior, y que sus instintos piadosos y humanitarios enmudecían á los acentos de una voz desconocida que murmuraba siempre á su oído palabras de muerte y exterminio. Así fué como los soldados enviados por el Rey abrasaron la ciudad y exterminaron á sus habitantes, que no eran dignos de asistir á las bodas de su Hijo.

Mas la comida estaba dispuesta, la inagotable munificencia del Eterno tenía prevenidos los tesoros de su gracia; entonces dijo á sus criados: Salid á buscar á cuantos hallareis por los caminos; y los apóstoles propagaron por todo el mundo la luz del Evangelio, generoso y continuo convite para las bodas del Cordero.

El Rey se complace en visitar todos los días la mesa en que se sirve el pan de los ángeles; la mesa, quiero decir, en que se administra el pan eucarístico. Mas ¡ay de aquel á quien no se encuentre con ropas de bodas, que es la caridad y la pureza de conciencia! Vosotros, hijos míos, estáis convidados; mas si no comparecéis con el vestido de la gracia en el día de vuestra muerte, después de haber asistido á la sagrada mesa con los atavíos correspondientes, oiréis la dolorosa sentencia que fué formulada contra aquel que se atrevió á presentarse de un modo tan poco conveniente.

Ya habréis comprendido que el convite de que he hablado, diciendo que participáis de él con frecuencia, es la comunión; y el más solemne convite, aquel en que se celebran continuamente las grandezas y magnificencia del Monarca, es la gloria, en la cual

no puede entrar más que aquel que se presente con un traje inmaculado y más brillante que las estrellas del cielo.

Vosotros habeis vestido un día una túnica blanca como la flor del jazmín, la capilla que ponen á los niños en el acto de bautizarlos y que llevasteis también, la cual simboliza la pureza. ¡Dichosos vosotros si la conserváis, pues en tal caso tenéis seguro el sentaros en la mesa y participar de la alegría de los ángeles y de los escogidos! Aquellos, empero, que viendo manchada la túnica de su inocencia se cubren con la armadura de la incredulidad, los llamados espíritus fuertes, que no quieren creer ó aparentan que no creen verdades, para ellos bien amargas, serán los que al presentarse un día, cuyo plazo infaliblemente ha de llegar tarde ó temprano, á mendigar un sitio en la patria del Rey bondadoso que los llamó, serán arrojados de la mesa á un lugar de eterno llanto y desesperación, porque su armadura y su traje de guerra no sientan bien en la tranquilidad y recocijo de unas bodas.

Aquellos que han manchado su blanco vestido, pero le han lavado con lágrimas de penitencia, y se han cubierto con el manto del arrepentimiento, pueden esperar ser admitidos con tan decoroso traje en el suntuoso palacio donde se celebra el celestial convite.

Vosotros, que creo habéis comprendido la parábola del modo que yo os la he explicado, y cuya interpretación he tomado de algunos teólogos, procuraréis aprovecharos de ella, no desdeñando el convite y la bondad con que os brinda el Señor á participar

de los bienes eternos; ni seréis tan imprudentes que creáis habéis de lograrlos sin hacer por vuestra parte aquello á que alcancen vuestras fuerzas, poniendo en práctica, para ser dignos hijos de Dios é imitadores de Jesucristo, cuantos preceptos os damos todos los que queremos veros felices en el tiempo y en la eternidad. No olvidéis, para esto, que se necesita vigilancia y buen deseo, puesto que, dice el mismo Salvador, que *muchos son los llamados y pocos los escogidos.*

DOMINGO 20 DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según san Juan.

(CAPÍTULO 4.°)

En aquel tiempo: había en Cafarnaúm un señor de la corte, cuyo hijo estaba gravemente enfermo. El dicho señor habiendo oído que Jesús venía de Judea, á Galilea, fué á encontrarle, suplicándole que bajase desde Caná á Cafarnaúm á curar á su hijo que estaba muriéndose. Pero Jesús le respondió: Vosotros si no veis milagros y prodigios no creéis. Instábale el de la corte: Ven, Señor, antes que muera mi hijo. Dícele Jesús: Anda, que tu hijo está bueno. Creyó aquel hombre la palabra que Jesús le dijo, y se puso en camino. Yendo ya hacia su casa, le salieron al encuentro los criados con la nueva de

que su hijo estaba bueno. Preguntóles á que hora había sentido la mejoría, y le respondieron: Ayer á la hora séptima le dejó la calentura. Reflexionó el padre que aquella era la hora misma en que Jesús le dijo: Tu hijo esta bueno. Y así creyó él y toda su familia.

El pasaje que acabamos dė leer nos enseña, hijos míos, el comportamiento que debemos observar cuando el Señor nos pruebe mandándonos enfermedades ó cualquier otra clase de tribulaciones.

La confianza en la providencia no debe abandonarnos un solo instante, puesto que la fe nos enseña y los hechos del Antiguo y Nuevo Testamento corroboran que nada hay superior al infinito poder de Dios.

Así, cuando vemos un ser querido al borde del sepulcro, especialmente si este ser, objeto de nuestra ternura, se encuentra en la primavera de la vida, cuando vemos que aquella existencia lozana y florida está próxima á extinguirse para siempre, instintivamente aun antes de dar oídos á los consejos del sentimiento de la piedad, levantamos los ojos al trono del Eterno, de donde sabemos puede venir todo remedio. Y cuanto más reflexionamos, cuanto más nuestra mente se extasía y nuestro corazón se consuela contemplando la bondad de Dios, recordando los beneficios generales ó particulares que en otras ocasiones hemos recibido, más y más nos animamos á pedir llenos de dulce confianza la prolongación de aquella vida, la salud para aquel hijo amado, para

aquel padre tierno, para aquel hermano objeto de cariño.

¡Cuán dignos de compasión son en tales casos los infelices ateos, los torpes materialistas, los que todo lo esperan de la ciencia humana, cuando se convencen con indecible amargura de que la ciencia humana es impotente!

Unos y otros, es decir, creyentes é incrédulos, siguen con la mirada fija y el corazón angustiado las contracciones del rostro del hombre á quien han confiado la salvación del enfermo, esperan una palabra de sus labios..... mas ¡ay! aquella palabra es desconsoladora!

Entonces ¿á quién volverá los ojos el desdichado ateo?..... Víctima de un dolor sin consuelo, presa á veces de la desesperación, mesa sus cabellos, blasfema, se irrita contra su suerte, como si la suerte fuese un ser real, causante de nuestras alegrías y nuestros dolores.

El hombre cristiano, la mujer piadosa, corren entretanto á postrarse ante una imagen del divino Jesús ó de la Madre de las misericordias, y levantando su pensamiento á la región celeste claman con suprema esperanza: «Ven, Señor, antes que muera mi querido enfermo.»

No es necesario para eso desatender el cuidado material del que padece, abandonar nuestras obligaciones para volar al encuentro del Salvador, como hizo el triste padre habitante de Cafarnaúm; no es preciso correr al templo de Dios cuando nuestro deber nos retiene en otra parte; su poder y su clemencia alcanzan dondequiera, y tal vez mientras prodiga-

mos al paciente nuestros cuidados materiales, una oración que ningún oído humano puede percibir, porque no la pronuncia el labio, una plegaria fervorosa que sale del fondo del alma, sube hasta el cielo, el Señor la atiende, y entonces una reacción favorable, que se atribuye generalmente á la eficacia de la medicina, que ya se había considerado impotente, devuelve la salud al que yacía sin esperanza de vida.

No siempre se repite el pasaje del Evangelio que acabamos de leer: muchas veces el enfermo sucumbe, y para las familias que en tales casos se entregan á la duda y á la desesperación, dijo Jesús con su previsión divina: «Vosotros si no veis milagros no creéis.»

Aprovechémonos de la advertencia. Tengamos fe inquebrantable, resignación cristiana y esperanza en la otra vida.

DOMINGO 21 DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo.

(CAPÍTULO 18.)

En aquel tiempo: propuso Jesús á sus discípulos la parábola siguiente: Es semejante el reino de los cielos á un rey, que quiso entrar en cuentas con sus siervos. Y habiendo comenzado á tomarlas, le fué presentado uno que le debía diez mil talentos. Y como no tuviese con qué pagarlos mandó su señor que fuese vendido él,

y su mujer, y sus hijos, y cuanto tenía, y que le pagase. Entonces el siervo arrojándose á sus pies, le rogaba, diciendo: Señor, espérame, que todo te lo pagaré, y compadecido el señor de aquel siervo, le dejó libre, y le perdonó la deuda. Mas luego que salió aquel siervo, halló á uno de sus consiervos, que le debia cien denarios; y trabando de él le quería ahogar diciendo: Paga lo que me debes. Y arrojándose á sus pies su compañero, le rogaba diciendo: Ten un poco de paciencia, y todo te lo pagaré. Mas él no quiso, sino que fué y le hizo poner á la cárcel, hasta que pagase lo que debia. Y viendo los otros siervos sus compañeros lo que pasaba se entristecieron mucho, y fueron á contar á su señor todo lo que habia pasado. Entonces le llamó su señor, y le dijo: Siervo malo, toda la deuda te perdoné porque me lo rogaste: pues ¿no debias tú también tener compasión de tu compañero así como yo la tuve de ti? Y enojado su señor le hizo entregar á los atormentadores, hasta que pagase todo lo que debia. Del mismo modo hará también con vosotros mi Padre celestial, si cada uno de vosotros no perdonare de corazón á su hermano.

Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Esta es la quinta peti-

ción del Padre nuestro, de la oración más sublime, de la plegaria más bella, plegaria que dictó palabra por palabra el mismo Jesús á sus discípulos. Apenas podéis hablar cuando ya vuestros cariñosos padres os enseñan á rezarla, y se sonríen y os besan con júbilo cuando ven que la vais aprendiendo; así es que todos vosotros la sabéis ya, y cada día cuando los rayos del sol os despiertan la recitáis, mezclando vuestra voz á los trinos de las aves que saludan la venida del día.

Entonces hacéis una promesa formal de mirar con la mayor indulgencia las flaquezas y faltas de vuestros prójimos, pronunciando al mismo tiempo un anatema que debe caer sobre vuestra cabeza si no cumplís lo prometido. Perdónanos lo que os debemos, le decís al Señor, del mismo modo que yo te prometo perdonar á los que á mí me ofendan, y si yo no los perdono, haz conmigo lo que yo hiciere con ellos.

Sabía Jesucristo, á cuya divina sabiduría todo está presente, y ante la cual no hay pasado ni porvenir, cuántas veces se había de profanar la oración salida de sus divinos labios, sabía cuántas veces la parábola del siervo malo se había de repetir entre los que se llaman cristianos buenos.

Y en efecto, hijos míos, una persona sale de casa irritada por cualquier insulto ó desprecio recibido de otra de su misma familia, de un vecino, de un amigo, etc. Va á la iglesia, póstrase ante el ara santa, recuerda que todos hemos de dar estrecha cuenta de nuestros odios y rencores; y como el siervo del Evangelio ante el rey su acreedor, conjura con lágrimas al Rey del

cielo, postrado de hinojos como aquél, que le perdone las ofensas que le ha inferido, prometiendo, por medio de un fervoroso acto de contrición, *no volver más á pecar*.

El silencio del templo, la calma, aquella semiobscuridad tan propia de una capilla del catolicismo, el suave perfume del incienso y de las flores que ornan los altares, muchas veces los dulces acordes de una música religiosa que, aunque haya cesado ya, nos parece que vibra todavía en nuestros oídos, y, más que todo esto, la piadosa faz de alguna imagen del Crucificado, todo, digo, parece hablar de perdón y de misericordia, como si fuesen las dulces palabras que escuchó el siervo de boca de su señor.

Mas sale á la calle aquel hombre, aquella mujer impresionables y poco caritativos, la escena ha variado á sus ojos y se borran insensiblemente los efectos que produjo en su imaginación. Encuentra al paso alguna de las personas de quien tiene queja, más ó menos fundada, y, con esa doble vista que tienen las gentes cavilosas y mal pensadas, le parece que le han visto y no han querido saludarle, que han hecho un gesto de desdén ó cosas semejantes, y, tomando cuerpo en su acalorada fantasía estas pequeñeces, se le oye decir tan formal como imprudentemente: *Esta sí que no se la perdono, me la pagará*, y otras frases indignas de gentes que blasonan de cristianas.

Cuando este tal se encuentre solo y entre en cuentas consigo mismo, ¿no le parecerá oir la voz irritada del Señor, que le dice: Siervo malo, yo te perdoné cuando me lo rogaste y te hice experimentar los efectos de este perdón, traducidos en la más dulce tran-

quilidad; pues por qué no has de hacer tú lo mismo con tus hermanos?

Espero, queridos niños, que vosotros no querréis pareceros al siervo de la parábola, ni á cualquiera de mi ejemplo, sino que mostraréis magnanimidad y grandeza de alma, despreciando las pequeñas ofensas, perdonando las grandes y compadeciendo á los ofensores. Con está táctica y con la de rogar á Dios por vuestros enemigos, agradaréis á vuestro Padre celestial, y á la sociedad, que admira las virtudes, aun cuando no siempre pueda imitarlas, y pondréis por obra aquella máxima de sublime moral que dice: *Amad á los que os han hecho daño, si queréis hacer más que los malvados, porque éstos aman á los que les quieren bien.*

DOMINGO 22 DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo.

(CAPÍTULO 22.)

En aquel tiempo: yéndose los fariseos, consultaron entre sí, cómo sorprenderían á Jesús en lo que hablase. Enviaron pues sus discípulos juntamente con los herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de Dios en verdad, y que no te cuidas de cosa alguna: porque no miras á la persona

de los hombres. Dinos, pues, ¿qué te parece? ¿Es lícito dar tributo al César ó no? Mas Jesús conociendo la malicia de ellos, dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario. Y Jesús les dijo: ¿Cuya es esta figura é inscripción? Dícenle: Del César. Entonces les dijo: Pues pagad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

«Ninguno puede servir á dos señores, ninguno puede servir á Dios y á las riquezas,» dijo Jesús en en cierta ocasión, según nos refiere el evangelista san Mateo en el capítulo seis: y en el Evangelio de mañana se nos dice: «Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.»

Vosotros, hijos míos, los más adelantados y que meditáis detenidamente en lo que os voy explicando, me diréis: ¿Qué es, pues, lo que se nos manda? ¿Debemos contemporizar con las exigencias del mundo, debemos complacer á la sociedad, ó únicamente hemos de pensar en agradar á Dios y en salvar nuestras almas?

Para contestar á esta pregunta voy á contaros lo que refiere otro Evangelista. Cuenta san Lucas en el capítulo diez que, en cierta ocasión entró Jesús en casa de un amigo suyo, á quien amaba mucho, llamado Lázaro, el cual tenía dos hermanas, Marta y María.

El divino Huésped fué instalado en una habitación,

y Marta estaba ocupadísima en disponer su lecho, su alimento, y en atender solícita á que nada le faltase, en tanto que su hermana María, sentada á los pies del Salvador, escuchaba atentamente su palabra. He aquí que Marta reconvino á su hermana, y aun suplicó al Señor le mandase que saliese á ayudarla en los quehaceres domésticos. Respondióle Jesús: Marta, Marta, muy solícita andas y muchas cosas te distraen; María, tu hermana, no piensa más que en una sola. Ella ha escogido la mejor parte.

Vosotros, si podéis elegir esta buena parte que escogió María, no despreciéis la ocasión. Si tenéis la dicha de poder consagraros muchas horas á la oración, á la lectura de libros piadosos, y á la meditación, haced cuenta que como María, estáis á los pies del Salvador departiendo con él; mas si pertenecieréis á una familia sin bienes de fortuna, si, como es lo más probable, tuvieseis que dedicaros primero á aprender y luego á ejercer una carrera, arte ú oficio, dedicaos á ello con todo el ardor y el entusiasmo de la juventud, sin descuidar por esto vuestras obligaciones religiosas, y acordaos entonces de Marta que también cumplía con un deber piadoso obsequiando al Huésped celestial, y qne al decir este Señor que María había escogido la mejor parte, no dijo que la de su hermana fuese mala, ni su conducta digna de reprobación.

Si alguno de vosotros se sintiese inclinado al sacerdocio, si tuviese una verdadera vocación y sus padres aprobasen sus deseos, conságrese enhorabuena al Señor enteramente, sea su ministro, y escogerá la misión de María de pasar horas enteras arrodillado á

sus pies, estudiando y difundiendo su ley santa, y nosotros desde el mundo envidiaremos su felicidad, viéndole en el puerto mientras los demás continuamos en el océano luchando con las olas. Pero como á la mayor parte os tocará vivir en el siglo, yo os aconsejo lo que tantas veces os he dicho ya, esto es, que consagréis parte del día á la oración, que roguéis al Señor bendiga todas vuestras acciones, y le entreguéis vuestro espíritu, y así daréis á Dios lo que es de Dios. Que empleéis vuestro trabajo en la prosperidad de vuestra nación y vuestra casa, en atender á que en la última no se carezca de nada, á que florezca en vuestro rededor la paz y el bienestar; á que vuestros padres y hermanos, vuestra esposa é hijos, si estáis algún día destinados á tenerlos, vean en vosotros su más firme apoyo, unos compañeros fieles, activos y vigilantes. Dad á los vuestros toda la felicidad que podáis alcanzarles, y así daréis al César lo que es del César.

Nada de transacciones con esos amigos viciosos y relajados, con el placer, con el juego que arruina muchas familias; nada de afición á esos pasatiempos frívolos que absorben la mayor parte de la vida de la juventud, destruyendo su patrimonio juntamente con su salud; pero tampoco os prescribiré una virtud huraña, que no tolera las debilidades ni los defectos en los demás.

Nada queráis concederos á vosotros mismos ni á vuestra familia de esos placeres de que he hablado arriba, sed todos piedad y religión, porque sin estas circunstancias el alma humana es una flor que carece de perfume: prudentes en la prosperidad, sufri-

dos en la desgracia y caritativos con todos vuestros prójimos.

DOMINGO 23 DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo.

(CAPÍTULO 9.°)

En aquel tiempo: estando Jesús hablando al concurso de gentes que le rodeaban, llegó un hombre principal, jefe de Sinagoga, y adorándole le dijo: Señor, una hija mía está á punto de morir; pero ven, impón tu mano sobre ella y vivirá. Levantándose Jesús le iba siguiendo con sus discípulos, cuando he aquí que una mujer que hacía ya doce años que padecía un flujo de sangre, vino por detrás y tocó el ruedo de su vestido. Porque decía ella entre sí: Con que pueda tocar solamente su vestido, me veré curada. Mas volviéndose Jesús, y mirándola, dijo: Hija, ten confianza, tu fe te ha curado. En efecto, desde aquel punto quedó curada la mujer. Venido Jesús á la casa de aquel hombre principal, y oyendo la música fúnebre, y al ver el alboroto de la gente: Retiraos, dijo, pues que la niña no es muerta, sino que está dormida. Y hacían burla de él. Mas echada fuera la gente, entró y la tomó de la mano. Levantóse al punto

la niña, y el suceso se divulgó por todo aquel país.

La muerte, se dice por lo regular, es una cosa muy triste. La muerte, os digo yo, es una condición indispensable de la vida y su precisa consecuencia.

Si la muerte fuese tan triste, tan terrible, tan dolorosa como generalmente se cree, nuestra vida sería un continuo sobresalto y se hallaría amargada por la más profunda melancolía, porque desde el día en que adquirimos la existencia estamos condenados á morir, y desde el momento en que podemos usar de nuestra razón vislumbramos en el porvenir la imagen de la muerte.

Las flores abren su cáliz, ostentan sus matices, esparcen las emanaciones del perfume que encierran, y después se marchitan y se deshojan. Su existencia es muy breve; la de las aves, insectos y la de la mayor parte de los animales es más larga, pero también, por lo regular, más corta que la del hombre.

Todos los días vemos la imagen de la muerte en la destrucción de seres orgánicos, y aun vemos sucumbir á nuestros semejantes, á nuestros amigos, á nuestros padres y á nuestros hermanos; pero nada es capaz de familiarizarnos con la idea del término de nuestra existencia, ni deja de presentársenos siempre rodeada de fúnebre aparato, de pavorosas sombras, de tristeza, de horror.

Yo he leído en un autor sagrado que Dios quiso rodear á la muerte de este aspecto terrorífico porque

de lo contrario todos aquellos que no tienen una piedad sólida, un temor de Dios á toda prueba y unos sentimientos verdaderamente religiosos, á la menor contrariedad que experimentasen los veríamos correr en busca de un cuchillo ó de una cuerda para poner término á una vida que les es insoportable. Y aun así y todo, á pesar del triste aspecto de la muerte y á pesar de que nuestra religión tan sublime y tan santa, y todas las religiones y todas las leyes divinas y humanas condenan el suicidio, ¿cuántos desgraciados vemos con harta frecuencia que cometen tan sacrílego atentado?.....

Mas apartemos la vista de este doloroso objeto y ocupémonos de la muerte del justo y especialmente del fin tranquilo del cristiano, de que nos habla otro escritor elocuentísimo, el autor del «Genio del Cristianismo». La muerte es el término de un viaje, es el reposo después del trabajo, es el sueño tranquilo de la noche después de las fatigas del día.

Cuando os ponéis en vuestro lecho rezáis una oración y os quedáis dormidos con la sonrisa en los labios, esperando que la luz de la aurora os hará levantar de nuevo para disfrutar dé la belleza del sol, de la vista del cielo y de las caricias de vuestros padres; y si por ventura habéis sabido la lección y habéis cumplido con vuestras obligaciones de niños, os entregáis al sueño mucho más alegres, esperando que al siguiente día recibiréis infaliblemente un premio ó una recompensa á que os habéis hecho acreedores.

La vida es un día cuyo ocaso no llegará al mismo tiempo para todos, ahora es de día para todos nos-

otros: trabajad, pues, esmeraos en cumplir vuestros deberes; y cuando se haga de noche para cada uno de vosotros, cuando llegue el momento de entregaros al sueño de la muerte, sueño plácido y tranquilo para el justo, dormíos alegres, dad un cariñoso adiós á los que todavía no han terminado sus fatigosos trabajos, á los que todavía no tienen preparado su lecho de reposo, y esperad que brille el sol de la justicia para alumbrar el día de la recompensa.

Tal vez mientras una música fúnebre acompañe vuestros restos mortales, mientras vuestros amigos lloren, mientras invada la casa la multitud como en la muerte de la hija del jefe de Sinagoga, los ojos de vuestra alma verán al Salvador que se acerca, vuestro espíritu escuchará su voz mucho más armoniosa que el canto místico que se eleva á los cielos desde el templo cristiano, y os dirá: No has muerto, no, sino que estás dormido: tus despojos mortales descansarán entre los de tus hermanos hasta el juicio final; pero tu alma vive y vendrá conmigo al paraíso á gozar el premio que han obtenido sus virtudes, y particularmente la observancia de mis preceptos y la práctica de mis máximas evangélicas.

DOMINGO 24 DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo.

(CAPÍTULO 24.)

En aquel tiempo: dijo Jesús á sus discípulos: Cuando viereis que está establecida en el lugar

santo la abominación desoladora que predijo el profeta Daniel (quien lea esto nótelo bien), en aquel trance los que moren en Judea huyan á los montes, y el que esté en el terrado no baje ó entre á sacar cosa de su casa, y el que se halle en el campo no vuelva á coger su túnica ó ropa. Pero ¡ay de las que estén en cinta ó criando, y no puedan huir aprisa en aquellos días! Rogad pues á Dios que vuestra huída no sea en invierno ó en sábado en que se puede caminar poco. Porque será tan terrible la tribulación entonces, que no la hubo semejante desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás. Y á no acortarse aquellos días ninguno se salvaría; mas abreviarse han por amor de los escogidos. En tal tiempo, si alguno dice: El Cristo ó Mesías está aquí ó allí, no le creáis. Porque aparecerán falsos Cristos y falsos Profetas, y harán alarde de grandes maravillas y prodigios, por manera que aun los escogidos, si posible fuera, caerían en error. Ya veis que os lo he predicho. Así, aunque os digan: He aquí el Mesías que está en el desierto, no vayáis allá; ó bien: Mirad que está en la parte más interior de la casa, no lo creáis. Porque como el relámpago sale del Oriente, y se deja ver un instante hacia Occidente, así será el advenimiento del Hijo del hombre. Y dondequiera que se hallase el cuerpo, allí se juntarán las águilas. Pero luego después de la tribulación de aquellos días,

el sol se obscurecerá, la luna no alumbrará, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes ó los ángeles de los cielos temblarán. Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre, á cuya vista todos los pueblos de la tierra prorrumpirán en llantos, y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes resplandecientes del cielo con gran poder y majestad. El cual enviará sus ángeles, que á voz de trompeta sonora congregarán á sus escogidos de las cuatro partes del mundo, desde un horizonte del cielo hasta el otro. Tomad esta comparación sacada del árbol de la higuera: cuando sus ramas están ya tiernas y brotan las hojas, conocéis que el verano está cerca. Pues así también cuando vosotros viereis todas estas cosas, tened por cierto que ya el Hijo del hombre está para llegar, que está ya á la puerta. Lo que os aseguro que no se acabará esta generación hasta que se cumpla todo eso. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no faltarán.

El sagrado Evangelio nos hace una elocuentísima y aterradora pintura de los días de desolación que precederán al juicio final, á aquel acto de reparación de todas las injusticias, en que se arrancará la máscara á los hipócritas, y la virtud aparecerá con todo su brillo, sin que tenga que temer los tiros envene-

nados de la envidia, ni las manchas con que procura empañarla la calumnia. Allí, el que se ha conservado con todo el candor de la inocencia, ó regenerado por medio de la penitencia, aparecerá ceñido de una aureola brillante, al paso que aquellos que en esta vida han sofocado el grito de su conciencia, y cerrado los ojos á la luz de la fe, sentirán amargos cuanto estériles remordimientos, viendo la terrible verdad, cuando no es tiempo de retroceder para evitar los funestos resultados de su imprudente conducta.

No habrá medio para librarse de aquel día de confusión y de vergüenza para los que han engañado al mundo con falsas apariencias de virtud, modestia y buen comportamiento; y esto, como os dije en otra ocasión, es tan infalible como que el mismo Jesucristo, que no puede engañarse ni engañarnos, es quien lo ha predicho.

Esto no obsta para que sea cierto lo que os dije el sábado pasado acerca del juicio particular que hará el Juez Eterno de las acciones de cada individuo inmediatamente después de su muerte. Algunos dicen: ¿Para qué puede servir el juicio universal, cuando en éste no ha de mudarse un ápice de la sentencia que á cada uno le haya cabido en el particular? Pero los teólogos señalan, entre otras razones, la necesidad de que quede satisfecha la sed de justicia, y de que se haga pública la reparación de las ofensas hechas á la Divinidad, del escarnio y transgresión de sus leyes, del escándalo con que se ha arrastrado muchas veces á los inocentes.

Sin que sea deseo de venganza, el justo que llora

oprimido bajo el peso de la tiranía, el que se ve calumniado y no tiene medios de patentizar su inocencia, sienten un deseo, no sólo de que el Supremo Juez falle su causa, sino de que este fallo sea público para confundir á sus injustos detractores.

Así tras del día en que brille, como os dije la semana anterior, el sol de la justicia para cada uno de vosotros, esperad también otro día de deshecha tormenta, de borrasca cual no la han presenciado los nacidos, de desolación, de amargura. Pero aquellas señales terribles serán, según el mismo Jesucristo, lo que son los tiernos brotes de la higuera para el agricultor que anhela la llegada del feraz estío, indicios del próximo cumplimiento de sus deseos.

Tras la tempestad aparece el arco iris, hermoso con sus colores, lazo místico con que el Eterno uniera el cielo y la tierra; tras la tempestad que preceda al juicio aparecerá el Hijo del hombre sobre su trono de nacaradas nubes, vestido con toda magnificencia, empuñando el cetro de su gloria y dictando una sentencia inapelable de exterminio y desconsuelo para unos, de gloria eterna, de felicidad sin límites, de recompensa infinitamente superior á sus méritos para otros.

Pedidle, hijos de mi corazón, pedidle con fervor que os ilumine para marchar rectamente por la senda del deber, para que vuestras palabras, acciones y pensamientos le sean tan agradables que en aquel día podáis esperar tranquilos el fallo de su sentencia, y llenos de purísima alegría, escuchéis de sus divinos labios las palabras de bendición que dirigirá á sus escogidos. Y pedidle también que vuestro hu-

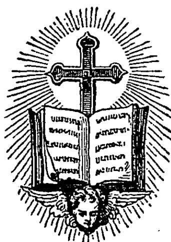
milde y amante preceptor, que tanto se afana por labrar vuestra eterna dicha, os acompañe.

NOTA.—No siempre hay seis semanas entre la Epifanía y el domingo de Septuagésima, pues sabido es que ésta es una fiesta movible, y por consecuencia si la Cuaresma, Pascua y Pentecostés caen más bajas, habrá más de veinte y cuatro semanas entre Pentecostés y el Adviento; en cuyo caso, en las domínicas que sobran, la Iglesia reza lo correspondiente á aquellas otras que tuvieron que excluirse ú omitirse antes de Septuagésima. Así, por ejemplo, si hubiese veinte y seis semanas entre Pentecostés y el Adviento, el maestro leerá en los sábados veinte y cuatro y veinte y cinco los Evangelios correspondientes á la quinta y sexta domínica después de la Epifanía, que son el del *trigo y la cizaña*, y el del *grano de mostaza*. Advirtiendo, sin embargo, que el más próximo al Adviento ha de ser siempre el que dejamos expuesto últimamente.

FIN.

AÑO EVANGÉLICO PARA LOS NIÑOS.

ÍNDICE.



Pasgual de Sanjuán
Ano evangelico...

